

ANT

XIX

455

LA NOVELA DEL EGIPTO

20 cmj

R.76.215



LA
NOVELA DEL EGIPTO

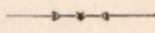
VIAJE IMAGINARIO

Á LA APERTURA DEL CANAL DE SUEZ

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

EN SEIS JORNADAS



MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1870

Á

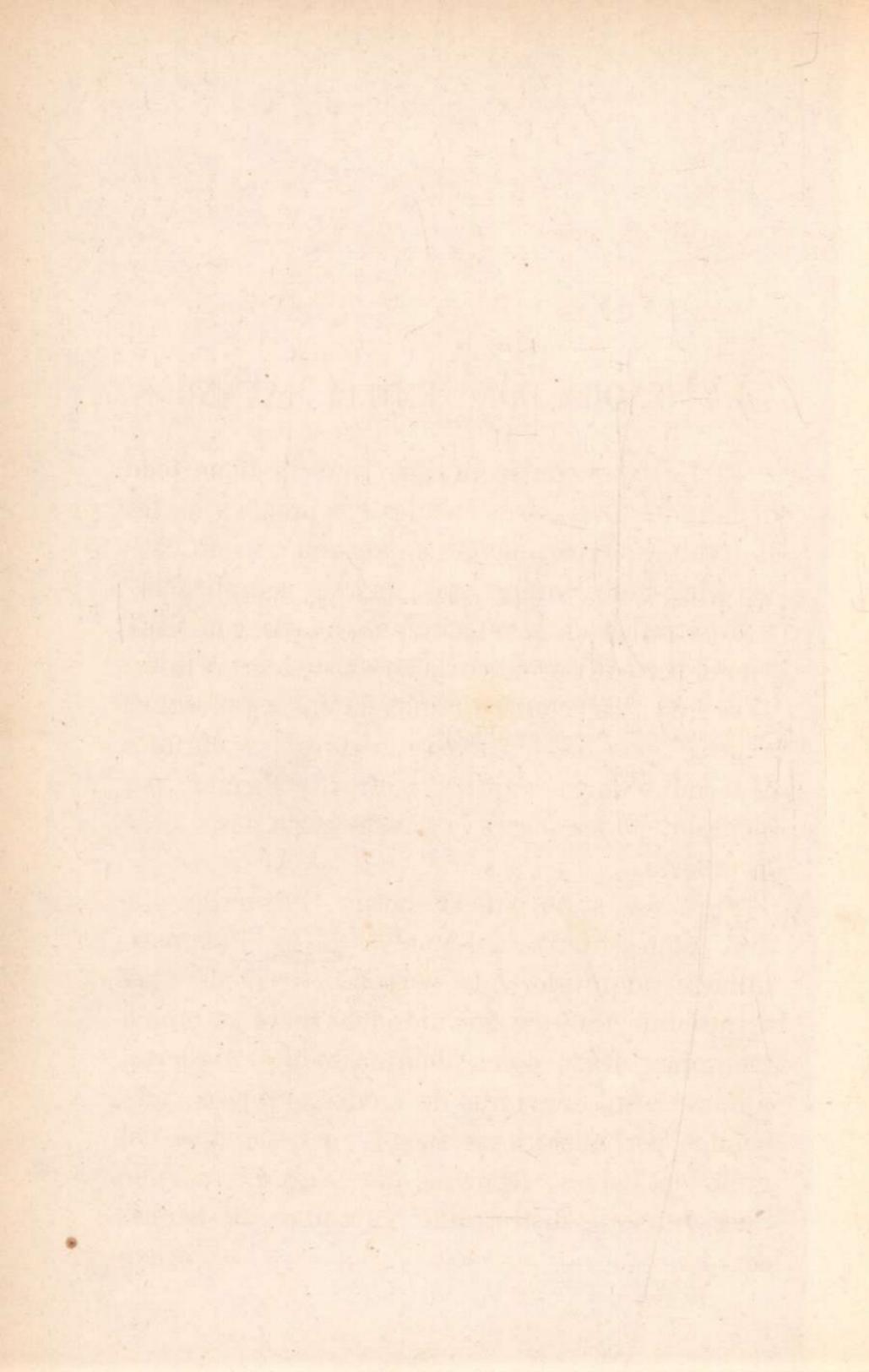
LA SEÑORA DOÑA EMILIA GAYANGOS

DE RIAÑO;

á la discreta cómplice de estas *Jornadas*; á la que con especial solicitud trascribia y ampliaba las notas que desde Egipto le remitia su ilustrado esposo; á la que con singular cordura verificaba citas y compulsaba datos en la riquísima biblioteca de su sábio padre; á la que supo guardar por tres meses un secreto, á pesar de ser mujer,

dedica este libro

El Autor.



El Egipto tiene su novela como la tiene todo el mundo. Las colectividades, lo propio que los individuos, experimentan en alguna ocasion ciertas vicisitudes imprevistas, ciertas complicaciones extrañas de acontecimientos, que constituyen el período novelesco de su existencia. A unos, á los más, les acontece la novela en la juventud; á otros les sobrecoge en la madurez; á algunos al término de su viaje; y á otros, á Egipto, por ejemplo, no les ocurre la novela hasta despues de la muerte.

Figuraos, si no, que la enorme Esfinge de piedra, representante del pueblo de los Faraones, hubiese adquirido vida corporal el 17 de Noviembre de 1869, y levantándose sobre su propia montaña, desde donde domina todo el Desierto, hubiese visto escuadras de navíos europeos, impelidos por misteriosos fuegos, posesionarse del golfo de Pelusa; figuraos que hácia la rada de Suez hubiera distinguido enjambre de bajeles

007 ————— orien-

orientales engalanar sus proras y sus vergas al compás de músicas y cantos de alegría; figuraos que por la parte de Asia hubiese vislumbrado el torrente, la inundacion de figuras humanas que descendia hácia el valle del Nilo desde la tierra de los etiópes, los árabes, los persas y los nubios; figuraos que áun á merced de sus enormes ojos, por cuyos párpados podria penetrar cómodamente el viajero para percibir las operaciones de su curso, no acertara á darse cuenta de lo que veia, y deteniendo por el brazo á un viejo centenario del Sinaí, le hubiese dicho:—¿quién eres? ¿á qué vienes?—y el torpe viejo, apoyado en su báculo, le contestara:—¡Yo no sé lo que me preguntas; *me han mandado venir porque la muchacha de Francia quiere vernos!*—figuraos, decimos, la perplejidad faraónica de la Esfinge que se pregunta á sí misma: «¿Qué es esto que sucede? ¿Cómo aquellas naves artilladas anuncian guerra con sus cañones, y estos bajeles empavesados demuestran paz con su alegría? ¿Quién es la muchacha de Francia? ¿Cómo mis antiguos orientales acuden por allí y los occidentales por allá sin que el fragor de la lucha ocasione esos arroyos de sangre humana que tantas veces tiñeron los contornos de Ménfis? ¿Quién despierta al Egipto del sueño metensicó-sico en que yace?»

Y si el que medita en esta figuracion arbitraria, aunque verosímil, observara luego que los transeuntes, sin cuidarse para nada de los lamentos de la Esfinge, tendian á sus piés manteles europeos y hacian rodar sobre ellos vinos de Francia, carnes de Inglaterra, frutas de Italia; en alegre alternativa de idiomas, en sábio y trivial empuje de conceptos, en bulliciosa confusion de razas y caracteres, como si ya las guerras tomasen tinte de orgías, y las colisiones formas de festines; si el observador no tuviera noticia tampoco de lo que aquello podia significar, disculpária en su buen juicio los asombros y dudas del coloso de piedra; porque jamás Egipto ha presenciado, con ser larga y laboriosa su historia, un concierto tan extravagante é incomprensible, una invasion tan heterogénea y tan bizarra.

Pues bien: todo ello se explica con decir que al Egipto le ha llegado su novela.

El pueblo que nació empollado del huevo á que el propio Sol en sus orígenes prestó su lumbre; el pueblo que muere con Cleopatra en la elegante orgía de la disolucion del mundo antiguo, ha tenido siempre dramas y tragedias; pero novela no ha tenido hasta ahora: hoy la tiene, y vamos á narrarla.

Esta narracion informe, que el lector ha de seguir

guir con benevolencia si no quiere defraudar las esperanzas del que la escribe, participa en su historia íntima de algo cómico y novelesco á la vez.

Un espíritu inquieto y atrevido, una especie de loco, un misto de francés y español, amamantado con la leche caliente de las camellas de Egipto, se empeñó hace algunos años en variar las condiciones geográficas del continente africano. Su proyecto era antiguo en la fantasía, pero novísimo en la posibilidad de realizarlo: queria confundir en un canal las aguas del Mediterráneo y del mar Rojo.

La ciencia y los capitales modernos meten en razon al insensato, y el Istmo se abre: la locura es una realidad; entre Occidente y Oriente no hay ya Pirineos.

El mundo civilizado abre á su vez la boca, de asombro una parte, de duda otra, de ignorancia sobre el asunto, la mayor.—Habia muerto el Egipto tantos siglos hacia, que nadie se acordaba de su existencia. Preparáronse, pues, de todos lados narradores, historiadores, poetas, lazarillos, cicerones é intérpretes.

Un contador de cosas de este tiempo, con quien nos unen indisolubles lazos de sangre y de simpatía, no se preparó, que estaba preparado, para esta solemnidad asombrosa. Él habia seguido con

amor (segun tiene consignado en otra parte) los pasos de ese atrevido versallés que concibió desde jóven la idea de hacer de dos mundos uno solo. Habia sido lector constante y pertinaz de su periódico, de sus notas y de sus discursos: habia tenido la fortuna de poder escucharle en París sus conferencias, y de oirle de viva voz, sobre un enorme modelo corpóreo del Istmo y del Canal, las explicaciones más luminosas y convincentes. Conocia su cuestionario acerca de los primeros problemas que la ciencia habia de resolver para iniciar las obras: conocia el admirable anteproyecto de los ingenieros Linant-Bey y Mongel-Bey, autores de la parte científica del Canal: conocia las opiniones del sábio inglés Anderson, del capitán Vetch y del diplomático Urquhat, pues no todos los ingleses se han opuesto á la atrevida empresa con ceguedad censurable: conocia la historia de los trabajos redactada al dia, con multitud de documentos y notas contradictorias, por el secretario general de la Compañía Mr. Ritt; el libro de Mr. Silvestre sobre el propio asunto; la obra de Mr. Merruau acerca del Egipto de hoy con aplicacion á la apertura del Canal; la de Mr. Sacré dedicada exclusivamente al Khedive; la de Clot-Bey que resume admirablemente cuanto nuevo y viejo se ha escrito sobre la tierra de los

Faraones; los itinerarios del inglés Wilkinson y de los franceses Bernard y Riou; tenia además á su disposicion la prensa convidada de Europa, la alemana, la inglesa, la italiana, la portuguesa y la francesa, que en número considerable de miembros distinguidos iba á representar allí la cátedra parlera y entrometedora del mundo contemporáneo.—Esto en cuanto á lo presente, que con relacion al pasado no le eran completamente ajenas las opiniones y datos que sobre el país, y sus roturaciones fluviales, habian expuesto Herodoto, Strabon, Plinio, Diodoro de Sicilia, Plutarco, Ptolomeo, y tantos otros en lo antiguo, así como Champollion, Mariette, Renan, y otros muchos en el tiempo de descubrimientos y crítica presente.

Con todos estos datos y aficiones sobre sí, bastóle al narrador de que hablamos, que un periodista inteligente y hábil como pocos, conocedor y esforzado como ninguno, le estimulase á intentar un viaje imaginario por Egipto y el Canal de Suez, para que, nuevo *Cojuelo* de nuestros dias, se encaramase á la torre de su imaginacion y destapase los tejados del acontecimiento. Mediaba formal promesa entre ambos, de no revelar á persona humana el origen de las narraciones que en el periódico LA ÉPOCA habian de aparecer como llegadas de Oriente.

Bien pronto la oportunidad de las noticias, la ligereza de su exposicion, y quizá algo de acierto en la manera de tratar los asuntos á gusto del lector para quien se escriben, despertaron la curiosidad del público hácia el abolengo de los artículos; por aquello de que ni áun en paseo nos contentamos con admirar el rostro de una muchacha bonita, si no tenemos *in continenti* quien nos diga cómo se llama su padre.—Aquellas correspondencias expósitas participaron desde el primer dia del prestigio que rodea por lo comun á todos los misterios: buscábase en ellas, no un dato que aprender, no una tésis que discutir, no un sabroso período que paladear, sino un nombre y apellido literarios, una cuna, un registro civil, un concubinato régio que pudiera ser el origen de aquel D. Juan de Austria.

Barajáronse nombres respetables, deprimiéronse reputaciones sanas, eleváronse medianías insulsas, charlóse y desatinóse hasta el imposible; con lo cual, aquello que en condiciones normales no hubiera pasado de mediano, sublimóse y admiróse, como acontece cuando no se corre el peligro de ser útil á álguien con los elogios más ditirámicos.

Mientras tanto el autor, ¡qué de cosas escuchaba en el retiro de su estudio, en el insomnio de su trabajo, en el bregar incesante de su qui-

mérica tarea! ¡Qué de goces tan puros experimentó en el seno de las letras ante el abandono y la confianza con que se ejercía la crítica sobre su humilde persona! ¡Oh! sí, lo confiesa: fué más dichoso en ese tiempo que Cárlos V en Yuste.

Desenmascarado, al fin, cuando lo creyó oportuno y razonable, ignora hoy el número de retractaciones que se verificarían ante el reconocimiento del hijo abandonado, y á la verdad le importan poco, si las hubo; pero impórtale mucho, sí, ahora que nuevamente da á la luz aquellas improvisaciones angustiosas, ampliadas, reformadas, completadas y casi convertidas en un verdadero libro; impórtale explicar al lector el secreto de la manufactura, para repeler de aquellas *Correspondencias* y de estas *Jornadas* el contingente anatema de *superchería*.

Se tiene, por lo comun, una falsa idea de la forma en que el escritor derrama sus conceptos sobre el papel. Unos suponen que dice sólo lo que siente, y otros se figuran que jamás siente lo que dice: para aquellos todo es personal y exclusivo, para éstos todo es artificioso y amañado: unos y otros, sin embargo, se equivocan en la apreciación. El que escribe con seriedad y ánimo de ser útil á álguien, ni dice sólo lo que siente, ni puede dejar de sentir todo lo que dice: necesita colo-

014 ————— carse

carse en un mundo diverso del general de los hombres, y ese es el que por antonomasia se llama el mundo de las letras.

En el mundo de las letras cada escritor tiene su gabinete reservado, y al encerrarse allí, con abstraccion completa del otro mundo, no se encierra en sus propios pensamientos ni es árbitro exclusivo de las ficciones de su fantasía. Acompañanle, por el contrario, sus consejeros y maestros, los libros que consulta; su instruccion y su ciencia, los recuerdos que evoca; su arte y su dramática, los adornos de que echa mano; su placer ó su dolor, los sentimientos que en el alma despierta el asunto en que va á ocuparse. Acompañado así de un mundo, que no por ser artificioso deja de ser un verdadero mundo, se posesiona del objeto sobre que han de recaer sus creaciones; se aísla entre las figuras, los afectos, los panoramas, los rasgos simbólicos ó característicos del embrion que se agita ó posa en su entendimiento; y allí, pensando en mentira, hablando en mentira, riendo y llorando en mentira, con mentira de sustancia y color, con mentira de ruidos y de atmósfera, con mentira de tiempo y de espacio, con mentira de fiebre corporal, pero con fiebre literaria y esfuerzo positivo del alma, produce y brota verdades verdaderas, escenas rea-

015 ————— liza—

lizables y realizadas, figuras que han existido y existen, acontecimientos que se han verificado y se verifican, cuadros que se han visto y se ven, afecciones internas que se han experimentado siempre y se experimentarán del mismo modo toda la vida. No miente, pues, el escritor sino para la verdad de la vida ordinaria: no miente siquiera como miente el cómico; miente como miente la comedia, como miente la historia, como mienten la poesía y la música: refiriéndose á los embates de otra vida diversa de la suya, pero de otra vida verdad.

Figuraos ahora, por consiguiente, que en nuestro cuarto de estudio se hallan extendidos los planos del Egipto antiguo y moderno; entreabiertas las obras en donde historiadores, filósofos y viajeros han depositado la experiencia de su investigación ó de su númen; á medio cortar las revistas y los diarios en que cada uno de los concurrentes al gran suceso consigna sus impresiones fugaces ó profundas, livianas ó discretas; figuraos que el cartero de Oriente nos trae de vez en cuando primorosas contestaciones á preguntas preconcebidas, y rasgos de observacion é ingenio que la amistad trasmite desde aquellos apartados lugares, á costa de la tranquilidad y á veces del reposo; figuraos que en nuestra propia cabeza

bulle un caudal de noticias, datos y conceptos pertenecientes al asunto que se desarrolla entre ambos mares; y, sobre todo, figuraos que en el calor de la fiebre literaria, á que ántes aludimos, aparece á nuestra imaginacion el mundo fantástico de la realidad positiva que allí existe, con el color á que teníamos acostumbrada nuestra vista, con la armonía á que teníamos hecho nuestro oído, con el tinte local á que estaba habituado nuestro discurso; figuraos, en fin, que con todas aquellas verdades se ha fabricado esta mentira, y tendreis cabal idea de la elaboracion, trabajosa sí, pero no inconcebible del presente libro.

No hay, por lo tanto, en esta NOVELA DEL EGIPTO nada que sea novelesco más que el asunto. Historias y comentarios, episodios y biografías, escenas de costumbres y cuadros locales, todo está cogido de fuente original, arrancado de árbol indígena, libado en flor de Oriente.—Lo único que el autor no ha hecho es el viaje.

JORNADA PRIMERA

en que el autor se asoma al antiguo Egipto, examina su constitucion política y social, estudia sus creencias religiosas y morales, observa sus adelantos científicos, aprende su codificacion, recorre su historia y procura analizar su filosofia.

E G I P T O

I

Si para las nebulosidades del origen de las historias se ha inventado *la noche de los tiempos*, para el caos embrionario de la historia de Egipto, habria que inventar *el narcótico de la creacion*. Sólo en la embriaguez de una fantasía culta, se puede concebir el origen de ese pueblo.

Las piedras más antiguas que los hombres han hallado hasta ahora, colocadas con artificio y con ciencia por manos de sus semejantes, son las piedras de Egipto; y en esas piedras hay esculpidos datos que atestiguan una ancianidad de cuarenta y dos mil años sobre la memoria de los que presenciaban aquella civilizacion de que las piedras son vivo monumento.

Champollion y Mariette han arrancado á los sacerdotes del antiguo Egipto la creencia de que

su país había sido gobernado más de cuatrocientos siglos por los dioses; al término de cuya epopeya sagrada debió comenzar una historia, que esos mismos sacerdotes perdían ya en la noche de sus anales cronológicos.—Es necesario entornar los ojos del entendimiento y dirigir la soñolienta fantasía hácia la multiplicidad de un número por las matemáticas, hácia la divisibilidad de un cuerpo por la física, hácia la disolubilidad de un átomo por la farmacopea, para venir en conocimiento práctico de esos remotos orígenes á que el estudio de la historia nos conduce entre asombros, dudas y realidades.

Refundamos la teoría en una sola frase:—El Egipto es la antigüedad de lo antiguo.

Fuese, pues, efectivamente Vulcano, padre del fuego, el gobernador de Egipto durante doce mil años, y sucediérale el Sol, su hijo, en otro gobierno de treinta mil para preparar la civilización que había de producir templos como el de Karnac y sepulcros como las Pirámides, ello es que existía, en lo que nosotros llamamos hoy albores de la historia, un pueblo gobernable y gobernado, religioso y filósofo, científico y artístico, mecánico y manufacturero, tanto ó más que el mundo de estos días, entre el Mediterráneo y el Rojo, á medio paso de Oriente y Occidente, cortado por

el único río capaz de hombrearse con los mares, superfetacion inteligente, como si dijéramos, de la gran montaña que personaliza el globo terráqueo; ello es, decimos, que existia un pueblo raro, para quien la crítica comienza ahora, y al cual la Providencia confió tal vez el gérmen de unos destinos que, ocultos como la hulla miriadas de años, han de calentar todavía las calderas de una civilizacion universal.

Descombrando la primera capa de esos gérmenes, se encuentra el crítico con rasgos de una conformacion social que en muchos puntos constituye el *desideratum* de ciertas escuelas de nuestros dias.

El antiguo Egipto estaba constituido con tres castas de hombres: la casta sacerdotal, la casta guerrera y la casta trabajadora. Los sacerdotes, hijos de los dioses, representando la inteligencia; los guerreros, hijos de la patria, representando la fuerza; los proletarios, hijos del suelo, representando la labor reproductora y fructífera. Estas tres castas vivian deslindadas y en círculo propio, como hoy viven, por ejemplo, en la Gran Bretaña, los Lores representando la tradicion, los Banqueros representando la potencia impulsiva, los Mecánicos representando la produccion en su última consecuencia.—En los primeros descansa

saba la íntegridad moral de la nacion, en los segundos la integridad física, en los terceros la integridad de la existencia de todos. Sobre las tres castas se levantaba el Faraon (rey) que tenia de los sacerdotes el origen divino, de los guerros la fuerza, de los proletarios el don de la fecundidad.— Hace pocos años que la Prusia no era ni más ni ménos que un antiguo Egipto.

Para que la casta sacerdotal fuese siempre la primera en todos los órdenes, incluso á veces en el poder faraónico, era dueña del suelo, estaba libre de tributos y los imponia á los agricultores, á los comerciantes, á los guerreros, al mismo rey. Monopolizaba la ciencia y el estudio, ejercia la justicia, influia en la guerra y en la paz; en todo lo que hoy podria llamarse temporal y eterno. La astronomía y las matemáticas, estas últimas especialmente en el ramo de geometría, progresaban entre los sacerdotes hasta un punto que casi deberia envidiarse en nuestra época; y hay razon para que sucediera así.— Las inundaciones periódicas del Nilo borraban cada dia los límites de la propiedad, con evidente perjuicio del trabajador y del sacerdote: la triangulacion, pues, el catastro, que decimos desde entónces, era una ciencia administrativa y de gobierno, llamada á enmendar los desperfectos fructificadores de la natura-

turalidad. En suma, la casta sacerdotal era dueña de la vida y de la muerte, puesto que poseía el secreto de la medicina, el privilegio del embalsamamiento, la propiedad de la necrópolis, y el don de los ritos fúnebres que colocaban al egipcio en condiciones prósperas de inmortalidad.

La casta guerrera ejercía entre los egipcios un papel semejante al de los ejércitos permanentes de hoy. Émula siempre de la sacerdotal, y compartiendo con ella el poder y las riquezas que era posible sustraer á la aristocracia de la inteligencia, comandaba un ejército numeroso á las órdenes del Faraon, influía en el gobierno bajo las indicaciones no siempre aceptables de los sacerdotes, y ocupaba un puesto moderador entre la casta popular y la teocrática, si bien inclinándose á sustituir la segunda, sin conceder por esto grandes ventajas á la primera.

Finalmente, la casta trabajadora, en cuyas manos estaban la agricultura, la industria y el comercio, no era tan sierva como puede presumirse en vista de la conformacion social que apuntamos, ni áun siquiera como lo son hoy razas numerosas de los pueblos civilizados de Oriente y Occidente; pues tomaba alguna parte en el gobierno, elegía el rey, decretaba la cesacion de las dinastías, y juzgaba pública y libremente al

Faraon despues de muerto. Era esta casta, en medio de su humilde condicion, un vago apunte del sufragio universal novísimo, una especie de prensa periódica llamada de tiempo en tiempo á controvertir las dotes del gobierno que se va, y establecer las bases del gobierno que viene: algo, en una palabra, de lo que ocho ó diez mil años despues habia de llamarse *libertades públicas*.

Todas tres castas estaban encerradas en un círculo de hierro: la ley de la perpetuidad. El hijo tenia que ser lo que su padre. — ¡Cosa extraña! el pueblo inglés contemporáneo, el pueblo que dice la última palabra de los progresos de la civilizacion moderna, propende á esta perpetuidad de razas: no las circunscribe por la ley, pero predica y ejecuta la circunscricion por la costumbre.

Larga série de siglos vive el Egipto esta vida grave y uniforme, operando, sin embargo, dos trasformaciones importantísimas á que parece que la humanidad se inclina por un instinto fatal de propia desorganizacion: el guerrero quiere destruir al sacerdote, el trabajador quiere destruir al guerrero; y cuando la fuerza de las cosas realiza ambas destrucciones, cuando el poder militar ha sustituido al poder sacerdotal, y el poder popular ha sustituido al poder militar, pueblo y nacion desaparecen; la cultura se apaga, la fuerza fisica

se enerva, la tierra se esteriliza, y un gran pueblo, el mayor de los pueblos del mundo antiguo, es presa de cualquiera, de unos persas, de unos griegos, de unos romanos, de unos turcos, de unos franceses; de unos pigmeos que se burlan del gigante, de unos envidiosos que profanan lo que su propia pequeñez no les consiente admirar ni proseguir.

¡Ciertamente que el asunto merece la pena de pensar en ello!

¿Cuáles serán las verdaderas y justas armonías de los tres poderes matrices de la tierra?

II

No vamos á contestar á esta pregunta, que envuelve una de las más graves cuestiones de la humanidad. Ni la competencia es suficiente ni el tiempo es oportuno, pues ahora sólo debe preocuparnos la vida antigua del Egipto, para ver de deducir su vida nueva, con ocasion de un peregrino acontecimiento que ha de establecer admirables relaciones entre Oriente y Occidente.

Los egipcios conocian la política representativa y la moral civilizada. El reino estaba dividido en Estados, y los Estados deputaban Córtes, que se reunian en el Laberinto cercano á la ciudad de Ménfis. Este parlamento discutia sobre ciertos negocios públicos, especialmente sobre la forma y cuantía de las contribuciones, sobre los asuntos extraordinarios del reino, y sobre la continuacion ó mudanza de las dinastías. Ya hemos indicado que á la muerte del Faraon se abria juicio público

acerca de sus actos, y ahora añadiremos que si de él salía el monarca indemne, se le acordaban lutos, honras y enterramiento suntuosos; pero que si la calificación popular le era desfavorable, no sólo se le suprimían los honores, sino que se le negaba en ocasiones la sepultura. Un juicio universal póstumo verificado de esta manera, garantizaba la independencia de la crítica y servía de elocuente lección al monarca futuro. Así se dejaron gobernar los antiguos egipcios por cuatrocientos veintidos reyes, de que se tenga hoy noticia, durante el trascurso de más de cuarenta siglos.—Manethon, el único historiador del país de que se conservan algunos fragmentos, nos lo ha transmitido milagrosamente.

Su moral social nos la ha dado á conocer entera Diodoro de Sicilia. Se aplicaba la pena de muerte al homicida y al perjuró; al que faltaba á los hombres y al que faltaba á Dios. El parricida y el infanticida tenían penas más graves: el primero era condenado á la hoguera; el segundo habia de pasar tres días y tres noches abrazado al cadáver del niño, ántes de morir.—El violador era mutilado, la adúltera perdía la nariz, y su cómplice recibía una paliza pública.—Era un deber para todo ciudadano prevenir los crímenes y perseguirlos despues de perpetrados: el que elu-

dia

dia esta obligacion era tenido por encubridor ó cómplice.— El calumniador recibia el mismo castigo que hubiera correspondido á su víctima; y, finalmente, el que se escapaba en vida de una pena merecida, podia aún ser castigado despues de la muerte; pues el juicio alcanzaba, por temor á la impunidad, hasta á las honras fúnebres y al reposo del sepulcro.

Hoy admiramos á los ingleses, que se constituyen en constables y agentes de policia para perseguir los delitos á que no alcanza la fuerza pública; y, sin embargo, en los albores de la historia hubo pueblos que reconocieron como ley esta obligacion de seguridad general, conminando con severisimas penas al que se creia excusado de observarla. Hoy, del propio modo, tenemos por un insigne adelanto de la civilizacion confiar en la fé del juramento y en el honor de la palabra, cuando entónces se pagaba hasta con la vida la violacion del sentimiento moral, simbolizado en estas acciones sin testigos de que es juez único la conciencia.

Una moral social así constituida, representaba indudablemente una civilizacion punto ménos que perfecta en el órden científico y de aplicaciones materiales. Efectivamente, las matemáticas eran conocidas de aquel pueblo en toda la exten-

sion que revelan su catastro, sus obras públicas, sus monumentos artísticos. La astronomía debió llegar á tal grado que les permitiera, como hoy se ve, dividir el año solar en trescientos sesenta y cinco dias y un cuarto, cuya fraccion la despreciaban en el año civil, para corregirla despues con un mes de aumento cada ciento veinte años. Sus meses eran doce y de treinta dias, como la banca y la estadística de hoy lo tienen establecido, dejando los cinco restantes dedicados al cielo, cual estorbo que son en las transacciones matemáticas de la ciencia y de la industria. Por último, conocian y separaban las estaciones como nosotros, áun cuando no contaban más que tres de cuatro meses cada una; pues su posicion geográfica y el clima que de ella se desprende, no les permitian distinguir más que un período de inundacion ó fecundidad, otro de germinacion ó vida de la tierra, y otro de recoleccion y atroje.

Porque los egipcios eran excelentes agricultores, y á ello debian la mayor si no toda la suma de su riqueza. Sembraban cereales y plantas alimenticias de todo género, cultivaban el lino y el algodón, gustaban de las frutas, y apacentaban con gran esmero sus ganados.

Pueblo productor y exuberante, inventaba la industria y roturaba los caminos del comercio.

Allí se trabajaban los metales con procedimientos químicos como hoy; se conocía el esmalte, la porcelana, el cristal y el vidrio pintado, el estuco, la fabricación de armas, de joyas, de muebles primorosos, de tejidos magníficos.—Todo se encuentra ahora con sorpresa, con entusiasmo, con asombro del arqueólogo investigador. Lo que los monumentos mudos acusan en su grandeza externa, se descubre hablado y descrito en el interior de sus sepulcros y en las ruinas de sus templos.

La civilización, pues, no ha venido hoy; existía y se fué, volvió y quiere marcharse: ¿se irá? ¿Es cierto el círculo vicioso de Vico? ¿Hay progreso humano? ¿Qué es esto que nos ofusca la razón y nos trastrueca el discurso?

III

Gran calma se necesita, por cierto, para engolfarse en el estudio de lo antiguo sin apartar la imaginacion del tiempo presente; pues de lo contrario la locura ocuparia la plaza del raciocinio, y el mundo no seria lo que es, sino lo que el calor de la fantasía quisiera inspirar de cada instante á cada monomaniaco ó á cada demente. Asomémonos para hallar esa calma á la religion de los egipcios.

Abandonemos primeramente á la vulgaridad de la tradicion indocta, esa absurda creencia de que el pueblo de los Faraones vivia entregado á un ridículo culto de materias y animales groseros. La teogonía egipcia no ha comenzado á ser estudiada hasta ahora; y si la legislacion y el estado social que ya conocemos no nos dijeran bastante en pró de una religion más elevada, lo dirian los monumentos que se descubren, la historia que

nos cuenta Herodoto, el estudio de que nos da parte San Clemente de Alejandría.

Los egipcios creían en un Ser Supremo y en la inmortalidad del alma. Su Ser Supremo, que era el todo, afectaba la forma de espíritu varón, y habiéndose asociado á un espíritu femenino, resultó una tercera persona que simbolizaba el dios más en contacto del hombre. Hé aquí el capital fundamento de la creencia egipcia. El Ser Supremo, ciencia, fuerza y poder de todo; un coautor fecundo y reproductivo; un producto tan divino como humano. — ¡Qué poco le faltaba al Egipto para conocer la verdad única y entera!

El alma del hombre era inmortal; no había podido hacerse para ser convertida en basura; ella sufriría correcciones, torturas y purificación durante tres mil años en el cuerpo de un animal, para volver regenerada á la tierra. El hombre vivía en un ensayo de su primera vida; él volvería después á una vida mejor según sus obras. — ¡Qué poco le faltaba al Egipto para conocer la verdad única y entera!

Derivaciones sagradas de la trina encarnación del Ser Supremo, eran después las divinidades subalternas de los egipcios. Un dios representando la guerra, otro el trabajo, otros el día y la noche, éstos la ventura de las comarcas, aquellos la

proteccion especial de las ciudades, los unos la belleza, los otros la abundancia; todos presidiendo á los diversos asombros que el hombre experimenta al posesionarse de un mundo que tales y tantas cosas le ofrece para su cuerpo, y tales y tantas cosas le inspira dentro de su espíritu.— Despojad, pues, al Ser Supremo de su materialismo copulativo y al alma humana de sus transmigraciones irracionales, y ved si esa teogonía no es el vislumbre más radioso de la teología.

El secreto, sin embargo, de la ciencia religiosa está encarnado en la casta sacerdotal, y es impenetrable. El egipcio ignora los misterios del culto; cree por obligacion, pero no por fé ni mucho ménos por raciocinio. Esta desunion profunda entre el dogma y el discurso, impele al trabajador á exigir aplicaciones extravagantes de la teoría religiosa, y al sacerdote á otorgárselas por interesada condescendencia. Así es que el pueblo pide dioses y se le otorgan; crea supersticiones profanas, y léjos de combatírselas se le divinizan; el culto sério y grave se amplía hasta el absurdo; el politeísmo se apodera de la casta popular hasta la insensatez.—Ya no son el honor y la guerra y la fertilidad y la justicia los dioses favoritos: ya es dios aceptable aquel en que cada uno tiene puesto su capricho ó su cálculo; y como el alma ha de ir

á parar al cuerpo de un bruto para trasmigrarse despues en cuerpo de hombre, el gato es consagrado, es consagrado el perro, el lobo, el cocodrilo; cada departamento tiene un dios, cada ciudad se disputa el suyo, cada pueblo, cada familia, cada hombre se provee, como objeto de menaje, de una divinidad.

Vive el dios con pompa más que humana, alojado en suntuosa casa, mantenido con excelentes manjares, circundado de toda especie de honores; y á la muerte del perro, el lobo ó la culebra, se viste luto, se decretan solemnes honras, se elevan magníficos mausoleos, y se cometen todo género de extravagantes y asquerosas idolatrías.

Entónces es cuando el viajero ó el historiador poco sagaz, participa del absurdo de que aquella es la religion egipcia, en vez de discurrir, como ahora se discurre, que aquello, que ha durado tantos miles de años, es el fin de una religion sábia y prudente, pero que está basada en delezna-
bles cimientos; que á lo divino le falta la razon, y á lo humano le sobra la perpetuidad material; en una palabra, que el verdadero Dios no ha sido definido, y que el verdadero destino del hombre no ha sido vislumbrado.—Revelad al Egipto la unidad de Dios y la inmortalidad del alma en el cielo, y su religion será tan sábia como su ciencia,

cia, como su agricultura, su industria y su comercio; como su moral lo fué muchos siglos, como su legislacion lo ha sido en el trascurso de veintiseis dinastías de reyes. No aceptemos exclusivamente las degeneraciones: fijémonos con imparcialidad en los orígenes.

Por lo demás, las jerarquías sacerdotales del antiguo Egipto estaban distribuidas con arreglo á las prácticas de una admirable organizacion. Por bajo de los pontífices, que obraban en esfera independiente de los reyes, existian unos elevados sacerdotes que acordaban la marcha moral y material de la religion, especie de cardenalato consultivo; habia despues archiprofetos y profetas con extensa jurisdiccion, jefes y cabildos de los templos, sacrificadores de víctimas y ofrendarios, incensadores, libadores y guardas; habia sacerdocio de ciudades y pueblos, artistas del culto, cantores, auxiliares de la pompa sagrada, embalsamadores, enterradores y agentes de la pompa mortuoria; una administracion, en fin, á que el mundo no ha podido sustraerse tras largos siglos de adelantos y civilizaciones pasmosas.

¡Oh! ¿Cuál es el misterio de Egipto, para que un pueblo así gobernado, y de tan sabios elementos compuesto, desaparezca de la tierra en absoluto, como lo hemos visto desaparecer en la historia?

IV

Efectivamente: el Egipto, que permanece durante diez y seis dinastías de Faraones ordenado y pujante, como lo prueban aún en la actualidad los maravillosos monumentos que datan de la tercera y cuarta dinastía, experimenta el primer revés con una irrupcion de bárbaros del propio Oriente. Los reyes *Pastores*, llamados así por su procedencia nómade del desierto, atraviesan el istmo de Suez dos mil años ántes de nuestra Era, y *beduinizan*, si nos es lícito hablar así, el civilizado Egipto.

Hordas salvajes, y por consecuencia desheredadas, que ven cerca de sí la fertilidad, la abundancia y la grandeza, inundan con el poder del número y el furor de la barbarie la tranquila tierra de sus vecinos; no para gozar los beneficios y las dulzuras de la civilizacion que envidian, sino para destruir y avasallar lo que están priva-

038 _____ dos

dos de comprender.—Siempre la ignorancia ha hecho lo mismo, ya acometa con el nombre de invasiones, ya se desparrame con el nombre de revoluciones.

Si los beduinos hubieran asaltado la tierra de Egipto para suplantar en los goces de la cultura á los que con la ciencia y el trabajo la habian desenvuelto, su conducta no traspasaria los límites del despojo; pero invadir una comarca poderosa y fértil para destruir los monumentos, esterilizar la tierra, ejercer la devastacion física y moral, anulando las fuentes que producen los manantiales que se envidian, eso es una invasion y revolucion á la vez, tan bárbara en la idea como infructuosa en los resultados; invasion y revolucion que no por ser antiguas dejan de semejarse á todas las que se han verificado despues sin razon ni pretexto plausibles, las cuales continúan llamándose al presente desenvolvimientos de hordas de beduinos.

Los reyes pastores se burlan de todo lo santo y noble que hallan constituido en el país que conquistan; borran con la segur de su barbarie todo lo que los Faraones habian hecho de grande y maravilloso, excepto aquello cuya magnitud resiste hasta al empuje del vandalismo; y sumen en una noche de horrores, que dura dos siglos y me-

dio, á la tierra, tantos otros siglos alumbrada por el sol de la cultura.

Allí, sin embargo, en el alto Egipto hay una cueva de Covadonga, desde donde los sucesores de la antigua grandeza trabajan incesantemente por reconquistar la independencia de la patria; y un sacudimiento enérgico á cuyo frente se pone Amenófis I, origen de la décimoctava dinastía, expulsa á los pastores, tan cruelmente como ellos invadieron, y restituye en su integridad faraónica al pueblo de las Pirámides.

El renacimiento que presiden Amenófis y sus descendientes inmediatos, constituye la gran época de la civilizacion de Egipto. El imperio religioso se restablece, la ley civil se promulga y se mejora, el arte se reconstruye y se ensancha, la agricultura se propaga y extiende hasta los límites de lo posible; y un rey, cuya sagaz iniciativa se reconocerá más tarde en estas páginas, el rey Moeris, comienza á canalizar el bajo Egipto, y aprovecha una depresion del terreno de Alejandría para constituir la laguna, que áun hoy lleva su nombre, con el fin de normalizar los riegos despues de las inundaciones del Nilo, y preparar la navegacion interoceánica, sueño instintivo de todos los Faraones.

Este renacimiento de que hablamos, es el que

precede al reinado del gran Sesóstris. Ramsés III, llamado Sesóstris en la historia legendaria de Egipto, completa la obra de sus antepasados con poderoso empuje y fortuna asombrosa. No sólo esparce la abundancia y la grandeza por el interior del reino, sino que derramando la vida egipcia hácia el exterior, en son de guerra civilizadora, llega hasta la India con sus armas, avasallando y venciendo las tribus errantes que se cobijan en las riberas del Nilo, las que acampan en los desiertos del África meridional, las que constituyen los pueblos de Nubia y Abisinia; conquista la Arabia y la Siria, los reinos de Nínive y Babilonia, gran parte del Asia menor, las islas del Archipiélago griego y una considerable porcion de la Persia.—Su enorme botin afluye á Egipto como nuevo Nilo de oro que va á fecundar las ciencias y las artes, la industria y el comercio de su país. El esplendor llega entónces á su colmo; las más grandes obras se realizan; veinte mil ciudades dicen los historiadores que se levantan; el templo de Karnac recibe los últimos y más maravillosos complementos; se inicia, en fin, la union del Nilo y del mar Rojo.

Mas como todas las grandezas de la tierra tienen un punto culminante, desde el cual un fatalismo sagrado ó una fisica histórica (que no

sabemos á qué idea inclinarnos todavía) las precipita por rápida pendiente al abismo insondable de la desaparicion, la grandeza de Sesóstris, punto culminante de la grandeza egipcia, es inmediatamente seguida de una invasion de etíopes que contrasta desde el primer momento la base social del edificio antiguo, y prepara, tras largas luchas y catástrofes, un bajo imperio faraónico.

Ocho dinastías de reyes extranjeros constituyen este bajo imperio, que tambien dura cerca de mil años como el romano. Durante él se ha verificado el sueño temeroso de la casta sacerdotal egipcia: la tierra de los Faraones no tenia más defensa que su aislamiento: la geografía política no contaba allí con cordilleras de montañas, ni con rios caudalosos, ni con mares intermedios: el Egipto seria del primero que lo conociese y tratase; por lo cual el sacerdocio habia hecho precepto sagrado la incomunicacion y el unipersonalismo, para tener á raya la codicia de los limítrofes y el afan conquistador de los distantes. Todo el peso de las leyes religiosa y civil se habia arrojado contra el fantasma pavoroso de la extranjería: el pueblo no trataba á los extranjeros sin saber por qué, pero los sacerdotes lo sabian perfectamente. Cuando otras civilizaciones y otras gentes conocieran el

042 ————— pri-

privilegiado país y comprendieran la facilidad de hacerlo suyo, el Egipto desaparecería.

Fué, pues, efecto lógico de la propia grandeza de Sesóstris, la primera herida del pueblo egipcio. La conquista, la dominación, el concierto oriental en que aquella época gloriosa le colocara, comenzó á corroer los lazos religiosos que habían operado una unión tan deleznable como incomprendible. A nuevas razas, nuevas ideas y nuevas ambiciones: el guerrero contra el sacerdote, el pueblo contra el guerrero; luchas intestinas y civiles; luchas al exterior con frívolos pretextos; relajación del vínculo de autoridad, confusión en las creencias, politeísmo en las prácticas, liviandad en las costumbres, todo lo que precipita por la cuesta de abajo á los imperios; y entónces, un caso fortuito, una traición militar, por ejemplo, llama á Cambises que gobernaba en Persia, y concluye con la autonomía de Egipto para siempre, quinientos años ántes de la era cristiana; esto es, cuando por causas diferentes, y acaso obedeciendo á móvil misterioso, pero análogo, comenzaba también la larga agonía del otro gran imperio occidental.

Egipto, desde entónces, principia á no ser Egipto, sino otra cosa: un campo de lucha entre orientales y occidentales, una tierra por medio

entre el mundo de allá y el mundo de acá, un granero de cereales, un núcleo de trabajadores ó soldados, un depósito de riquezas tras del cual se dirigen las miradas de los pueblos; en una palabra, Egipto se convierte en el más visible objeto de la codicia política de los hombres.

V

Cambises, el primer dominador persa, conoce que el país que ha conquistado con sólo la batalla de Pelusa, ha sido fuerte siempre por la religion, y merced á ella se ha regenerado diversas veces en su historia: así es que para dominarle por completo, dirige sus tiros á la religion, y contra ella comienza la guerra destructora que áun hoy simboliza su nombre. Echa abajo los templos, azota á los ídolos, proclama la falsedad de todo cuanto al pueblo se le ha enseñado, y persigue de muerte á los sacerdotes. Él participaba de otras idolatrías tan groseras ó más que las egipcias; pero en nombre de una nueva civilizacion, principia por destruir la civilizacion que encuentra.—Todos los conquistadores han hecho siempre lo propio.

Avasallado el Egipto, quiere avasallar la Etiopía, pues en ella descubre al pueblo que siglos ántes domeneó el poder de los Faraones; pero

en esta arriesgada empresa sucumbe Cambises, cuando áun acariciaba vastos planes de dominación; y gracias que deja implantada su dinastía en el suelo egipcio, merced al estado de decadencia en que ya hemos visto que se encontraba éste.

Un descendiente de Cambises, Darío, mitiga en mucha parte los horrores de la política persa, con otra política de conciliación y de paz. En su tiempo se erigen templos nuevamente á los dioses patrios, se respetan las costumbres indígenas, se concede honor á sacerdotes y guerreros. Darío vuelve á mirar por los progresos materiales de Egipto, singularmente por sus comunicaciones y agricultura: traza el canal que derivado del Nilo pueda dirigir al mar Rojo el comercio interior, fecundizando á la vez la tierra de los valles; pretende, en fin, equiparar su gobierno al gobierno ilustrado de los Faraones. Pero él no es Faraon; y como su política propende á levantar el espíritu de la raza egipcia, la raza egipcia se le revela en nombre de un patriotismo secular, y concluye con él, ya que no por entónces con su dinastía, entre luchas y sumisiones violentas que se reproducen durante un siglo.

Sacudido el yugo persa, cuatrocientos años ántes de Jesucristo, vuelve Egipto á recobrar su vida propia, mas por escaso tiempo: las ambicio-

nes de dominacion sobre él eran ya universales y casi humanas; prevalidos de una decadencia evidente, los persas vuelven á invadir el territorio con mayor facilidad que ántes; y como entónces se elaboraba un gran imperio, que habia de reunir bajo una sola mano los destinos de Oriente, persas y egipcios caen en poder del ilustre macedonio, en quien la gloria militar parece que ha abdicado su nombre: el Faraon habia concluido para siempre; ahora el conquistador y dueño de Egipto se llamaba Alejandro.

En efecto: la conquista de Alejandro termina el primer período de la historia antigua, y da comienzo á una especie de Edad media para el Egipto. Bien que el vencedor de griegos y persas, el discípulo de Aristóteles, el admirador de Píndaro, el descendiente de Júpiter lleve su poderoso genio y su influencia creadora á la rica tierra de los Faraones, como lo prueba la improvisacion del puerto de Alejandría, ciudad que apenas nace se convierte en la segunda del mundo; bien que el hijo de Filipo se proponga apoyarse en Egipto para hacerse dueño de Occidente, como ya lo era de Oriente todo, ello es que los planes de engrandecimiento que Alejandro tuviese sobre esta tierra no pasan de la categoría de ensayo; puesto que el imperio alejandrino concluye desgraciadamente

con su fundador. — Todos saben que las tropas del gran guerrero se niegan á seguirle áun más allá de la India, abrumadas por sus victorias; todos saben que Alejandro se vuelve á Babilonia, donde despliega el lujo, el fausto y la molicie del señor del mundo; todos saben que allí es acometido en la flor de su vida de una enfermedad mortal, y que al morir lega sus imperios á los capitanes que sean más dignos de gobernarlos; nadie ignora, por último, que el Egipto le toca en suerte á Ptolomeo Sóter, uno de esos capitanes, y que éste es el que funda sobre las trazas de Alejandro la dinastía trigésima segunda de Egipto, ó sea de los Ptolomeos.

Trescientos años dura tan poderosa institucion de reyes; los mismos trescientos años que faltan para el reinado de Augusto, para el advenimiento del Mesías, para el trágico fin de Cleopatra, para la cristianizacion de la tierra de Moisés.

Los Ptolomeos realizan en Egipto, durante los tres siglos de su dominacion, casi todo el programa de Alejandro en su parte económica y científica, en su parte material y de interés comun para el resto del mundo; pero no logran constituir un imperio intermediario entre Oriente y Occidente.

La prosperidad material de Egipto se opera

ahora por la confluencia de civilizaciones extrañas: griegos, asiáticos, judíos, romanos, todo cuanto vale en la tierra se reúne allí para aprovechar la escala entre la India y Europa; confusión de la cual sale una vida de relación y una vida filosófica, grandes como las mayores de la antigüedad, pero ocasionadas á la disolución del reino en que se verifican, como ellas lo fueron para Egipto.

Desde Sóter, que es el primero, hasta Cleopatra, que fué la última de los Ptolomeos, no hay en Egipto paz religiosa, ni moral, ni civil; no hay más que lucha en los cuerpos y lucha en los espíritus; aquellos por conquistar la riqueza que el tráfico proporcionaba, éstos por oponerse, con las transformaciones del politeísmo, á la marcha triunfal del cristianismo que se cernía en los aires.

El estado de confusión á que llega el imperio alejandrino provoca, como siempre ha sucedido en la historia y siempre sucederá en la tierra, las invasiones de los vecinos más poderosos. César, vencedor de Pompeyo, interviene en Egipto, á título de pacificador, para imponer orden en la desquiciada monarquía; pero dejando la levadura que Marco Antonio y Cleopatra amasan después con sus imprudentes amores, para que venga á

ser provincia romana en tiempo de Augusto aquella tierra tan independiente y poderosa ántes.

No decae bajo el poder romano la preponderancia material de Egipto; ántes bien se le considera como el granero de Occidente, como una porcion importantísima del imperio de los Césares, como un gran campo de actividad para la exuberancia de Roma. Lo que se tiene buen cuidado es de apagar toda aspiracion política, de impedir todo fundamento de ambiciones, así orientales como occidentales; lo que se procura es la neutralidad que produce el desfallecimiento, y la nulidad que conduce á la muerte. Para conseguir este fin, los romanos se sirven del propio instrumento que empleaba la casta sacerdotal egipcia: leyes contra los extranjeros, leyes contra los poderosos; vida de comercio y de industria, pero sueño de política y de nacionalidad.

Mas ¡ay! por entre las mallas de las leyes de extranjería, y por entre el acordonamiento de la explotacion mercantil, se deslizaba en aquella tierra de Egipto el aire de nueva moral y de nueva constitucion política, elaboradas en el humilde pueblo de Galilea, y promulgadas con la sangre de un Justo desde las alturas próximas á Jerusalem.

El cristianismo, que no era extranjero, puesto

que nacia en el propio Oriente, se burlaba en Egipto de las precauciones de los romanos, como se burlaba en Roma de las persecuciones de los déspotas; y el pueblo-rey, que quiso hacer de la tierra de Faraon un granero de cereales al abrigo de la ley de Augusto, se encontró con que lo que habia creado era un semillero de monjes al abrigo de la ley de Moisés. La persecucion sangrienta que se ejercia en Roma contra los cristianos, fructificaba en los campos de la Tebaida; cada mártir de las catacumbas era una planta fertilizadora para el Desierto; la predicacion que en Roma ocasionaba la muerte, en Egipto multiplicaba la vida. La ciudad de Alejandro, que Julio César quiso convertir en puerto de embarque para las cosas, es hoy puerto de embarque para las ideas: San Atanasio, primer Patriarca de Alejandría, se hace un Faraon, tan poderoso como los antiguos, reasumiendo en sus palabras y en sus obras todos los dioses de los egipcios en el solo y único Dios de los cristianos: el hombre que se convertia en perro, puede ya convertirse en ángel.

Sin embargo, no hay idea nueva sin lucha, no hay redencion sin catástrofes. Cuando Constantino divide el imperio, Egipto toca á Constantinopla; y Oriente, que tendia á confundirse con Occidente, se ve otra vez solo, circunscrito, orien-

talizado, como lo fué desde su origen. Politeísmo y Uniteísmo luchan allí sin amparo de nadie, olvidada Europa, como lo estaba, de los sucesos de otra parte, ante las peripecias y sucesos enormes que ocasionaba la caída del imperio romano. Los turcos son dueños ya de la Siria; Egipto se despedaza en guerras intestinas que excluyen á una de las dos razas militantes, coptos y griegos; los sectarios de Mahomet ayudados por los primeros, que aunque cristianos son indígenas, ven la ocasión de extender su dominio por aquel vasto territorio que circunscribe y merma el codiciado imperio de Bizancio: la resistencia es débil; Egipto es de Mahoma.

Cuál fué la conducta de los turcos en esta facilísima conquista, puede figurárselo el ménos conocedor de los preceptos del Coran. ¡Abajo las civilizaciones que no estén dentro de nuestra ley, abajo los símbolos de esas civilizaciones, abajo la propiedad que se derive de esos símbolos, abajo las letras, las artes, la industria, todo lo que revele una existencia anterior á nuestra existencia!— Alejandría es saqueda, incendiada, destruida; no porque los califas pretendiesen destruirlo todo en Egipto, sino porque Alejandría representaba otra ciencia, otra religion, otra filosofía contrarias á las que el fanatismo turco podia soportar en

052 ————— pue

pueblos sujetos á su mando. Que por lo demás, el mismo que calentaba las calderas de los baños con los manuscritos de la célebre Biblioteca, imagina establecer comunicacion entre el Mediterráneo y el mar Rojo, proyectando una via á que pone por nombre *Canal del Príncipe de los Creyentes*. Todos cuantos pisaban el Egipto querian explotar su suelo prodigioso, y soñaban con abrir á las aguas el Istmo de Suez.

Mahometano es ya Egipto hasta nuestros dias: independiente unas veces, formando parte otras de más dilatado imperio; bárbaro en ocasiones, en ocasiones culto al nivel de la civilizacion morisca que refluye de España, ni las Cruzadas lo cristianizan, ni San Luis lo abate, ni Napoleon lo subyuga para restituirlo al gran papel que representa en la historia. Mil y quinientos años, sin embargo, de dominacion musulmana no han sido bastantes á borrar las huellas de lo antiguo, como mil y quinientas revoluciones destructoras (que á tal número arbitrario podemos elevar la suma de los desastres) no han sido suficientes para derribar aquellas primeras piedras de los Faraones. Aun hay coptos en Egipto, aún hay fellahs, aún hay misterio en sus llanuras, aún hay incubacion soñolienta bajo sus sepulcros, aún hay un hijo del pueblo que se llama Mehemet-Alí.

VI

Resumamos en breves consideraciones filosóficas ese embrollado epítome de cincuenta siglos, en que trabajosamente nos acompaña el lector sobre estas páginas.—¿Qué significa Egipto en la historia del mundo?

Un pueblo que lo ha conocido casi todo, excepto la ley del progreso.—¿En qué ha podido consistir esta falta?—Indudablemente en su religión.

Los egipcios, ya lo sabemos de antemano, reconocían un Ser Supremo del que emanaban todas las cosas, y un alma humana que volvería á su ser corporal despues de su purificación por la metempsícosis. Estaban casi en el pleno uso de la religión verdadera; pero su vida era una vida de interinidad y de pasaje: no había que tenerle apego, puesto que había de venir otra definitiva

y dichosa; el ensayo era punto ménos que insignificante.

Esta fórmula de origen, implicaba unas ramificaciones igualmente fatales y preconcebidas; se nacia para morir, y se moria como punto intermedio entre una vida mala y otra mejor. La religion, pues, de los egipcios, era la religion de la muerte. Y á la manera de los cosacos actuales de Rusia, de quienes se dice que dan gozosos su vida por la patria en la inteligencia de que muriendo así renacen en otro cuerpo con mayor felicidad y bienes de fortuna, del mismo modo los egipcios, al entregarse á la muerte por la fatalidad, se entregaban á la vida con la esperanza.— Todo hombre que pueda creer en una segunda vida mundanal, se halla predispuesto á hacer de la primera un uso indiferente y casi mecánico, que es lo que constituye la negacion del progreso. El que cree que mañana puede hacer una cosa, no muestra afan por hacerla hoy: es necesario creer en un término definitivo corporal, para decidirse á hacer sobre esta tierra lo que no ha de poder ejecutarse en ninguna otra.

Por eso el cristianismo es la religion del progreso; el cristianismo que concede al hombre una vida transitoria y única para ejecutar todo cuanto puede, al término de la cual le aguarda una vida

definitiva de espíritu, en la que responderá de todo cuanto hizo.

La religion egipcia levanta tumbas por todas partes; tumbas para los cuerpos, tumbas para las almas. Sus magníficos templos son necrópolis para vivos; sus soberbias pirámides palacios para los muertos; su liturgia se refiere casi por completo al cadáver; su division en castas, es verdadera tumba para la inteligencia.

El aislamiento de la sabiduría en el sacerdote, el aislamiento de la fuerza en el guerrero, el aislamiento del trabajo en el vulgo, son la muerte de la ciencia, de la fuerza y de la actividad. Todo lo que se circunscribe, se agota; todo lo que se limita, decae; todo lo que se unipersonaliza, perece. — Hoy mismo nos proporciona la civilizacion moderna un terrible ejemplo de esa verdad, con lo que llama la economía *division del trabajo*: el operario que se dedica á una sola cosa, se embrutece: él llega á hacer la cabeza de un clavo con perfeccion suma; pero al morir, su cabeza vale ménos que la del clavo.

Monótona en Egipto la religion, monótona la casta, monótona la suerte de la vida, pudo obtener y obtuvo ese pueblo un brillo extraordinario dentro de sí; pero no pudo trasmitirlo ni lo trasmitió en progresion ascendente á sus sucesores:

fué rastro de pólvora que intercepta un río; en llegando al agua se apaga por completo. — Así se explica que la civilización de Egipto haya marchado en progresión inversa á la ley natural de las progresiones: el Egipto aparece grande desde que aparece; y en los cincuenta siglos de su historia, se le ve mermar por momentos hasta su desaparición. Nunca es más grande que al principio, nunca es más pequeño que al fin; y desde el fin hasta el principio, truncando el cono de su vida, hallaríamos en el estudio de esa historia un elocuente curso de progreso humano. Hoy lo que hallamos, salvo la palabra, es un elocuente curso de *desprogreso*.

Hay una escuela histórico-filosófica que siempre que encuentra una civilización inexplicable, la refiere á otra civilización antecedente: esto, como dice muy bien un célebre historiador contemporáneo, no es más que aplazar la cuestión; pues de antecedente en antecedente, siempre llegaríamos á un primer principio inexplicable, sobre el cual es forzoso establecer razonamiento é inquirir origen. Otra escuela filosófica busca y halla el origen en la voluntad de Dios.

Y, en efecto: á la manera que vemos algunas veces en los campos crecer y desarrollarse una inteligencia matemática que, sin tradición y sin es-

tudio, adivina leyes, resuelve problemas, descubre métodos de análisis, y admira y suspende al mundo con su prodigiosa intuición científica; á la manera, decimos, que aparece un músico, un poeta, un memorista, un justo, allí donde no existen otros rastros armoniosos, ni otras fuentes de estro, ni otras nemotegñas, ni otros códigos de moral que los que la naturaleza ha derramado sobre el mundo, del propio modo puede concebirse la intuición colectiva de los pueblos, producto de condiciones naturales, cuya ley se escapa hasta el presente á la investigación del ingenio humano.—Salvajes hay que se comen á los hombres, y salvajes hay que los sirven y acatan desde el primer día: ambos son salvajes, y ambos desconocen las leyes de la humanidad: ¿por qué obran, pues, de una manera distinta los unos de los otros?

Egipto fué un pueblo sabio en la antigüedad. Las *Actas de los Apóstoles* dicen que Moisés fué educado en las fuentes de la sabiduría egipcia: Champollion asegura que «el Egipto estaba habitado por un pueblo sabio, que no era extraño á ninguna especie de gloria;» y sin embargo, ni en los tiempos de los Apóstoles ni en los de Champollion ha podido decirse con fundamento el por qué de aquella sabiduría, así como tampoco ha

podido explicarse la causa de que Egipto (segun las palabras de este último autor) « haya sido teatro, durante su larga historia, de las luces y de la dicha, de la barbarie y del infortunio. »

Abandonemos el origen al misterio de todos los orígenes; pero convengamos en que existe un fundamento filosófico para explicar el fin.— Egipto acaba, porque su filosofía corta el progreso; y el progreso de Egipto se corta, porque la religion corta en dos partes la vida humana. El hombre que no piensa más que en la muerte, hace un uso muy limitado de la vida.

Recordad el *milenio*; recordad esa época fatídica de la historia en que los sabios dijeron y el pueblo creyó que el año mil de nuestra Era habia de acabarse el mundo. ¿Qué progresos se verifican entónces? ¿Qué campos se siembran para mañana? ¿Qué virtudes se practican, qué moral se establece, qué conducta se sigue en la civilizada Europa?—Uno de dos caminos: sensualidad salvaje ó devocion extrema; orgía y misticismo, desenfreno en el cuerpo y desenfreno en el espíritu; dos disoluciones antitéticas que se resuelven en una misma barbarie.—El incrédulo agota el manantial de los placeres; el creyente se extravía en el laberinto de los terrores: el mundo parece habitado por poseidos, la mitad de los cuales

se entrega á todos los demonios, y la otra mitad llama á la puerta de todos los santos. En este vértigo donde todo corre, lo único que se pára es la civilizacion, lo único que se detiene es el progreso.

Pues bien: ese era el estado de Egipto en la última época de los Ptolomeos: un pueblo que se entregaba á todas las devociones, y una aristocracia que se perdía en el seno de todos los vicios: confusion en la casa de Dios, y confusion en la casa del César; politeísmo y anarquía; Cleopatra que disuelve perlas para enriquecer el licor del festin, y el siervo que adora al gato para que le libre de ratones la sepultura en que va á dormirse.

Dormir, hemos dicho, sí: ¡sueño simbólico y fatal, que conduce al Egipto á la muerte!

En ese sueño yace dos mil años, sufriendo dia por dia el empuje destructor de sus nuevos señores. El tiempo pasa, y el augurio de los archiprophetas no se cumple: los templos están derruidos, las sepulturas profanadas, la momia es objeto de comercio, los obeliscos se trasportan por lujo, la aridez del desierto ha limpiado de animales aquella tierra donde tantas generaciones debieran existir embrutecidas, esperando la hora de su trasmigracion: ¿dónde están los egipcios? ¿Quién los despertará de su sueño?

Este milagro no lo hará, no, la soñada trasmigracion de los Faraones: lo harán doctrinas más altas y civilizadoras; lo harán una religion y una cultura más infinitas, la religion cristiana y la ciencia moderna.—Allí llegarán un dia, tal vez el 17 de Noviembre de 1869, dos hombres oscuros á quienes la casta ni el nacimiento ha hecho grandes, sino la virtud y el trabajo; y empuñando cada cual su instrumento de vida, el uno un azadon, el otro una cruz, seguirán las inspiraciones de Moisés, haciendo brotar agua que fecundice el desierto, y pronunciarán en nombre del progreso, ante el asombro de Oriente y Occidente, las palabras del sagrado libro:

Aperire terram, et dare pacem gentibus.

JORNADA SEGUNDA

en que el autor parte de España para Egipto; hace conocimiento con un capitán de barco y con una gota de agua; dibuja al contorno el retrato de Mr. de Lesseps; desembarca en Alejandría; recorre la ciudad y llora sobre los escombros de la Biblioteca; investiga el origen del antiguo canal Faraónico, y evoca el gran recuerdo de la bella Cleopatra.

ALEJANDRÍA

I

¡Qué sensación tan dichosa la del que desembarca en tierra firme, despues de un largo viaje sobre tabla movediza! ¡Qué ilusiones se forja el ánimo en los últimos momentos de una navegacion que comienza en el Occidente civilizado, y concluye en el Oriente que nos civilizó!

Nosotros no hemos perdido ni un ápice del placer que se experimenta con las mutaciones fuertes é imprevistas: un solo salto desde Europa á África; un solo pensamiento desde Marsella á Alejandría.—Por eso no hemos escogido para hacer este viaje al Egipto ni los hermosos barcos de la Mala inglesa de la India, ni los no ménos magníficos de las Mensajerías imperiales de Francia, ni ninguno de esos *steamers* lujosos que el gobierno egipcio ha puesto á disposicion de las notabilida-

065 des

des europeas, ni siquiera uno de esos *clipers* americanos de quilla sutil que hienden las aguas con la presteza del vapor, aunque ellos marchen á impulsos de la lona y el abacá. Nuestro viaje ha sido clásico del istmo: nuestro barco ha sido un fragaton holandés de tres palos, de esos que cargan en los bancos de Terranova veinticinco mil quintales de bacalao y vienen medio vacíos; un fragaton de comercio, grande como la mar, duro como las tempestades, sombrío como el pensamiento en medio del Océano.

No decimos su nombre por no recordar las letras consonantes que contiene, y porque estamos seguros de que despues de escrito no podrian pronunciarlo ninguno de los lectores, excepto el embajador de Holanda. El capitan se llama Mr. Jonas, y es un marino de cuerpo entero que trae la pretension de ser el primer barco mercante (son sus palabras) que atraviase desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo con cargamento de comercio.— « Esos barquillos que vienen detrás (decia con cierto desden) representan la parte moral de la fiesta; yo represento la parte material: ellos abren y yo atravieso. » —Mr. Jonas se cree un Magallanes de tienda abierta.

Lo notable de nuestro barco consiste en que es un navío preparado ya para el viaje del istmo.

El gran afan de romper esa lengua de tierra que produce un rodeo de tres mil leguas en el viaje de Occidente á Oriente, no ha sido nunca en favor de los viajeros ni de las llamadas mercaderías: esos atravesaban el Egipto en caravanas primero, y en un buen camino de hierro despues, con gran presteza, comodidad y baratura: hoy harán un viaje semejante. El problema se referia al buque de vela y á la mercancía gruesa, á esos elementos principales de la riqueza, de la civilizacion y de la vida de los pueblos. El barco de vapor y la locomotora lo habian hecho ya todo con respecto á los ricos; lo que no habian hecho nada era con relacion á los pobres: los pobres, pues, son los que están hoy de enhorabuena, es decir, la humanidad.

Nuestro barco, ó para hablar más propiamente, el capitan Jonas, tiene sobre la cubierta un cuarto palo negro, que á los iniciados no nos cupo duda de que era la chimenea de una maquina de vapor de 120 caballos, propulsora auxiliar del enorme velámen plegado á la arboladura del mónstruo. Esta máquina está parada, y su alimento de carbon, que no ocupa sino un exíguo lugar de la panza del buque, constituyen la solucion del problema mercante con respecto al canal de Suez.

Efectivamente : romper el istmo se concibe, así

como se concibe el paso inmediato y franco de los buques de todas especies por medio de los remolcadores; pero detrás del Egipto está el mar Rojo, ese mar pestilente y encalmado, caldera del infierno durante muchos meses del año, cuyo calor sofocante asfixia y cuyas emanaciones pútridas matan; están los mares de la China con su revuelto fondo, con sus oleajes tremendos y aterradoros; están los monzones contrarios, esos vientos semestrales del Oriente que juegan con un navío de tres mil toneladas como con una barca pescadora; están, en una palabra, los más fuertes contratiempos de las navegaciones de altura, y contra ellos era débil ventaja la ruptura del istmo, sin la trasformacion en buques mistos de los barcos que hacen habitualmente el comercio de la Indo-China.

El capitán Jonas trasformó su buque sábia y previsoramente en uno de los astilleros de Rotterdam. El costo de esta operacion no es gran cosa comparado con los efectos que ha de producir; el buque no pierde considerable espacio ni exige desmedido aumento de gasto en los tripulantes; porque como la máquina no funciona sino en ocasiones solemnes y para vencer resistencias destructoras, ni el personal, ni el combustible, ni el macizo, que son los tres enemigos del comercio al

vapor, varían esencialmente la sóbria economía y productiva cachaza del barco que obedece al timón y la lona para navegar. En cambio ese barco ahorra tres mil leguas de curva, excusando el cabo de Buena-Esperanza, y duplica sus viajes abarata considerablemente el precio del transporte. ¿Quién, pues, gana aquí?

Nosotros tememos mucho que ningún español haya transformado todavía su fragata, y tememos, por consiguiente, que la marina mercante extranjera se nos éntre en Filipinas compitiendo aún con los derechos diferenciales; pues esto retrasará la franquicia absoluta que debe existir en los puertos del archipiélago español, como rodeado que está de puertos francos ingleses, franceses y holandeses, al paso que acarree perjuicios inmediatos á nuestros navieros y navegantes. En cuanto veamos alguno, nos apresuraremos á comunicarlo y enaltecerlo.

II

—«Vasco de Gama (nos decia el capitán Jonas la última noche de viaje, sentados á la banda del buque) llevó á la Oceanía la civilización y el cristianismo: yo llevo allí la baratura del queso y de la cerveza, llevo telas de algodón casi de balde para vestir á mis compatriotas desnudos; llevo instrumentos de labranza que cambiaré por arenas de oro, y el negocio será doble: yo no soy un Vasco de Gama, pero soy uno de sus buenos segundos.»

Las palabras del capitán habían pasado casi desapercibidas á nuestra imaginación, porque en aquel momento sólo nos embargaba el espectáculo de esas sublimes monotonías que constituyen la mayor variedad de la naturaleza: el cielo y el agua.—Hay en el aspecto de un cielo azulado y tranquilo, así como en el de un agua reposada y verdosa, tanto quietismo movable, tanto silencio

parlador, tanta opacidad brillante y colorida, que el viajero de la mar puede pasarse hora tras hora contemplando esa especie de nada, con la ilusión de que contempla el infinito. Y es que la naturaleza ha hecho el teatro y las decoraciones, para que el hombre represente el drama en su imaginación. Todos los ruidos, todos los movimientos, todos los colores de la velada de mar, los lleva el viajero en su cabeza, se los despierta la razón y el discurso, se los corporiza la fascinación del encanto. Aquella estrelluela que guiña el ojo entre la nube, aquella gota de agua que se queja al ser atropellada por las demás, ¡qué mundos y qué torrentes! ¡qué misterios y qué viajes! —El hombre, sin embargo, lo escala todo, lo escudriña todo, quiere estudiarlo y beneficiarlo todo: se le ahueca el fondo de un vaso y hace la lente ecuatorial, se le inflama un poco de azufre y hace el revolver, se le salta la tapadera de la olla y hace la hélice, contempla la corriente de una gota de agua y rompe los istmos. ¡Qué mundos, y qué hombres!

Así meditábamos nosotros con la cabeza apoyada sobre los brazos mirando al agua, mientras el capitán Jonas, que se veía poco atendido por su pasajero, ó que filosofaba también para los adentros de su capoton de marino, se alejaba

con el antejo en la mano, diciendo á media voz:

—Hay que estar alerta para las costas; estos mares deben estar resentidos con ese diablo de francés.

Y marchó en derechura hácia el puente de la nave, dejándonos completamente solos con nuestro pensamiento y sus palabras.

Efectivamente, nos dijimos:—*Estos mares deben estar resentidos con ese diablo de francés.* El estrecho de la Sonda y el de Gibraltar son algo; para algo existen el istmo de Panamá y el de Suez; el mar Rojo no es el mar Mediterráneo: ¿qué subversion de mundos y de mares es esta? ¿Cómo se atreve el hombre á enmendar la plana á la naturaleza? ¿Qué van á hacer estas aguas con nosotros?

Las gotas seguian salpicando en el costado del buque. Creimos ver una clara y distinta entre las demás, y la interrogamos sobre su historia, con ánimo de explorar el fondo de nuestro comun secreto; pero su historia, con habernos dicho mucho, no nos dijo nada de lo principal que queríamos saber.

Esa gota habia nacido salada en el Mediterráneo: jóven aún, la arrancan las corrientes subterráneas, y por el Estrecho de Gibraltar la llevan al mar Océano, al Atlántico, al de las Antillas, á

una de las grandes calderas que, según Maury, elaboran la lluvia en el fondo del seno mejicano. Atropellada y falta de albedrío, como toda juventud aventurera, llega en torrente misterioso á aquel antro del fuego donde se engendran sin duda los ricos metales de la Sonora, pero de donde mana también la fiebre pútrida de Tierra-Caliente. Allí, en torturas de hervor, busca una salida al aire libre, y evaporada y casi dulce, se ve absorbida por las nubecillas brumosas de la mar. Bien pronto la sutileza de su peso la eleva á regiones más altas, donde corrientes supra-atmosféricas, en combinación con opuestas corrientes submarinas, la arrastran con vendaval impetuoso hácia el polo Norte, en cuyo helado ambiente se solidifica. El aire corre y corre, como el agua corria: su carrera se acorta al tropezar con capas de aire denso de la zona templada, y la gota hecha perla descende un día, al amanecer, sobre la yerba de los campos en capa de rocío. Reanima las flores y las frutas, fertiliza la tierra, deslízase por entre el musgo en busca del arroyo, el arroyo la lleva al lago, el lago al torrente, el torrente al río, el río la vuelve á la mar, la mar la encamina al Estrecho africano por las corrientes superficiales; entra en el Mediterráneo de nuevo, trasformada ya y viril, formando parte de las olas que

azotan nuestro barco; se levanta y nos cuenta esta sublime historia; cae de nuevo entre sus alegres compañeras que animan nuestro solitario viaje nocturno, y se dispone á atravesar con nosotros dentro de tres semanas el istmo de Suez, para comenzar nueva peregrinacion por los mares indicos.

Pues bien, gota de agua, ¿qué va á ser de nosotros? (la preguntamos). ¿Hay un desnivel en el mar Rojo, pronto á inundar los pueblos y las costas del Mediterráneo? ¿Qué va á suceder despues que emprendas tu peregrino viaje al Oriente?

La gota no contesta sobre los extremos del futuro: sigue relatando su pasado, como quien se goza en contar campañas añejas en que ha tomado parte, pero se cuida muy poco del porvenir.—Ella ha sido nieve, granizo y lluvia; ha ascendido á las cúspides de la sierra por absorcion, ha circulado en la gruta de las montañas por decantacion, ha descendido pura y cristalina á los valles por destilacion; ella ha sido providencia del caminante en el arroyo, recreo en el lago, salud en la fuente termal, alegría en el aire, riqueza en el suelo, locomotora gratuita en sus bulliciosas peregrinaciones; ella ha dado su sal para beneficio, purificándose al propio tiempo, y se ha impurificado voluntariamente para beneficiar la vida

vida de los hombres. Ha vivido en el campo y en la ciudad, en el tocador de la dama y en la banca de la lavandera; ha sido alimento y aseo, distraccion y regocijo, susto muchas veces, terror algunas; pero aún en estos contados casos, producto casi siempre de la incuria humana, ha traído en compensacion la calma tras la tormenta, la fertilidad tras del desborde.

¡Oh, gota divina de agua, origen de la palabra *manantial*, que todo lo abarca y simboliza! ¿Es cierto que los hombres te usurpan los derechos imprescriptibles que te donó el Creador? ¿Es cierto que estás irritada, como dice el capitán Jonas? ¿Quién es ese diablo de francés que perturba tu curso, ó por mejor decir, que precipita tu curso por nuevas y desconocidas regiones?

III

El caballero Fernando de Lesseps tiene ahora sesenta y cuatro años. Es un hombre de agradable presencia y de mirada viva y penetrante, como debe exigirse de todo el que concibe y realiza un pensamiento gigantesco. Lleva su edad con la indiferencia juvenil de quien no tiene tiempo para ponerse malo, ni un instante de reposo para ponerse viejo. En cuanto abra el istmo va á casarse.

Veinte años de educacion en la escuela politécnica de París le bastaron para hacerse ingeniero y diplomático. En 1825 fué ya agregado al consulado general de Francia en Lisboa; despues al de Túnez, más tarde al de Egipto, en cuyo país desempeñó funciones subalternas, primero en el Cairo y en Alejandría, representacion personal más tarde en estos mismos puntos, y misiones diplomáticas, en fin, coronadas de éxito decisivo, entre el Egipto y la Puerta, hasta el año de 1838.

En aquel tiempo la mitad de su vida habia sido francesa, la segunda oriental.

Restábase hacerse español por otro tercio de su existencia diplomática. En 1839, despues de desempeñar algunos meses el consulado general de Rotterdam, fué nombrado cónsul de Málaga, en cuya ciudad habia nacido su madre; tres años despues de Barcelona; seis años más tarde ministro de la república en Madrid. En estos diez años de españolismo, adquirió Mr. de Lesseps su gran reputacion de hábil representante y decidido campeón de los intereses de su patria. El bombardeo de Barcelona, acaecido en 1842, fué para el cónsul un campo de actividad, de pericia, de valor y de todo linaje de virtudes cívicas: Francia le condecora, los príncipes europeos que tenian nacionales en Cataluña hacen lo propio, el Ayuntamiento de Barcelona le regala una corona de oro, la reina Isabel le nombra comendador de Carlos III. Muy jóven aún, hace prodigios de caridad en Alejandría durante la terrible peste de 1834; hombre formado ya, hace prodigios de humanitario celo en las luchas civiles de la pobre España. Aquí obtiene la gran cruz de Isabel la Católica, y termina, puede decirse, su vida diplomática.

En desacuerdo con el Príncipe-presidente de la

república francesa sobre la cuestión de Roma, á cuya ingerencia se le habia llamado, Mr. de Lesseps pide su cesantía en 1849 y se retira de la diplomacia, en que habia servido cerca de veinticinco años, para dedicar otros veinte á la apertura del istmo de Suez.

Amigo íntimo de Mehemet-Alí, el virey gran reformador de Egipto, inteligencia y brazo primitivos á quien han de deberse todas las conquistas futuras de los pueblos de Oriente, Mr. de Lesseps enlaza aquella amistad y sus recuerdos, con este estado ocioso que se crea; y decide acometer en 1850 lo que habia concebido y meditado desde 1831.

En efecto: Mr. de Lesseps al pisar el Cairo, se habia hecho las mismas preguntas que el general Bonaparte hizo al ingeniero francés Mr. Lepère al pisar á Alejandría en 1798:—¿Por qué no se comunican directamente el Mediterráneo y el mar Rojo? ¿Por qué no se reproduce en nuestro siglo la obra colosal de los Faraones?

Mr. Lepère contestó á Napoleon con un proyecto más colosal, sin duda, que el de los Faraones; pero ni la ciencia del ingeniero ni la actividad del capitán podian entónces emplearse en una obra que exigia mayor cultura y tiempos más bonancibles que los de la revolución francesa

de 93. Napoleon dijo la primera palabra del atrevimiento, Lepère la primera de la ciencia, Lesseps la primera de la ejecucion.—Este habia estudiado los restos del canal de Necos, construido hace cuatro mil años próximamente, aunque en proporciones muy exiguas comparadas con las del proyecto que bullia en su cabeza; habia estudiado el proyecto de Bonaparte, grande para su tiempo, pequeño para nuestros días y para las verdaderas necesidades del mundo en general y del Egipto en particular; habia estudiado las Memorias que por inspiracion del sansimoniano Enfantin se escribieron sobre el terreno en 1847 cuando una comision de sabios, amparada por Luis Felipe, marchó á reconstruir el pensamiento de Bonaparte y los cálculos de Lepère; habia estudiado ese enorme y vociferado desnivel de las aguas, en que no creia; esa gran necesidad de riegos dulces en que soñaba, para hacer del desierto la primera tierra productiva del orbe; habíase inspirado, en fin, en la mayor de las osadías, para la cual se conceptuaba templado; y cerrando los ojos á las contradicciones del mundo, negoció y obtuvo en 30 de Setiembre de 1854 una primera acta de concesion del canal, firmada en el Cairo por Said-Pachá, virey sucesor de Mehemet-Alí.

Cincuenta años iba á cumplir Mr. Fernando de

Lesseps, cuando acometió la empresa que necesitaba la vida tal vez de muchos hombres. La Providencia, sin embargo, guarda la suya en una integridad de fuerzas admirable, para que este hombre extraordinario formule un proyecto colosal, sostenga una guerra titánica contra los enemigos de la obra, reúna y armonice los inmensos capitales de dinero, de ciencia, de industria y de trabajo que se necesitan; para que se haga caminante, ingeniero, economista, orador, soldado, misionero, periodista, agricultor, apóstol y casi mártir del más decisivo y trascendental proyecto que se ofrece á la solución del siglo XIX.

Hé aquí el hombre en compendio.

Hé aquí ahora la cosa en abreviatura:

Entre el Oriente y el Occidente se cambian cada año siete millones y medio de toneladas, en 9.500 barcos. Circulan además 100.000 viajeros. El valor de la mercancía se calcula en 16.000 millones de reales. — Estas son las cifras primitivas sobre las cuales va á abrirse un canal que acorta en tres mil leguas la travesía.

IV

Alejandro es una ciudad medio oriental, medio europea. Bien conocido es el entusiasmo de aquel filósofo de buhardilla, por la prevision con que la naturaleza habia colocado los grandes rios al lado de las grandes ciudades. Pues bien, ese filósofo se asombraria aquí al ver cómo en una lengua de tierra que divide al Occidente del Oriente, existe una ciudad medio oriental y medio occidental, en gentes, en costumbres, en fisonomía y en recuerdos.

Antes de nada vamos á decir cómo se desembarca en Alejandro. Suponemos que el lector ha desembarcado alguna vez en Alicante; y no decimos en el puerto de Alicante, porque á ese puerto y á la mayor parte de los del litoral de nuestro Mediterráneo, les sucede lo que á aquel calvo que se pintaba por la noche una raya de tinta en la cabeza para saber por la mañana dónde prin-

cipiaba su frente.—Cuando el capitán del barco ve que está ya cerca de Alicante, echa sus áncoras al mar y le entrega á cada pasajero su equipaje. Entónces principia una lucha terrible entre los alicantinos que, como ánimas en pena, parece que flotan sobre el mar, y el desdichado viajero, á quien se le concede la ilusion de creer que está en un puerto desembarcable. Voces descompasadas, aullidos lastimeros, trompazos de marca mayor, lanchas que zozobran, equipajes que se arrebatan, marineros que rien, niños que lloran, abrazos que se reciben sin saber de dónde; y todo esto sobre tablas apolilladas que sirven á la vez de palenque de riña para los que se disputan la presa, y de puerto de salvacion para el que es objeto de la lucha: hé aquí el naufragio verosímil, el tormento de una hora á que se le condena al pobre viajero, abandonado por gobiernos y pueblos á la rapacidad de los mareantes en medio de las olas.

Así, pero no así, sino más fuerte, es el desembarco en el gran puerto de Alejandría. Hemos dicho gran puerto de Alejandría y no nos arrepentimos, á pesar de los pesares; porque Alejandría es quizá el puerto más hermoso del mundo, como construido que está por el célebre ingeniero Manuel Naturaleza, que es el nombre que da un

amigo nuestro al autor de las mejores cosas que suele ver en todas partes. Pero los turcos no tienen sus puertos tan arreglados como los tienen los franceses, ingleses y alemanes; por cuya razón, aunque la bahía es magnífica y los abrigos imponderables, y los canales anchos, y los accesos fáciles y oportunos, todavía entre el barco y la tierra hay una extensión no escasa de bajos y cenagales que hay que atravesar artificiosamente con ayuda de los hijos del país.

¡Y qué hijos, gran Dios, qué hijos!—Figuraos una bandada de árabes, judíos, coptos, armenios, asirios, griegos y turcos, ligerísimamente vestidos los unos, y completísimamente desnudos los más, con el agua casi todos á la cintura, acarreando cada cual un jumento y un camello que se resisten á anfiarse como sus amos; gritando todos en diversas lenguas, inclusa la del rebuzno, manoteando hácia las víctimas que desembarcan, y apoderándose de ellas por la cintura, como manojo de espigas que se recoge de la era en tiempo lluvioso; figuraos á los europeos consternados, admirados, espantados ante el tono caliente de la atmósfera, ante las ruinas que coronan los montes del puerto, ante este otro mundo que se extiende á los ojos del occidental con algo de supersticiosa fantasmagoría; y todo ello clamoreado con

083 ————— las

las voces estridentes de los orientales, que quieren adivinar en el rostro del viajero los chelines que pueden sacar de él, y las palabras guturalo-latinas que han de dirigirle para ser comprendidos; figuraos esto tras del mareo de la navegacion, el cansancio del viaje y los aburrimientos misteriosos de una larga vida hecha por el hombre consigo propio, y nadie extrañará que aquí se eche de ménos el desembarco de Alicante y el de Valencia y el de Gibraltar, y todos los desembarcos homicidas de los puertos bulliciosos del orbe.— A nosotros nos montaron en un burro, al mismo tiempo que por el lado contrario echaban sobre él el mundo de una inglesa, y, gracias á la velocidad con que nos apeamos por donde es debido, no hicimos sobre el asno la triste figura de un Atlante de sainete. La inglesa, en cambio, estaba subida sobre un camello con nuestro equipaje, y desde allí clamaba por la restitucion *in integrum* del enorme baul que habíamos ayudado á sepultar entre el fango de la orilla.

¡Pobres de nosotros!—Una y otro, que en aquel momento tanto nos odiábamos, hubimos despues de culpar juntos nuestra ignorancia de los hombres y las cosas de Oriente. Aquellos burros y aquellos camellos no eran sino la vanguardia insolente y desarrapada de un pueblo misto, de un pueblo que

así hace desembarcar á la usanza primitiva, como provee ámpliamente á las necesidades del viajero moderno. Junto á los camellos y los asnos enfan-gados, hay en Alejandria preciosas góndolas bien remadas, berlinas de París servidas por fogosos ca-ballos, ómnibus elegantísimos de Inglaterra para conducir con toda comodidad personas y equipajes á los hoteles más suntuosos; y todo ello, por aña-didura, es gratuito ó poco costoso, segun la casa á donde el viajero quiere alojarse.

Nosotros preguntamos por las dos fondas mejo-res de la ciudad, que son la de Europa y la de Oriente, y escogimos esta última, como la más apropiada á la situacion. Estábamos hartos de Eu-ropa y de los europeos: en Oriente queríamos ser orientales.

Apenas terminamos las más preciosas ablucio-nes y compostura de traje, el ruido de la plaza nos atrajo con curiosidad suma hácia el balcon. ¡Qué plaza tan hermosa, qué plaza tan súa, qué plaza tan pintoresca, qué plaza tan alborotadora y tan simpática á ojos españoles! — Aquellos hebreos, aquellos coptos, aquellos griegos y asirios, un poco más decentes en su traje que los del puerto, aunque algo abandonados en la cobertura de sus formas; tendidos los unos en el suelo, sentados los otros en banquillos, éstos en corros, esotros de

085 ————— paso

paso con recuas y cargas; árabes cabalgando en jacas y mulas andaluzas con los mismos alhamares que en Córdoba; muchachas tan hermosas como las italianas y tan vivas y locuaces como las bohemias, vestidas con desechos de cachemira y arambeles de seda de colores; multitud pintoresca de todas clases, especie de comparsas de teatro que se escapan de todas las óperas para conversar, reir, cantar y pelearse á la luz del dia; pero multitud atropellada por la carretela de un personaje austriaco, por la silla de postas de un inglés, por el faeton elegante de una embajada francesa, que así se confunden en abigarrado aspecto como las multitudes del Prado de Madrid en dias de Carnaval. Zambra perpétua, Coso resucitado, Alhóndiga de tiempos modernos, mistura arábigo-europea de civilizacion y barbarie, de actividad y de molicie, del mundo que pasó y del mundo que viene á reanimar las cenizas de una grandeza muerta, pero que apenas se concibe por los presentes.

Nosotros lo miramos todo, lo escuchamos todo, nos asombramos de todo, y salimos á la calle.

V

Alejandría, como todos los pueblos orientales, tiene en su parte antigua un aspecto triste y desordenado. Calles estrechas y tortuosas, casas desiguales, aleros de tejado que con dificultad permiten ver el cielo, mutilaciones exteriores en los edificios, algun ajimez morisco, muchas celosías, pocos recuerdos, escasísimas trazas de lo que fué ó de lo que al viajero se le figura que deben presentarle. Pero Alejandría, como todo pueblo que se moderniza, y permítase la expresion, tiene tambien calles anchas y rectas, hermosas plazas, magníficos edificios, suntuoso aspecto de elegancia y comodidad contemporáneas. No en balde hemos repetido ya muchas veces que es un pueblo misto.

Su poblacion será hoy de 200.000 almas, mitad sedentaria y mitad compuesta de soldados, marineros, trabajadores y transeuntes. Este creci-

087 ————— mien-

miento de poblacion es muy moderno, pues á principios del siglo quizá no se contaria la cuarta parte del vecindario; y modernos son tambien el gran comercio y la industria de hoy, como modernos son los desarrollos de la vida europea, que buscan en las Indias colocacion á su pasmosa exuberancia.

¿Es, con todo, Alejandria algo parecido á lo que fué en un tiempo? De ninguna manera.

Nadie tiene derecho á ignorar el origen de esta ciudad tan célebre en la historia del mundo. Alejandro el Grande invade el Egipto, conquista á Méfis, su capital, y sale con su ambicion y con su gloria á escoger un punto donde su nombre pueda eternizarse. Llega á las costas de Occidente, como los orientales llaman al confin de su tierra que mira al Mediterráneo, y encontrando fabricada por la naturaleza la más hermosa bahía que él pudo imaginarse para establecer el paso de uno á otro mundo, sienta sus reales y encarga al arquitecto Dinócrates que trace allí mismo una gran ciudad. El arquitecto imagina que el nuevo pueblo tenga la figura de la capa macedonia que lleva en sus hombros el hijo de Filipo: las puntas de la capa se adaptarán á las lenguas de tierra que constituyen el magnífico puerto; pone manos á la obra, y funda á Alejandria.

La leyenda refiere que Dinócrates, trazando sobre el suelo los planos de la ciudad, se encontró falto de yeso blanco para seguir las líneas; y que Alejandro entónces mandó que se le entregara la harina de flor de su convoy, para terminar con ella los trazos del pueblo que iba á llevar su nombre. Esta conseja corrobora la idea de que Alejandro comprendió desde el primer momento la gran importancia del pueblo que fundaba: allí existia la solucion de continuidad entre Oriente y Occidente, allí era menester reanudarla.

¿Lo consiguió Alejandro?—Alejandro lo consiguió todo.

Nosotros no podemos seguir la historia en estas sencillas jornadas, y la historia además es muy sabida en esta parte de su grandeza antigua: nos contentaremos con recordar simplemente las frases—hechas de nuestro idioma, que dicen:— «Escuela filosófica de Alejandría, Faro de Alejandría, Biblioteca de Alejandría, Comercio de Alejandría.»—Con los recuerdos que esas frases despiertan, hay lo suficiente para nuestro objeto.

Alejandro y los macedonios lo traen aquí todo, los Ptolomeos lo hacen todo, los griegos y los romanos lo acumulan todo: diversas civilizaciones, grandes todas, hacen de Alejandría el objeto de su predileccion durante más de diez siglos. ¿Qué

resultó, pues? — Omar, el tristemente célebre Omar, escribe al califa despues de su conquista de Alejandría á mediados del siglo sétimo de nuestra era:

« He tomado la gran ciudad del Occidente. Me es imposible enumerarte la variedad de cosas ricas y bellas que contiene, y me contentaré sólo con indicar que hay en ella cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros ó lugares de recreo, doce mil tiendas para el comercio, y cuarenta mil tributarios judíos.»

Hé aquí unas breves palabras que resúmen la más grande y maravillosa historia. Busquemos, pues, á través de esas palabras los restos de la antigua Alejandría. Busquemos esos baños y esos palacios, busquemos esa Academia, esa Biblioteca, ese Serapium, esa tumba de Alejandro el Grande, ese faro que alumbra desde su elevadísima torre de mármol blanco al emporio del comercio del mundo. Busquemos.... pero ¡ay! en Alejandría no hay ya nada que buscar: hasta las ruinas han desaparecido. Sólo el arqueólogo puede, con Herodoto y Plutarco, Josefo y Plinio en la mano, reconstruir la ciudad por los trazos de cimentacion que aún se perciben en diferentes lugares. Los Califas han pulverizado la obra de los Ptolomeos.

Hagamos, sin embargo, una justicia al desdi-

chado Omar, contra quien el mundo de Occidente se revuelve en denuestos hace quince siglos, por su pretendido incendio de la Biblioteca de Alejandría. El asunto no deja de ser interesante.

El incendio de la Biblioteca de Alejandría es un suceso que tiene más de moral que de físico. Antes de la Biblioteca la civilizacion, despues de la Biblioteca la barbarie; hoy el renacimiento científico basado en la memoria de la célebre Biblioteca, y la Biblioteca no existe. De aquí la importancia á nuestros ojos de un hecho por demás sencillo.

La Biblioteca de Alejandría, que los antiguos egipcios llamaban *Tesoro de los remedios del alma*, estaba compuesta de 700.000 volúmenes, cuya adquisicion se debe exclusivamente á los Ptolomeos. Todos los libros de algun valer que se encontraban por el mundo, producto de las civilizaciones indias, asirias, persas, griegas y latinas, todos iban á parar á la gran Biblioteca, donde se conservaban, al decir de los historiadores contemporáneos, con mayor esmero del que se usa en nuestros principales establecimientos de la misma clase. La adquisicion de los libros se hacia sin reparar en gastos ni en diligencia. Al término de las batallas, en los momentos de las invasiones, por la via del comercio de tierra y mar, en los

tratados de los pueblos, todas las circunstancias eran aprovechadas para conquistar los tesoros del ingenio, con una avaricia apenas comparable á la del bibliófilo moderno más renombrado. Los que viajaban por Egipto ó por comarcas en que los egipcios ejerciesen autoridad, se veían despojados de sus obras, las cuales, fielmente copiadas por hábiles reproductores, pasaban á ser propiedad de la Biblioteca, entregándose las copias á los desposeídos. La célebre Biblioteca de Pérgamo (origen de la palabra pergamino), pasó intacta por derecho de conquista al inmenso arsenal científico y literario de los Ptolomeos. Baste decir que uno de estos reyes pagó por la traducción al griego de la versión de los Setenta de la Biblia, una suma en talentos de Alejandría correspondiente á veintidos millones de reales de nuestra moneda.—Y ¡ahora nos admiramos de que el marqués de Salamanca pagase en Roma ocho mil duros por uno de los cinco ejemplares que se conservan de la novela caballeresca *Tirante el Blanco!*

Cuatrocientos mil volúmenes de esta imponderable colección se hallaban colocados en la Academia, magnífico edificio construido sobre uno de los muelles del puerto, especie de Ateneo y lugar de controversia de los sabios, cuyas ruinas existen aún en la actualidad sobre lo que fué tumba

092 _____ de

de Alejandro. Los otros trescientos mil, entre los que se hallaban los de Pérgamo, adquiridos por Cleopatra, residían en el gran templo de Serapis, al interior de la ciudad, templo que puede asimilarse á la catedral de los egipcios.

Ahora bien: cuando César penetró en Alejandría á destronar al último de los Ptolomeos para dar la corona á Cleopatra, tuvo necesidad, como ardid de guerra, de incendiar la flota egipcia surta en el puerto; y los vientos que soplaban sobre la Academia destruyeron este grandioso edificio, sepultando en sus ruinas la más hermosa porcion, ó como si dijéramos, la verdadera Biblioteca de Alejandría. No fué, pues, el mahometano Omar, sino el civilizador Julio César, quien contribuyó sin quererlo á esta catástrofe; y ¡cosa singular! el mundo antiguo se acababa con César, y con César acababa fortuitamente la Biblioteca de Alejandría. Los primeros cristianos pudieron contemplar las cenizas de la Academia.

Restaban aún los volúmenes del Serapium, conservados como por milagro hasta la invasion sarracena; y entónces Omar, bárbaro á las claras, illiterato como suelen serlo todos los conquistadores, viéndose falto de combustible para calentar los cuatro mil baños de que habla en su carta al califa, dispuso que los libros alimentasen las calde-

ras ; ¿qué sabia él de la ciencia de griegos ni babilonios?

¡En el presente siglo, los generales franceses que invadieron la Península en nombre de Napoleón, permitían que se hiciese cama para los caballos con los papeles del archivo de Simancas!

VI

Sí, lo repetimos: la Biblioteca de Alejandria pertenece, como tantas otras cosas que se consideran tangibles, al órden moral de las abstracciones; tiene para el viajero algo de lo que le sucede al agua de Colonia. Llega uno á Colonia, empapa su pañuelo en un arroyo, y al llevarse-lo á la nariz, le huele á cieno. Nosotros buscábamos en Alejandria una biblioteca, y encontramos, en efecto, una en la estacion del Cairo, donde se hallaban las novelas de Ponson du Terrail, algunas Guías del viajero, periódicos de Europa á cuatro cuartos, la vida de Garibaldi, etc., etc.

Fuénos preciso buscar otras cosas de mayor sabor antiguo y de mayor encanto contemporáneo. ¿Se sabia algo de la tumba de Alejandro? ¿Qué se hizo del sarcófago de oro en donde se guardaban sus restos, y del cual se remedó en nuestros dias el sarcófago de pórfido en que se guardan los de

095 ————— Na-

Napoleon?—Un reyezuelo avaro violó la tumba para robar el oro, y áun euando esta accion le privó de la corona, los restos de Alejandro se perdieron. El héroe macedonio tuvo su Santa Elena en Babilonia; pero otro capitán, tan grande como él, destruyó en una guerra su cripta de los inválidos. Entre el polvo de la Academia debe encontrarse polvo de Alejandro.

¿Qué se hicieron los palacios y los jardines de Cleopatra, de esa hechicera de Marco Antonio?—Nada existe. La torre del faro, atribuida falsamente á su iniciativa de construccion y á su buen gusto, pues costó sesenta millones de reales, está enterrada entre los escombros de la isla que le sirvió de nombre; sólo allá en la altura sobre el puerto se conservan, en pié la una, derribada la otra, dos gigantescas pirámides, restos de construccion de algun edificio fastuoso; y á esas esbeltas moles, que desafian aún la inclemencia de los tiempos, se las llama por el vulgo de Alejandría las *Agujas de Cleopatra*.

Todo pereció en Egigto: lengua, civilizacion, ciudades, historia; sólo quedan las tumbas, sólo vive la muerte.

Nosotros quisimos conocer el canal de Necos, puesto que á conocer habíamos venido el canal de Lesseps; y emprendimos con un guia el viaje por

la laguna Mareotis. Esta laguna se halla á espaldas del puerto y á un lado de Alejandría caminando hácia el interior del Bajo Egipto. Necos, rey del país siete siglos ántes de nuestra era, intentó abrirse camino de agua desde el lago Mareotis hasta el mar Rojo, iniciando por sí mismo, segun unos, la idea, ó continuando, segun otros, el propio intento de más antiguos Faraones. Pero sea de ello lo que quiera, no parece que ningun Faraon concibiese nunca el proyecto que se realiza en nuestros dias. No es hasta el tiempo de Alejandro cuando los orientales han puesto miras de trascendencia hácia el Occidente.

Necos, sin duda alguna, pensaba en Egipto para el Egipto. Su canal, que durante este siglo se ha estudiado mucho, sólo tenia treinta metros de ancho y de dos á tres de profundidad. Era una especie de camino arriero de los mares, suficiente apenas para que marchasen por él las pequeñas naves trirremes, que á lo sumo medían quince metros de largo. Ni la historia de su entretenimiento, ni los procederes de su limpia, nada consta hoy en la proporcion y con la minuciosidad de que se guardan otros recuerdos sobre cosas ménos importantes del Egipto. Ese canal ha servido de cálculo de operaciones y guia del atrevido proyecto que al presente se consuma; pero ese canal

no ha sido ni iniciador social, digámoslo así, ni émulo siquiera del de Lesseps. El Egipto hizo un canal para los suyos, y el francés lo hace para la humanidad.

Estudiando la proyeccion de ambos, se comprenden las diversas aplicaciones de uno y otro. Nosotros quisiéramos tener aquí un papel mágico y un lápiz de virtudes para grabar sobre esta página el perfil de ambos canales. Pero ya que esto no es posible, adoptaremos un medio supletorio: coja el que lea el mapa de España, y figúrese que es el del Bajo Egipto.—Alejandría es la Coruña: el canal de Necos sale del lago Mareotis, que, como hemos dicho, está detrás de la ciudad, y se dirige por la línea portuguesa y provincias de Extremadura á salir al mar por Ayamonte, en la provincia de Huelva. Este es el canal antiguo que establecía comunicacion del Mediterráneo al mar Rojo sobre la base indirecta de Alejandría.—El de Lesseps está muy distante y en posicion inversa del puerto referido. Hay que rodear, como si dijéramos, la costa Cantábrica, para buscar la embocadura en Puerto-Said, esto es, en San Sebastian, siguiendo el símil anterior. De San Sebastian corre en línea casi recta por Logroño, Soria, Guadalajara y Ciudad-Real hasta Manzanares: aquí describe una curva por el confin de la provincia de Alba-

098 ————— cete,

cete, para salir al mar por Cartagena. Es, por consiguiente, Puerto-Said San Sebastian, los Lagos Amargos Manzanares, y Cartagena Suez. — El Cairo, capital del Egipto de hoy, se halla situado con respecto á Suez y á Alejandría, como entre la Coruña y Cartagena está Granada, es decir, fuera del canal. Entre Alejandría y Suez hay un ferrocarril que pasa por Cairo.

Creemos que el lector nos ha comprendido, y que ya puede trazar en un papel el plano de esta parte del Egipto y los perfiles de ambos canales inter-oceánicos.

VII

Apenas restituidos á Alejandría de vuelta de esta investigacion preliminar, el telégrafo del faro de Cleopatra anunciaba á las autoridades egipcias y cónsules europeos de la ciudad que el vapor *Mæris*, de las Mensajerías imperiales de Francia, quedaba señalado á la vista del puerto con los primeros convidados que nos mandaba Europa para asistir á las fiestas de la inauguracion del Istmo.

Dejemos á un lado los preparativos oficiales y officiosos que autoridades y cónsules hacian (incluso el nuestro) por recibir á nacionales y huéspedes del modo que en casos tales se acostumbra, para decir lo que pasó por nosotros cuando el dragoman ó intérprete que nos acompañaba corrió á comunicarnos tan fausta nueva. No era sólo amor nacional el que se despertaba en nuestra alma al saber que algunos ilustres compatriotas se acerca-

400 ————— ban

ban á Egipto; era amor europeo, amor de Occidente, ó como si dijéramos, amor de otro mundo, el que sentíamos por primera vez en nuestra vida.— Un andaluz, por ejemplo, de la provincia de Jaen, le llama paisano á otro andaluz de Cádiz si se lo encuentra en Madrid: si la entrevista se verifica en Francia, se creen paisanos un catalan y un gallego: si en Rusia, son compatriotas un italiano y un español; y si la entrevista es en Oriente, son de hecho compatriotas, y compatriotas cariñosos, todos los occidentales. El dia que subamos á la luna y hallemos habitantes, veremos que un negro del Congo y un albino esquimal se llaman paisanos.

Nosotros esperábamos, pues, con impaciencia la llegada de nuestros compatriotas españoles, franceses, ingleses y alemanes; los compatriotas del Occidente civilizado que venian á Oriente, despues de quince siglos, á pagar una deuda de civilizacion; los esperábamos como á familia propia; todos habian nacido en nuestro pueblo.

Llegó, efectivamente, el barco, y la playa de Alejandria se convirtió en un puerto europeo: aquello era una invasion pacífica de las hordas de otro hemisferio. Todos los occidentales, con monsieur Fernando de Lesseps á la cabeza, salimos á esperar la faccion que avanzaba del Mediterráneo:

el primer faccioso (los egipcios lo ignoran todavía) es el Sr. Lesseps, y á él aclamaron las turbas desde que le divisaron en tierra:—«¡Viva el reformador de Oriente!»—era el grito de todos los corazones y la palabra de todos los labios. La Turquía fué tomada por sorpresa en ménos de una hora.

Nosotros, sin embargo, no esperábamos á nadie, ó por mejor decir, á nosotros no nos esperaba ninguno: los españoles, tras de ser muy pocos los que se contaban en esta expedicion, nos eran únicamente conocidos de fama, lo mismo que la mayoría de los franceses desembarcados. Vimos al inteligente Montesinos, director del ferro-carril de Bilbao, y al notable artista Gisbert, autor de los Comuneros, acompañados de otra media docena de españoles distinguidos en letras y artes. Vimos á los literatos franceses Cárlos Blanc y Teófilo Gautier, este último con el brazo en cabestrillo, por una dislocacion que sufrió á bordo; á los artistas del mismo país Gerome, Fromentin y otros que, con abigarrados trajes y su tradicional gáulica alegría, comenzaron á *boulevardear* desde el primer momento. No venian los europeos del Norte, ni los españoles de la comision científica, los cuales principiarian á venir en la segunda expedicion. Tampoco venia, ¡ay! el jóven ingeniero que ha dirigido en jefe importantísimos trabajos

102 ————— del

del Istmo: en cambio venia en los periódicos el anuncio de su muerte, acaecida en París pocos dias ántes de que su obra fuese inaugurada oficialmente.—Dios no permitió á Moisés, despues de haber secado el mar Rojo, que llegase á tocar la tierra prometida: tampoco ha permitido á Borel, despues de aguar el desierto, que llegase á atravesarlo en son de conquista. ¡Acatemos los designios de la Providencia, y derramemos una lágrima sobre la tumba de este moderno general de los hebreos del trabajo!

Entre Mr. de Lesseps y el bajá de Alejandría, ayudados de los cónsules, habíase dispuesto todo lo necesario para que la recepcion de los notables de Occidente fuera lo cómoda y lisonjera que debia esperarse de la proverbial hospitalidad de los orientales. Baste decir que el Kedive tenia tomadas por su cuenta la mayor parte de las fondas de Egipto, á razon de quince duros diarios por plaza de persona, con el fin de que no faltase instantáneo y cómodo alojamiento á sus convidados en parte alguna.—Ellos se lo encuentran todo pagado y servido, ellos no montan un burro como nosotros, ellos no sufren dispendios ni incomodidades como nosotros. ¡Qué correspondencias tan amenas deben escribir, y qué memorias tan científicas deben componer!

Peró, en cambio, ellos viajan como maleta de embajador en la elegante silla de postas de su amo: van bien, pero sin albedrío; llevan su itinerario preconcebido y ajustado por el ordenador de pagos de su ministerio; andan á tanto por legua, y si se paran no cobran. Nosotros, por el contrario, los hemos visto con cierta delectacion maliciosa recorrer á escape las ruinas de Alejandría, sin gusto para ello, porque llegaban cansados, y sin enterarse apenas de cosa alguna, porque les instaban para una nueva marcha; les hemos visto jadeantes tras del *cicerone* contemplando de oficio lo que se debe ver por cuenta propia; y al despedirles al dia siguiente para el Cairo, donde se dirigian á toda prisa, sin saber por qué, hemos recordado la máxima de un nuestro maestro de la juventud, el cual decia, que no puede hacerse cosa buena como no se principie por el principio. Los hemos dejado, pues, para seguir una ruta diferente, para escudriñar estas ruinas de Alejandría, para recorrer los campos donde debe hallarse enterrada Cleopatra, para aspirar el aroma histórico de aquella reina y de aquel guerrero que han llenado el mundo con la trágica leyenda de sus amores.

¿Quién se marcha de Alejandría sin evocar la sombra de Cleopatra?

VIII

Cleopatra no es el nombre de una mujer : Cleopatra es el nombre de la seducción.

Hay en la historia dos seducciones que han influido grandemente en la suerte del mundo: la de Eva y la de Cleopatra. La seducción de Eva, sin embargo, fué inocente, candorosa, primitiva, como el Paraíso: la de Cleopatra fué procaz, turbulenta, desgarrada, como el fin de las grandezas del Desierto.—Eva fué la primera mujer; Cleopatra la primera cortesana.

Un día quiere cautivar á Julio César, y se le presenta vestida de grumete: otro día pretende cautivar á Marco Antonio, y se le presenta vestida de diosa. En ambas ocasiones consigue su objeto.

Cleopatra reina en Egipto, como último de los Ptolomeos, por muerte de su padre y casamiento con su hermano. Este último hecho demuestra

el grado de disolucion en que ya se encontraba la moral egipcia; pues las antiguas leyes prohibian hasta el enlace de los primos hermanos. Eran más radicales y de mayor moralidad humana, que las de nuestra moderna civilizacion.

Una doble corona asentada así sobre sienes movedizas, dura muy poco; y la de Cleopatra vino al suelo revuelta con la nulidad de su marido, á tiempo que Julio César, vencedor en Occidente, se proponia subyugar el Oriente y proclamarse dueño del mundo. César desembarca en Alejandría decidido á ocupar á Egipto; pero no cuenta con la belleza de Cleopatra, ni con la seduccion de su gracia femenil: recibe á la destronada princesa una sola noche en su palacio, y á la mañana siguiente la devuelve un trono.

Julio César es asesinado en Roma junto á la estatua de Pompeyo; se constituye el primer triunvirato, y tras del primero el segundo; Lépido, Marco Antonio y Octavio se dividen las provincias romanas, y á Marco Antonio le tocan la Grecia y el Asia. Marcha allí Antonio á tomar posesion del imperio oriental, y lo primero que resuelve es pedir cuentas á la reina de Egipto sobre supuestos auxilios otorgados por ella á Bruto y á Casio, sus rivales.—Cleopatra se sonrie de esta comparecencia en juicio por un guerrero dulce á una belleza

altiva. Ella, que cuando niña supo cautivar á César y al hijo de Pompeyo, con sólo desearlo, ahora que es mujer y se halla en el pleno dominio de sus seducciones, no necesita ni la razón ni la fuerza para vencer á Antonio: bástale un poco de desden, primero, y más tarde un raudal de coquetería.—Comienza, pues, por no acudir pronto á Cilicia, desde donde la llamaba el dictador.

Uno y otra, mientras tanto, adquieren conocimiento profundo de sus respectivos caracteres. Antonio no oye hablar más que de la gracia, del talento, de la vivacidad encantadora de Cleopatra: Cleopatra se entera bien de la irresolucion, de la vehemencia, de la molicie de costumbres á que se inclina Antonio. Al cabo, impresionado él y persuadida ella, se resuelve el momento del juicio. Cleopatra comparece ante el tribunal de Antonio, reunido con gran aparato de severidad en la plaza pública de Cilicia; pero ¿cómo comparece? Hay que dejar hablar á Plutarco, que lo ha oído de un testigo de vista.

Ella navega tranquilamente, dice, sobre el río Cidnus, que conduce á la ciudad, en una nave cuya popa es de oro, las velas de púrpura y el timon de plata. El movimiento de los remos produce un sonido flauteado que recuerda el consorcio

107 ————— del

del caramillo y de la lira. Cleopatra, ataviada magníficamente á la manera de Vénus, aparece recostada bajo un pabellon de tisú de oro. Hermosos niños en traje de amores, rodean á la diosa refrescando su ambiente con pintados abanicos. Bellísimas mujeres vestidas de Neréidas y de Gracias, acuden á la maniobra las unas, al gobernarle las otras. Ambas riberas del rio se embalsaman con los perfumes que expide la nave de sus ocultos incensarios; y un pueblo entero, atónito y saturado de benevolencia, acompaña en encantadora procesion el celestial cortejo, murmurando que lo presida Vénus misma para glorificacion y ventura del Asia.

El primer acto jurídico de Marco Antonio ante el espectáculo de la culpable, es convidar á comer á Cleopatra en su palacio. Ella declina esta honra, y convida á Antonio para el suyo. ¿Qué hacer? De varones fuertes es un precepto ineludible la galantería.

Marco Antonio confiesa que de todos los festines que registra la historia, ninguno se ha parecido al que esa noche le dedica Cleopatra. Las iluminaciones, sobre todo, están dispuestas con tal artificio, que techos y paredes vomitan luces en caprichosas figuras, como si allí hasta lo material estuviese encantado. ¿Quién imagina todo aquello?

Cleopatra no era bella, en la acepcion que de oficio se concede á esta palabra. No nos queda una descripcion minuciosa de su fisonomía; pero los contemporáneos están contestes en declinar para su busto la correccion griega de las líneas. Aspasia, delante de ella, tal vez la hubiese vencido en formas y en color: lo que ninguno se atreve á creer es que nadie la hubiere vencido en apostura y en gracia. Pericles sucumbe ante la una; Marco Antonio sucumbe ante la otra; pero Pericles es griego, y Marco Antonio romano, es decir, aquella pudo ser el modelo de la Vénus de Milo, ésta será siempre el modelo de la Vénus gitana.

Si Cleopatra, pues, pudo ser resistida por su aspecto, confesemos que era irresistible por su trato. Las gracias de su figura, sostenidas con el encanto de su conversacion, con el donaire de sus ideas, con la locuacidad encantadora de su palabra, deslizaban un misterioso aguijon, dice el biógrafo griego, que penetraba hasta lo vivo. Su voz era dulce y armoniosa en extremo; su lengua, que manejaba con gran soltura, parecia un instrumento de muchas cuerdas que bajo dedos hábiles se presta á todo linaje de modulaciones; pues á una misma vez, y sin acento extraño, pronunciaba los idiomas de los etíopes, de los trogloditas, de los hebreos, de los árabes, de los sirios,

409 _____ de

de los partos y de los medos. Ella hablaba en latin con Marco Antonio, y Marco Antonio no podia hablar con ella en egipcio: Marco Antonio, pues, estaba perdido.

Y tanta fué la perdicion de su ánimo, que olvidándose de lo que pasaba en Roma, olvidándose de lo que pasaba en Oriente, olvidándose de lo que podia pasar en el mundo, Antonio se vió arrastrado á Alejandría por Cleopatra; el juez se convirtió en acusado, el dictador en súbdito, el guerrero en amante, el esposo de la hermana de Octavio en concubino de una infiel. Y al lado de ella desaparece el tiempo en la molicie, el festin sustituye á la batalla, la orgía suplanta al consejo, fausto y lujo ocupan el lugar de los intereses públicos; las noches de Alejandría, en fin, eclipsan á las célebres noches de Roma.

¿Quereis un ejemplo del sibaritismo á que los amantes se hallaban entregados?

El médico Filotas era amigo de uno de los cocineros de la reina. Cierta dia hallábase en la cocina husmeando los preparativos de un festin, cuando llamó su atencion que en ocho asadores diferentes se estuviesen asando ocho javalís enteros. — «¿Cuál, pues, será el número de los convidados? (preguntó Filotas con asombro). — Una docena acaso (contestó el cocinero con naturalidad);

pero como ignoramos á qué hora pedirá Cleopatra la comida, y el asado de javalí no tiene más que un punto, hay que ir escalonando la cochura para que, sea cualquiera el momento de servirlo, se halle en el punto de la satisfaccion de los reyes.»

Cleopatra procuraba encantar á Antonio con todo género de hechizos: comia, bebia, jugaba como Antonio; cazaba, revistaba las tropas, se disfrazaba de paje por las noches, como Antonio tambien: dábale hijos, segun los deseos del romano, y no descuidaba la educacion de los de Octavia, segun secretamente deseaba tambien Antonio. — Este, por su parte, gran soldado y brusco caballero, pero poquísimo hábil en las cosas del mundo, queria hacerse agradable á los ojos de Cleopatra así en sus guerras como en sus diversiones; y rivalizando en aturdimiento con los jóvenes alejandrinos, daba espectáculos, cómicos á veces, más de los que la reina procuraba sacarle con talento y con gracia.

Los habitantes del archipiélago griego eran todos excelentes pescadores, y Marco Antonio, que valia más que ellos, no podia ser ménos que ninguno. Dedicóse, pues, á la pesca de caña, con ánimo de eclipsar á los más hábiles; pero él, que nunca entendió de rios otra cosa que impulsar á Julió César á que pasase el Rubicon, tiraba siem-

pre en seco de su anzuelo , con gran pena de que presenciara aquella catástrofe Cleopatra. Para enmendar su torpeza, mandó á unos pescadores de oficio que colocasen secretamente por bajo del agua hermosos peces en su garfio; y con efecto, de allí en adelante, nadie pescó tanto ni tan bueno como Antonio. Cleopatra, adivinando la inocente superchería de su amante, dispuso las cosas de manera que una mañana pescase Antonio delante de toda la corte , no un pez fresco y hermoso como acostumbraba, sino un arenque salado de los que enviaban del Ponto Euxino. El dictador , perplejo ante aquella burla sangrienta, no sabia qué partido tomar, cuando su encantadora amante le dijo:—«General, dejadnos á los habitantes de los lagos y de los rios la pesca de caña: vos sois cazador de reyes y de pueblos; idos á vuestra caza.»

De esta manera Antonio, avasallado, subyugado, encantado con las veras y con las burlas, con la persuasion y con el sentimiento, con la superioridad y con la gracia, se olvidó de Roma y de sus intereses, para entregarse por completo á Egipto y al amor.—Cleopatra tenia entónces veintiocho años, y, ¡cosa singular! se habia enamorado tambien ciegamente de Antonio. Ella, que habia hecho de sus gracias un instrumento frio para

para encadenar á los hombres, experimentó esa debilidad natural que experimenta el fuerte por el débil, el talento por la sencillez, la hermosura por la fuerza, una cortesana por un soldado. A veces le mandaba á decir:—«La poderosa, la rica, la bella reina de Egipto, no es más que la manceba de Antonio; mientras que Octavia, con quien te uniste por interés únicamente, se llama tu esposa. No creas, sin embargo, que me avergüenzo de ser tu querida; pero te anuncio que si me abandonas, me daré la muerte.»

Antonio enloquecía con esta soberbia y esta humildad mezcladas: no se atrevía á repudiar á la hermana del futuro Augusto, pero formó resolución completa de no separarse de Cleopatra. ¿Había sinceridad en este acuerdo?—Algunos papeles de interés fueron sustraídos á Marco Antonio y enviados á Octavio: entre ellos estaba el testamento del triunviro escrito de su puño, y en él decía:—«Si por acaso muero en Roma, quiero que mi cadáver sea remitido á Egipto y entregado á Cleopatra.»—Antonio pertenecía á Cleopatra en vida y en muerte.

Historias complicadas y sangrientas, largas historias, historias de conquistas, revoluciones y estremecimientos humanos, se mezclan durante diez años en la vida de Marco Antonio y Cleopa-

tra. La trasformacion del imperio de Roma, la caida de la república y el advenimiento de Augusto, se preparan por la ley general de los sucesos, y por la especialidad inmediata de estos desastrosos amores. Octavio no puede soportar por más tiempo la conducta de Antonio, el torpe influjo que ejerce en la gobernacion y conquista de Asia el amor de la egipcia, la desdichada posicion de la virtuosa Octavia, cantada por Virgilio y vilipendiada por Marco; todo esto junto, cada cosa de por sí, y muchas otras consideraciones que no caben al presente en este estudio, constituyen el rompimiento de ambos césares, de ambos parientes, de ambos amigos y aliados desde la juventud.

Octavio marcha contra Antonio para destruirlo: Antonio se prepara á la defensa, auxiliado por los tesoros y el poder de Cleopatra. El golfo de Ambracia, en el Epiro, es el lugar destinado para el encuentro de las armadas romana y egipcia. La pequeña villa de Actium da nombre á la batalla: todos conocen su resultado; allí se acabó la libertad de Roma, allí se acabó la historia de Egipto, allí se acabaron los amores de Marco Antonio y Cleopatra.

Nó: no acabaron allí esos amores; allí acabó su fortuna, su dicha, su encanto; pero de allí sigue

la abnegacion, la tragedia, la sublimidad del crimen.

Antonio, vencido, destronado, abandonado de todos, vaga errante algun tiempo por África, hasta que el amor le conduce nuevamente á Alejandría en busca de Cleopatra. Allí es tambien perseguido por César, é intenta defenderse, defendiendo el trono de su amada; pero en la plaza de Alejandría es tan desdichado como en el golfo de Actium, y un abandono, en el cual cree comprendida hasta Cleopatra, le resuelve á abandonar la vida.

La reina de Egipto, mientras tanto, ha hecho construir junto al templo de Isis una tumba solemne en que enterrar su grandeza y su último suspiro. Al ver la desdicha de Antonio, lleva ya tiempo de estar ensayando en los esclavos condenados á muerte todas las maneras de morir en calma, sin dolor, sin agonía, sin fealdad; como quien quiere disponer de esa hora suprema para dedicarla á álguien. Una pequeña serpiente venenosa, un áspid que suele hallarse en las hojas de las higueras, es el instrumento que ha encontrado mejor para sus fines. Encarga el áspid á un hortelano para que se lo traiga oculto entre la fruta; guarda en la pirámide sus tesoros; llama á dos de sus mujeres favoritas y se encierra en la tumba,

no sin participar á Antonio su muerte consumada. Ella le dice que no ha podido sobrevivir á la desconfianza de su amante.

Al apercibirse Antonio del fin de Cleopatra, se revuelve contra sí propio y exclama:—« ¡Qué esperas ya, pues, Antonio, cuando has perdido el único bien que te ligaba á la tierra! » Despues reflexiona y grita:—« ¡Cleopatra, no me lamento de estar separado de tí, porque voy á buscarte ahora mismo: lo que deploro es que, habiendo sido tan gran guerrero, me vea ahora humillado en valor y en magnanimidad por una mujer. »

Antonio tenia un servidor á quien habia exigido palabra de que le diera la muerte cuando se lo ordenase:—« Eros, le dijo á éste, cumple tu oferta. »—Pero el fiel criado de Marco Antonio, que habia desenvainado su espada para herirle, vaciló un momento y se la asestó á su propio corazon.—« ¡Generoso Eros! repuso Antonio al verle caer sin vida; ¡tú me enseñas á hacer lo que no he debido mandar á nadie! »—Y se clavó la espada.

Antonio no estaba herido de muerte; pidió que le acabasen de matar, y nadie se ofreció á hacerlo; pero la noticia de su accion llegó hasta la tumba de Cleopatra, y la reina pidió su cuerpo para que juntos espirasen y fuesen enterrados. Moribundo Marco Antonio, oye la nueva de que Cleopatra

vive, y se hace conducir por sus esclavos hasta el pié de la tumba. La puerta está cerrada y no se puede abrir: Cleopatra desde una abertura del muro, por donde se ha comunicado hasta entón-ces con los de afuera, arroja unos cordones para enlazar el cuerpo de Antonio, y ayudada con infinito trabajo por sus dos mujeres, lo eleva hasta la altura de sus brazos, lo arrastra con un poderoso empuje hasta su propio lecho; y allí destrenzada, delirante, golpeándose su hermoso rostro y sus preciadas formas, tintas las manos en la sangre que brota de la herida de Antonio, le llama su señor, su esposo, su jefe supremo, su luz, su vida. — Antonio, á quien parece que el arrebató apasionado de Cleopatra infunde animacion milagrosa, procura acallar sus lamentos con palabras de fortaleza y de calma; la ruega que piense en sí, en su salud, en sus hijos, en su trono; la conjura á conformarse con la suerte que á él le deparan los dioses; pues «yo, tan poderoso (dice) como el que más de los hombres, no debo acordarme, al terminar mi carrera, más que de los bienes que he disfrutado durante mi vida, y de no haber sido vencido más que por un romano.» — Diciendo estas palabras, espiró.

Desde este momento Cleopatra desfallece dentro de su tumba. Ni los enviados de César, ni las sú-

plicas de sus amigos, ni los ruegos del pueblo consiguen que se establezca comunicacion con aquella cárcel de la muerte. Sólo se oye de vez en cuando la voz de Cleopatra para pedir á Octavio el trono del Egipto para sus hijos.

Octavio se decide á penetrar él mismo en la tumba de Antonio, esperando persuadir á Cleopatra de que no debe darse una muerte tan cruel como la que se prepara. Consigue al fin llegar hasta ella, y con palabras dulces intenta persuadirla de que es benevolente para con su desgracia, que amparará á sus hijos, que ella propia será lo feliz que pueda serlo; pero que es necesario que se restituya al mundo y le haga confesion de los inmensos tesoros que posee. Cleopatra muestra que se deja vencer por Octavio, temiendo que éste la obligue á obrar violentamente de una manera contraria á sus propósitos: reprime el dolor, y comienza á hacer la declaracion de sus riquezas. Uno de los tesoreros observa que Cleopatra oculta alguna de las mejores; y entónces ella, golpeando furiosamente al desleal servidor que así la vende, le dice á César:—«Ya comprenderás que no las guardaré para mí, ¡infortunada que soy!; las ocultaba para hacer un débil presente á tu hermana Octavia.»—Octavia era la esposa de Marco Antonio.

Engañado César por las apariencias de Cleopatra, dispone sigilosamente llevarla á Roma con sus hijos, para acabar de una vez con aquella dinastía, á cuya sombra Egipto permanece independiente. La reina lo sabe todo y hace como que se despidе de Antonio: pide un baño para lavar su cuerpo; ordena que se le disponga un banquete, y manda traer frutas frescas á un hortelano. Cleopatra parecia renacer á una nueva vida de grandeza y de amor. Al término del festin, la reina se lleva una de las hojas del frutero hácia el brazo, como para refrescar algun ardor externo; toma sus tabletas de escribir, y dirige una carta á César: en ella le suplica que la entierren junto al cuerpo de Antonio.

En el instante de recibir el escrito, Octavio supone todo lo que pasa: ordena á uno de sus servidores que vuele al lado de la reina; pero aunque la órden se ejecuta sin dilacion, el enviado llega tarde. Cleopatra, tan hermosa como en sus mejores dias, está muerta sobre un lecho de oro y revestida con su manto real. Una de las mujeres se halla muerta á sus piés; la otra, moribunda, sostiene trabajosamente una diadema sobre sus sienas. Al penetrar el enviado de Octavio, dice entre colérico y burlon:—«¡Bello espectáculo, por vida mia!— ¡Muy bello efectivamente (responde la mu-

mujer); bello y digno de la que termina tan gloriosa sucesion de reyes!»—Dice, y cae sin vida sobre el cadáver de su ama.

¡Sombras de Marco Antonio y de Cleopatra, que vagais por estos arenales de Alejandría: nosotros os maldecimos y os admiramos á un tiempo: os maldecimos en nombre del deber; os admiramos en nombre del amor!

JORNADA TERCERA

en que el autor se deja seducir por el capitán Jonas para ir por mar á Puerto-Said ; recorre brevemente esta ciudad improvisada ; medita sobre ella lo que es un canal inter-océánico ; asiste con su imaginación á las perplejidades y trabajos de Mr. de Lesseps ; explica la oposición de Inglaterra y los obstáculos enormes que se levantan ante el innovador ; recorre la línea de agua de punta á punta ; describe al fellah , y refiere una inundación del Nilo.

EL CANAL

I

Hay en el mundo hombres deliciosos, y uno de ellos es sin duda el capitán Jonas.

Este holandés ó noruego singular, que todavía no sabemos cuál es su patria, y quizá él mismo lo ignora, participa de dos caracteres que nosotros hemos encontrado por ahí, el uno en novela y el otro en la vida real y efectiva.—Existe un cuento de nuestro sabroso literato Santos Alvarez, en el que hay un pobre hombre, el más sensible de los nacidos, que tiene la desgracia de enamorarse al golpe de cuantos humanos se cruzan con su persona. La mala estrella de este desdichado le lleva á ser mozo de comedor de una parada de diligencias; y allí te quiero ver, sensibilidad. Llega el coche; todos los pasajeros le parecen bien; ayuda á que se bajen y recojan sus bultos con la mayor

solicitud y cariño; aquel anciano se le antoja respetable, esta dama le parece bella, esotro niño encantador, todos son excelentes pasajeros y dignos de una constante y eterna simpatía. Se sirve la sopa, y aquí principian los trasportes de amistad y los impulsos de un amor eterno: uno porque come bien, otro porque come mucho, alguno porque no come nada, el pobre mozo no sabe á quién estimar más ni en quién depositar los tesoros de su ternura.—«Señores, al coche,» grita el mayoral de repente, y un estremecimiento nervioso conturba al infeliz servidor, que seguiria hasta la fin del mundo á cada uno de sus comensales. Estos no le hacen caso, pero él por lo mismo siente redoblarse su amor: sale á la puerta de la fonda con los ojos preñados de lágrimas; á éste aprieta la mano, al otro le dirige un suspiro, el de más allá es objeto de una mirada furtiva; y cuando el bárbaro zagal sacude la tralla para que arranque el ganado, queda nuestro hombre sumido en la más honda de las desesperaciones. Estos embates, sin embargo, no se reproducian para nuestro hombre más que trescientas sesenta y cinco veces todos los años.

Pues bien: algo parecido á esto le sucede al capitán Jonas con sus pasajeros, y además, mucho de lo que le sucedia á otro marino con quien he-

mos tratado, y á quien consideramos el más absurdo de los marinos: era un navegante que á bordo no hablaba de otra cosa que de los peligros de la mar.

El que viaja con el capitan Jonas puede estar seguro de adquirir con él un amigo excelente y cariñoso; pero tambien puede estar seguro de ir temblando todo el viaje. Él ha hecho, con esta, treinta y tres navegaciones de altura, y ha naufragado tres veces y media. La relacion de los tres naufragios eriza el cabello, y exigiria un volúmen para reproducirla; mas cuando se le pregunta por el medio naufragio, dice que es el presente, pues profesa la teoría de que ir navegando es ir medio naufragando. Ignoramos si conoce la sentencia del célebre médico que decia, que principiar á enfermar es principiar á morir: de todos modos, él asegura que si naufraga otra vez y se vuelve á embarcar, contará siempre cuatro naufragios y medio.

Nada tan expresivo y aterrador como el siguiente diálogo con una pasajera:

— Capitan, estos barcos grandes serán muy seguros.

— Señora, en la mar no hay barco seguro ninguno. Este fragaton, que va encintado por tres veces con teca de la mejor de América, viene una

racha de viento y lo troncha como un palillo de dientes. El año pasado, por este mismo sitio, se perdió en una noche como esta un barco mejor que el mio. Vaya; á acostarse, señora.

— Diga usted, mi capitán (pregunta un jóven que no se ha embarcado nunca): ¿es una estrella aquella luz que se divisa en el confin del horizonte?

— Yo le diré á usted, señor mio, aquella luz parece una estrella y lo será; pero muchas veces esas luces que parecen estrellas son las del tope de un barco que viene en direccion contraria á nosotros, y cuando uno está más descuidado ¡pata-plum! nos embestimos, y el más débil va á cazar tiburones. Ya he partido yo con este barco mio á un bergantin noruego: la primera vez que tropiece ahora, será lo natural que el partido sea yo.

— Y nosotros (añade un pasajero).

— ¡Ah! lo que es ustedes ni lo sienten siquiera; porque esas cosas les pillan dormidos.

— Oiga usted, capitán (le dijimos nosotros una tarde que conversábamos solos sobre el puente): el Mediterráneo, que, no sin razon, es llamado el lago de Europa, será para ustedes, los que navegan en altura, un paseo arrecifado.

— Conforme, amigo mio, conforme (replicó). El Mediterráneo tiene sus camándulas como todos

los mares ; y por lo mismo que uno cree conocerlo bien y se descuida, por lo mismo pasan aquí más chascos que en otra parte. Sobre todo, estas costas de Egipto parecen hechas por el mismo diablo: crea usted que cuando lleguemos á Alejandría (si llegamos), cada uno puede rezarle al santo de su devocion, porque estamos cerca del equinoccio.»

De esta manera se comienzan ó concluyen todas las conversaciones con el capitán Jonas. Él, eso sí, la petaca siempre abierta, la pipa de tabaco turco siempre cargada, el mejor tarro de ginebra para el pasajero, periódicos con láminas para las damas, jovialidad en todos los momentos, excepto durante la maniobra: si alguno enferma, Jonas es el enfermero; si álguien se disgusta, Jonas es el negociador de la paz; si el pasaje está triste, Jonas se encarga de difundir la alegría en su pequeño reino. Locuaz y comunicativo con todos, cariñoso y tierno con la mayor parte, es el ménos marino de cuantos se han dibujado en dramas y novelas; aunque con el antejo en la mano, la carta sobre el petate, y el timon dócil bajo su dedo, sea, como lo es, uno de los mejores navegantes de Holanda.

No hay, pues, medio de escapar al amor de este inocente tirano, que tanto agrada y mortifica al

que por casualidad cae bajo su dominio. Desde el primer instante se simpatiza con él, y desde su primera palabra se le odia: cuando cuenta un peligro, habria que matarlo; cuando gobierna el buque, habria que admirarlo; cuando entretiene al pasajero, habria que adorarlo, y se le adora. Es una especie de sima que atrae: si uno ha jurado no volver á navegar con él, y se lo encuentra luego en la plaza de Alejandria y le participa su propósito de ir á Puerto-Said por tierra, como puede hacerse en pocas horas, Jonas le abraza, le dice que al mar debe irse siempre por la mar, le regala un cigarro bueno, le acompaña á la fonda, coge el equipaje y lo plantifica á bordo. Hé aquí lo que á nosotros nos ha sucedido: hé aquí cómo hemos llegado á la primera embocadura del canal de Suez.

El capitan Jonas vino con mucho tiempo á Alejandria para repostar su barco en los grandes almacenes del puerto, donde se suelen adquirir mercancías y comestibles más baratos que en los puntos de produccion; queria además enganchar gran número de pasajeros de los que han adelantado su viaje á las Indias por gozar del presente espectáculo del Egipto; y conseguido ya todo esto, ajustada su tripulacion y hecho provisiones de combustible, ha llegado el primero al punto

de partida:—«Jonas va á ser el primer buque mercante (repíete sus palabras) que atraviese el Istmo con cargamento de comercio.»

Él nos ha traído á Pelusa, es decir, á Puerto-Said, porque Pelusa no existe. La patria del célebre astrónomo Ptolomeo, la llave del Egipto con respecto á las costas de Siria, no es más que un monton de ruinas en medio de marismas y lagunas fétidas, olvidada de Dios y hasta ahora poco de los hombres.

En 1860 no existía sobre esta playa inhospitatoria, que recibe la boca oriental del Nilo, más que el silencio de la muerte antigua y la desolacion que esparcen eternamente los abortos periódicos del gran rio. Hoy hay en este punto una bella ciudad helénica de 10.000 habitantes, fundada por Mr. Fernando de Lesseps, con grandes calles, hermosa plaza titulada como su fundador, templos griegos, edificios y casi palacios perfectamente construidos; jardines, fuentes de agua dulce, casinos, cafés, fondas, y hasta un pequeño teatro. Hoy Said, la ciudad erigida en honor del bajá que firmó la concesion de las obras del Istmo, puede ser, y lo será ciertamente ántes de mucho, patria de un nuevo Ptolomeo.

Aquí principia el canal inter-oceánico.—¿Pero ¿qué es un canal inter-oceánico?

II

Cuando un chicuelo se sienta en el campo con una varilla en la mano, lo primero que hace es un hoyo en la tierra y le echa agua; despues hace más allá otro hoyo, y lo llena tambien de agua; en seguida se le ocurre comunicar ambos mares con un canal, y hace una línea incisiva con la punta de la vara sobre la tierra de entrambos hoyos:—esto es un canal inter-oceánico. El agua corre de una á otra parte, y el barquichuelo de papel pasa, con el soplo del niño, desde su Mediterráneo hasta su Rojo.

Tan sencillísima y exacta explicacion nos recuerda un acontecimiento de la vida moral que tenemos siempre grabado en la memoria.—Inaugurábamos en 1851 el ferro-carril de Aranjuez, y salíamos de lá iglesia mayor del pueblo de cantar un *Te-Deum* en accion de gracias por la feliz terminacion de las obras, cuando un caballero que

estaba á nuestro lado se dió un golpe en la frente con la palma de la mano, exclamando:—«¡Bruto de mí, y brutos de los hombres!: el ferro-carril estaba inventado hace muchos siglos.»

Volvimos la cara maquinalmente hácia aquel señor y aquellas palabras, y vimos al hombre que señalaba un espectáculo con el dedo. Efectivamente, la enorme reja de hierro dulce que cerraba el átrio de la iglesia, y que con dificultad hubieran podido moverla veinte hombres, venia caminando por sí sola á impulsos de un monaguillo de diez años, deslizándose suavemente sobre un rail convexo á beneficio de una ruedecilla cóncava. Aquel era el ferro-carril perfeccionado, no el ferro-carril primitivo con rail cóncavo y rueda convexa en línea recta invariable, no: ese ferro-carril no hubiera servido de nada. Era el último modelo de la ciencia del ingeniero, con su perfeccion de hoy en cuanto á la forma de arrastre, con su pequeña rueda móvil, con su curva máxima descrita, con sus topes de contencion, con la última palabra del discurso humano.—En todas las catedrales de la Edad media estaba el modelo: nadie, sin embargo, lo habia visto.

Una cosa parecida puede decirse del canal de Suez. El niño Necos, el niño Ptolomeo, el niño Napoleon, el niño Enfantin, habian rascado con

la varilla en el suelo de Egipto: todos habian visto el barquichuelo de papel pasando con un soplo del uno al otro mar por la lengua de tierra; pero sólo Lesseps, y en la época de la ciencia del ingeniero, podia acometer con éxito obra semejante.—La ciencia del ingeniero, decimos, que ha subordinado todas las ciencias exactas á esta tremenda fórmula:—En el mundo no hay más que planicies.

¿Hallais, por ejemplo, en vuestro camino un barranco? Se le echa tierra. ¿Es una montaña la que os estorba? Se horada. ¿Hay una cortadura irrellenable? Se traza un viaducto. ¿Es agua la que os impide seguir? Se echa un puente. ¿Hay tanta agua que el puente es imposible? Se agujerea el lecho de la laguna. ¿No os permite la calidad del terreno horadar con éxito el monte? Se corta una trinchera.—El mundo es una planicie: hé aquí la fórmula teórica. Desmontes y terraplenes: hé aquí las fórmulas prácticas del ingeniero de este siglo.

Jamás siglo alguno ha dicho cinco palabras semejantes. Jamás siglo alguno podrá, por consiguiente, como el actual, ir á todas partes por donde le dé la gana. Por eso este siglo hace un camino bajo el Támesis, y proyecta un puente sobre el canal de la Mancha, y rompe el itsmo de

Suez, y proyecta romper el de Panamá, y llegará á hacer un mar del Desierto, y asombrará con sus grandes locuras á los siglos bárbaros del porvenir. — «Desmontes y terraplenes...» hubo de decirse una mañana Mr. de Lesseps, hallándose como nosotros, meditando sobre la arena cenagosa de Pelusa. — «Un canal (añadiria) no es más que una trinchera.»

En efecto, un canal no es más que una cortadura, una zanja abierta en el suelo hasta cierta profundidad por bajo del nivel de las aguas. Hasta este punto, la idea es vulgar, es infantil, debió ocurrírsele arañando la arena con la contera de su baston. Pero los ingenieros han hablado de desniveles: el mar Rojo está nueve metros y nueve centímetros más elevado que el mar Mediterráneo: en cuanto se abra el canal, su iniciador perecerá el primero, y con él perecerá el Egipto; y quién sabe despues los cataclismos que habrán de producirse en todas las costas de Europa.

Además, esta tierra parece maldecida por Dios y por los hombres: aquí no hay agua, no hay poblacion, no hay medios materiales de ninguna especie para obra alguna. En cambio, hay peste, hay inundaciones, hay vientos mefíticos que arasan cuanto encuentran á su paso. Por último, enfrente del proyecto está Inglaterra, esa nacion

que posee ya aquí un camino de hierro, esa nación que monopoliza hoy las vías de Oriente abiertas por portugueses, españoles y holandeses. Todo se conjura contra esta idea, todo esto la asemeja á los proyectos de un loco.

Mr. de Lesseps, sin embargo, no debió preocuparse mucho con el supuesto desnivel de las aguas, hallado por los ingenieros. Mr. de Lesseps, filósofo ántes que ingeniero, debió decirse lo mismo que nosotros nos dijimos cuando hace bastantes años meditábamos sobre esta colosal empresa:—Es imposible que exista desnivel en dos mares vecinos. El mar ocupa dos terceras partes de la tierra y es el que manda en ésta, no la tierra en el mar, como sucede siempre al más fuerte. Cuando el mar se mete con la tierra, la destruye: cuando la tierra se mete con el mar, el mar se rie. Ahora bien: ¿se concibe que el mar Rojo esté siglos y siglos gravitando sobre las costas del Egipto sin buscar salidas subterráneas ó superficiales al nivel de sus aguas? ¿Se concibe que los Faraones pudiesen haber hecho un canal, siquiera éste se derivase del Nilo por un lado y del mar Rojo por otro, sin que el mar Rojo hubiera buscado en un solo minuto su nivel? ¿Qué clases de montañas de agua son esas que se suponen pendientes sobre los pueblos?

El mar tiene un desnivel general, aparte de sus desniveles parciales lejanos, en el movimiento de rotacion de la tierra. De cada veinticuatro horas del dia, el mar está boca abajo diez y seis, como que constituye dos terceras partes del mundo; y á pesar de que entónces tiene desniveles parciales, áun en sus aguas vecinas, el mar no se derrama ni sobre sí ni sobre la tierra, por la velocidad de la rotacion. Todas las fuerzas centrífugas del mundo no bastarian, sin embargo, á impedir que cada mañana ó cada tarde se derramara el mar Rojo sobre el Mediterráneo, si existiesen esos enormes desniveles.—Mr. de Lesseps, como Laplace, debió decir:—«Yo no lo he medido, pero el desnivel no existe.»

Quedaban aún las inundaciones de arena; pero, ¿acaso los canales de Necos y Darío, que al fin se comunicaban con el mar Rojo, áun cuando no cortasen el Istmo, no estuvieron sirviendo muchos siglos á pesar de las inundaciones de arena? ¿No le costó muchísimo trabajo al califa Abon-Giafar inundar y destruir el canal de Necos en el siglo VIII? ¿No se han inventado en el siglo presente esas poderosas dragas que han devorado el Desierto con sus dientes de acero y escupido la arena á setenta metros del sitio de su dentellada?

¿Qué obstáculos naturales son estos? ¿Qué cor-

tapisas ha puesto la Providencia al comercio universal de los hombres, ni cómo podrá haber esto sucedido?—Los obstáculos de Mr. de Lesseps eran todos humanos. Consistian en que la despo- blacion y la infertilidad habian corrompido la tierra : los trabajadores se encontraban en Puerto-Said sin más agua para beber que la que les tra- jeran las caravanas, sin más alimento que el que viniera de Alejandría, sin más albergue que la choza, expuesta en el verano á los ardores de un sol de fuego, y en el invierno á la destruccion por los huracanes : aquí en esta patria de la di- sentería, de las oftalmías y del cólera ; con la Turquía y la Inglaterra por adversarios, con la ciencia por enemigo, con la duda universal por compañero, con la flaqueza humana por aterrador fantasma de lo futuro ;—esta era la verdadera situacion insuperable para Mr. de Lesseps, cuando se paseara meditando por el árido suelo de esta plaza que ahora lleva su nombre.

¿Cómo podrá vencerla?

III

Napoleon escribia cierta vez á uno de sus ministros: — « Yo haré la guerra, y venceré allí donde me pongais raciones. »

Mr. Fernando de Lesseps necesitaba arrojar sobre el desierto un ejército de 30.000 hombres para conquistar el mar Rojo. Ese ejército exigia viviendas, alimentacion y agua: las viviendas podian traerse hechas de Europa: los alimentos podian venir embarcados de Alejandría; pero el agua no podia fiarse á la lentitud y contratiempos de una caravana.—La química ha descubierto que hay oxígeno é hidrógeno en todas partes; pero Dios se ha guardado hasta ahora la receta de hacer el agua. Un frasquito con siete onzas de agua artificial, se enseña como una maravilla en el Museo Británico de Lóndres.

Mr. de Lesseps, meditando sobre esto en el trazado del canal por frente al sitio en que más

tarde iba á fundar á Ismailia, se metió una mano en el bolsillo, y sacando una moneda de cinco francos, gritó á los fellahs que le acompañaban:— «Cinco francos al que me encuentre agua.»

Los fellahs, ó campesinos árabes del Egipto, no han sido jamás dueños de un napoleon de plata: todos corrieron á escarbar la tierra por lugares distintos con el afan de los buscadores de oro de la California; y algunas horas despues una voz gutural gritó á los oidos del Gran cristiano:— «¡ Mayeh! » (agua).—Desde los tiempos en que Cristóbal Colon oyó la palabra « tierra, » no ha debido experimentarse una sensacion parecida á la de esta palabra: « agua. »

Hallar un manantial clarísimo y abundante en el comedio del trazado, que así podia dirigirse á Suez por su natural pendiente, como traerse á Puerto-Said por impulsión, era un nuevo milagro como el de Moisés. Pocos dias bastaron, por consiguiente, para que llegase de Francia una máquina de vapor que, á beneficio de tubos provisionales de goma, romontara el agua á este puerto desdichado. Ya habia agua. Los viejos árabes salian al camino del manantial y gustaban con el dedo las gotas, como nuestros campesinos la miel: no querian creer que el agua fuera dulce.

Ahora no necesitaba ya Mr. Lesseps para hacer

la guerra al desierto más que las tres cosas que necesitaba Napoleon para hacer la guerra al mundo: dinero, dinero y dinero.—A buscarlo, pues.

No hay que quitar la gloria á la Francia de ser la nacion que primero ha comprendido y con mayor fuerza ha impulsado esta soberana obra de nuestro siglo. Francia abrió sus cajas para la porcion más considerable de la empresa; despues Egipto; despues otras naciones, entre las cuales no figura por exígua cantidad la nuestra. Es decir, España poco ó nada, Cataluña bastante. Demos á cada cual lo que es suyo, y consignemos aquí que en Barcelona se comprendió pronto y bien de lo que se trataba; así como en Madrid hubo un elevado personaje que concediese á la empresa su apoyo personal y su nombre. En la capital de Cataluña fué D. Antonio Brusi, el popular jefe y dueño de *El Diario*, que todos conocen, quien tomó la iniciativa y la defensa del proyecto: en la capital de España fué el rey consorte D. Francisco de Asís, quien asumió el título de vicepresidente honorario de la compañía. La gloria y la verdad en su puesto.

Pero no bastan dinero y fuerzas para luchar con éxito inmediato, contra fuerzas y dinero semejantes. Inglaterra no comprendia ó no quiso

comprender la apertura del Istmo, y se opuso desde el primer momento á su realizacion. ¿Cómo se explica esta actitud extraña de la Inglaterra? Inglaterra, el país civilizador y catequista, el país comercial del mundo moderno, el país navegante por excelencia, el país productor en primera línea, cuyas preocupaciones se reducen á buscar y establecer mercados para su exuberancia, ¿cómo se declara enemigo de esta obra, cómo la anatematiza y la combate, cómo la niega ante la evidencia de los hechos y las demostraciones palpables del raciocinio?

Hay que conocer mucho á esta extraña y admirable nacion de Europa, para explicar su actitud con respecto á la apertura del istmo de Suez. — Existen dos Inglaterras, una política y otra social: la política descansa en la base de la preponderancia, y pertenece al gobierno; la social está cimentada sobre el trabajo, y pertenece al pueblo. El gobierno de la Inglaterra política, se encarga de que no haya pueblo alguno en el mundo superior al pueblo inglés: el pueblo de la Inglaterra social, cuida de que no haya gobierno semejante al gobierno de su nacion. Ambas Inglaterras marchan unidas en un comun objeto, pero tienen demostraciones diferentes: la una dirige y habla; la otra analiza y obra. Cuando las cuestiones po-

140 ————— lí-

lítica y social pueden armonizarse, Inglaterra se mueve como un solo hombre: cuando estas cuestiones son científicas, el gobierno dice una cosa y el pueblo hace otra, aunque sin establecer contiendas que desarmonicen el majestuoso movimiento del conjunto.—Inglaterra es un navío, á bordo del cual caminan los ingleses: el gobierno dirige el derrotero, pero el pasaje es libre de llevar la pacotilla que le dé la gana.

Ahora bien: ¿quién es bastante noble, quién es bastante desinteresado, quién es bastante tonto, deberá decirse con mayor propiedad, para perder en un dia la preponderancia, el monopolio, el usufructo íntegro de las relaciones comerciales entre el Oriente y el Occidente de la tierra? ¿A quién se le puede exigir sacrificio semejante? ¿Qué gobierno seria digno de la confianza de su pueblo, si facilitase y allanase el camino para tan desastroso resultado? — Por eso el gobierno inglés se oponia á la apertura del Istmo.

Y por el contrario: ¿quién es bastante imbécil ó bastante pícaro para desconocer ó impedir uno de los más grandes acontecimientos del progreso humano? ¿A quién se le puede suponer tal ceguera, que no vea las ventajas inmediatas de una rotura que aproxima dos mundos en tres mil leguas? ¿Qué pueblo seria digno del cetro de la gran-

grandeza, si se obcecase hasta el punto de combatir á mano armada un tan magnífico resultado?—Por eso el pueblo inglés tomaba acciones en la empresa del Istmo.

Y véase aquí cómo inarmónicos en sus demostraciones pueblo y gobierno, eran y son armónicos en el temor gobierno y pueblo de Inglaterra.—Supóngase (aunque no sea del mejor tono la presente comparacion) un arriero valenciano, provisto de poderosas mulas y fortísimos carros, oponiéndose á que se haga la suave y cómoda carretera de las Cabrillas; no hay cosa más natural: él, con los grandes elementos que posee, verifica el monopolio de los trasportes. Pero haced un camino llano y duro, y cuatro tablas con dos ruedas y un borriquillo competirán con la reata del valenciano. Inglaterra era el único arriero posible del cabo de Buena Esperanza y del estrecho de Magallanes: hoy, abierto el istmo de Suez, compite con los navíos de la compañía Peninsular y Oriental el modesto barco del capitan Jonas.

No tratamos por esto de enaltecer y aplaudir la conducta de Inglaterra con relacion al Istmo: tratamos de explicarla y aplaudirla con relacion á sí propia; porque como nosotros no queremos desprendernos de la isla de Cuba, y hacemos muy bien, y como Francia no quiere levantar el estado

de sitio en Argelia, y hace perfectamente, y como Austria perecerá antes de consentir en la desmembracion de Hungría, y obra con gran cordura, — por eso el gobierno de Inglaterra, oponiendo obstáculos á la apertura del canal, obraba dentro de las prescripciones del patriotismo británico, dentro del espíritu de conservacion nacional, dentro de la línea que traza la brújula al que lleva el derrotero de un navío donde van navegando treinta millones de ingleses trabajadores.

Una palabra, pues, no más de reprobacion para la diplomacia inglesa, en nombre del progreso y de la libertad de los mares.

IV

La gran cantidad de valores que el Egipto habia tomado en la compañía de Suez, estaba representada por la concesion de vastos terrenos adyacentes á los canales dulce y salado que se proyectaban, así como á la facultad de establecer levass de trabajadores para la realizacion material de las obras. Ingenieros y contra maestres, artifices y capataces de todo género se podian hallar, y muy pronto se encontraron, en Francia, Inglaterra, Grecia y Alemania; pero braceros acostumbrados al clima, simples peones de escaso costo y gran fuerza, esos no podian hallarse más que en Egipto, ni remunerarse sino en proporcion á las costumbres del trabajo esclavo.

Los descendientes de aquellos que construyeron las Pirámides, y el templo de Serapis, y el canal de Necos, y tantas obras colosales, que la imaginacion se pierde en dudas sobre la manera

con que sólo humanos las realizarian, son hoy un puñado de infelices, esparcidos por las veinticinco provincias del califato, en número de tres millones escasamente, y desprovistos de medios para obtener una vida cómoda y abundante. La raza popular indígena la componen los fellahs y los coptos; árabes los primeros de pura sangre, y cristianos egipcios los últimos, semejantes unos y otros en su condicion social á los que en las costas de Marruecos conocemos por moros y judíos.

No hay que decir que los pobres coptos, maltratados y humillados de tiempo antiguo por griegos y mahometanos, constituyen una raza degenerada y poco noble, á quien hay que tener más lástima que desprecio; así como tampoco será necesario encarecer las prendas personales de los fellahs, ménos fieros y altivos que nuestros moros marroquíes, pero tan orientales, tan potentes y tan hermosos como aquellos.

Los fellahs no trabajan más que en el campo; y en Egipto, exceptuando la ocupacion de las ciudades y de las armas, no habia hasta hace poco más labor que la de la tierra, por cuya razon éstos eran los únicos que podian constituir el ejército de Mr. Lesseps.

Pero los fellahs, como los moros de nuestra costa, gustan de la vida contemplativa y reposada, son

sóbrios en sus necesidades, viven en un hoy que carece de mañana, dormirían eternamente si nadie los despertase, pelearían si tuvieran enemigos, trabajarían si algo les impulsase á la faena; en una palabra, serían hombres si no fueran árabes. Así es que las obras públicas de los califas se han construido siempre á la fuerza; el ferro-carril de los ingleses se construyó también á la fuerza, y el canal del Istmo no podía roturarse de otro modo que por la fuerza.

Sin embargo, esta necesidad imperiosa del trabajo forzoso y la concesion de los terrenos, fueron desde el primer dia magníficas armas, de que se apoderaron los enemigos del canal para combatir victoriosamente el éxito de la empresa.—El Egipto, decían, va á pasar á manos de la Francia; el Imperio turco no puede consentir esta desmembracion tácita de su territorio; el equilibrio europeo se compromete con el nacimiento de esa colonia gáulica en el camino de Oriente: además, la esclavitud no puede tolerarse en este siglo; si los fellahs no quieren trabajar, que no se les obligue; si los europeos no pueden venir, ó se mueren, que no se abra el Istmo; la ruta de la India está ya acortada por el camino de hierro; el hombre ha vencido ya á la naturaleza; los desniveles, las arenas, etc., etc.

Otro hombre de ménos temple que Mr. de Lesseps hubiera sucumbido; pero él fué todo lo valiente que se exigía para pelear, y todo lo prudente que se necesita para transigir. Primero predicó y persuadió, despues negoció y cedió.—Las concesiones de terrenos fueron modificadas; el trabajo esclavo fué redimido por un sistema misto, eficaz y civilizador; la neutralidad de la via fué elevada á principio; la soberanía del Egipto fué adjudicada al califa, el cual se hizo khedive, ó rey, y el Khedive prestó reiteradas sumisiones al sultan de Constantinopla.—¡Cuántos discursos, cuántos escritos, cuántas negociaciones, cuántos regalos, cuánta vida empleada en la obra moral!

Mientras tanto, era necesario pensar en cómo se extraian del suelo setenta y cuatro millones de metros cúbicos de arena, cómo se construian tres puertos, cómo se fundaban tres ciudades, cómo se hacia en diez años lo que los Faraones hubieran necesitado dos siglos para realizar.

Este Puerto-Said, en que nos hallamos, es una de las maravillas de la industria moderna. Aquí no habia nada, como hemos dicho ántes, y era menester crear un puerto que sirviese de base de operaciones de toda la campaña; pero como para hacer un puerto de la magnitud y condiciones del que la campaña exigía, era forzoso que hu-

biera un puerto antecedente, se luchaba en un círculo de hierro, cuya inflexibilidad urgía ante todo romper.—El ingenio aconsejó construir un puerto flotante que sirviese de aproche á las escuadras de material, y en su día de lazo de union al puerto fijo y verdadero; y con este expediente, al echar los cimientos provisionales, se echaban los cimientos del porvenir. Todavía faltaba piedra, porque en el distrito de Pelusa no hay canteras; pero el ingenio vino en ayuda de tan enorme falta, y se fundó una fábrica de piedras artificiales.

Sí; nosotros hemos visto salir de aquellas canteras improvisadas piedras enormes de diez metros cúbicos de volúmen, que por medio de poderosas gruas se depositaban blandamente en el fondo del mar, terminando la union del muelle flotante de hierro con los magníficos muelles de cantería. Hoy el puerto de Said tiene una ensenada de cuatrocientas hectáreas de superficie, con desembarcaderos como los de las costas británicas, y arsenales, y almacenes, y establecimientos de todas clases como los mejores de Europa. Hoy Puerto-Said es una ciudad griega, porque griegos son la mayoría de los pobladores que han acudido á instalarse en esta costa vecina, que cualquier europeo podría tomar cómodamente por residencia.

Aquí, pues, trajo Mr. de Lesseps la plana mayor de sus batallones de operarios; aquí se formaron los cuadros; aquí se excavó la tierra hasta formar esta enorme dársena donde tantos barcos pueden guarecerse y donde aguarda nuestro navío; aquí también vinieron por vez primera dos cosas que han admirado á los árabes, después del agua que les mandan desde Ismailia, y que anuncian toda una revolución en el mundo físico y moral del Egipto. ¿Qué cosas son esas? Las Hermanas de la caridad y una fábrica de hielo. Hay que recordar, ante todo, que aquí es cierto ese refrán castellano que dice: «nueve meses de invierno y tres de infierno,» sólo al revés. Aquí puede vivirse desde ahora hasta Febrero en una primavera templada, y en ocasiones cálida; pero los nueve meses restantes son insufribles, al decir del termómetro y de los europeos con quienes tratamos. No hay sino figurarse las tres de la tarde de un día de Agosto en un Campo de Guardias de ochocientos kilómetros.

Inútil será decir que los franceses importaron con las primeras dragas y los primeros carretones, los aparatos para hacer *la glace* que había de enfriar su agua, que había de refrescar sus frutas, que había de proporcionarles sus sorbetes y quesos helados. Esto para el árabe es una especie de

burla al sol, una mofa de la temperatura; pero al mismo tiempo les parece una cosa muy rica: se aprovechan de este recurso de la civilizacion, y lo saborean como si siempre lo hubieran conocido. Igual adelanto obtienen en cuanto se refiere á lo bueno que les importan: les gusta el agua dulce; les gustan los árboles; les gustan los medios de locomocion; les gustan los alimentos bien condimentados. Ellos no salen de admiracion en admiracion; pero se asimilan prontamente al objeto admirado.—Los egipcios antiguos creian en 365 diablos, uno para cada dia; nosotros estamos seguros que los egipcios modernos creen en 365.000 franceses, que es lo mismo.

V

Las Hermanas de la caridad, decíamos, vinieron á Puerto-Said al mismo tiempo que los zapapicos y los azadones: ellas tambien tenian que abrir su canal.

Un ejército numeroso, acampado en tierra enemiga, necesita administracion militar, es cierto; pero tambien necesita administracion moral y consuelos cristianos. El más poderoso auxilio de Mr. de Lesseps en los primeros momentos de la gran empresa, fueron esas pobres hermanas. Ellas estaban allí con los tesoros de su caridad, cuando el desaliento y el terror se apoderaron de la primera colonia. La disentería, el cólera, la viruela, la oftalmía, las inundaciones, los vientos, el escorbuto, todo cayó, en el comienzo de los trabajos, sobre la banda de extranjeros. ¿Quién habia de cuidarlos, quién habia de consolarlos, quién habia de fortificar su espíritu y asistir desinteresada-

damente su cuerpo?—Los árabes huían espantados, los europeos se acobardaban por temor al contagio; los recursos materiales cundían, pero los recursos del órden moral estaban casi reducidos á ellas.

Lesseps, como nuevo Napoleon, corre al punto en que la peste se desarrollaba, é infunde con su presencia y sus medidas la confianza que debe inspirar un guerrero en sus huestes; pero sin las hermanas que acompañan al ciego, sin las hermanas que curan al varioloso, sin las hermanas que asisten inmediatamente al colérico, ¿qué hubiera hecho Lesseps sino exponerse á morir como se expusieron y murieron, en efecto, algunos elevados funcionarios de la compañía?

Los árabes miran esta nueva caridad con asombro y la reciben con agradecimiento. Una de las cosas que más les extraña es que el amor, el consuelo y las medicinas alcancen á todos, sin distincion de religiones ni de razas; ¡como si el europeo fuera lo mismo que el fellah, y el fellah que el copto, y el copto que el muchacho abandonado!

Los árabes no desconocen la beneficencia, ántes por el contrario, la practican como precepto de su religion caballeresca y noble; mas la práctica de esos beneficios se halla siempre limitada por la clase, por la raza, por el círculo de la tribu amiga.

Nosotros recordamos una conseja arábiga que no deja de ser conocida, pero que ponemos aquí para refrescar la imaginación del que nos lea. Siempre es saludable, en la aridez del desierto que vamos cortando, hallar oasis que presten desahogo y solaz á la imaginación.

Un jefe de tribu de la Arabia poseía tan hermoso caballo como jamás había corrido por las arenas de la Lybia. Otro jefe amigo, envidioso de poseer tal alhaja, hizo al árabe repetidas proposiciones para comprarle el bruto; pero como un árabe no vende jamás su caballo, tuvo que desistir del propósito, y decidió adquirirlo de otra suerte.

Un día en que el caballero cabalgaba por el camino de su aduar, halló arrojado en tierra á un infeliz leproso, falto ya casi de aliento y de vida.

—¿Qué haces ahí? (le preguntó).

—Voy en busca de los míos, enfermo y moribundo: el cansancio me ahoga, y espero morir en este camino solitario, aunque mi tribu está vecina.

—Móntate en mi caballo, si puedes (le dijo el caballero), y te seguiré á pié hasta el aduar.

El leproso se incorporó con gran trabajo, y procuró subirse en el caballo con la ayuda de su salvador; pero apenas se hubo montado, tiró los

parches que le desfiguraban el rostro, y gritó en son de triunfo:

—¡No quisiste venderme el caballo, y te lo robo!

Al mismo tiempo, picaba los ijares del corcel y desaparecía.

—¡Llévatelo en paz (dijo entónces el dueño); pero ten entendido que no volveré á compadecerme de ningun enfermo abandonado.

El árabe ladron se detuvo en el instante, y volvió hácia donde estaba el otro.

—Toma (le dijo, bajándose): á ese precio no quiero tu caballo.»

Hay, efectivamente, en el alma árabe un fondo de hidalguía, del que brotan la beneficencia y la generosidad para con los suyos. Nada tan hermoso en su literatura como la leyenda de Jatin.

Jatin (el Generoso), es una especie de hijo pródigo que parece arrancado de la parábola cristiana. No vamos á contar esta historia, porque nos desviaria demasiado de nuestro objeto; pero vamos á referir el primer rasgo de su vida y el último, para que el lector forme completa idea de la raza que el Occidente va á recivilizar.

Hijo Jatin de uno de los hombres más ricos de Oriente, recibe, mozo aún, el encargo de vender en la feria vecina gran cantidad de ganados de

labranza. Concluida la feria, torna Jatin á su casa sin ganado y sin dineros.

—¿Qué has hecho de los ganados? (le pregunta su padre).

—Unos los he regalado á unos infelices labradores que apenas tenian dinero para comprarlos endebles: los otros los he vendido.

—Y ¿qué has hecho del dinero de estos?

—El dinero, lo he dado de limosna á otros labradores más pobres, que no tenian ninguno para comprar.»

Una vida que comienza así, va seguida de tales liberalidades y dispendios, que arrojado Jatin de la casa paterna y falto de todo en el mundo, llega á verse en el fondo del Desierto sin otros bienes que su tienda y su caballo.—Cierta noche se llega un árabe á pedirle hospitalidad: Jatin se la concede con la nobleza de sus mejores tiempos, y le pregunta si ha cenado. El árabe no sólo no ha cenado, sino que experimenta un gran apetito despues de su jornada. Bien pronto se le sirve una magnífica cena, durante la cual, el desconocido se explica de este modo:

—No sé, Jatin, cómo decirte el objeto de mi venida: yo deseo tu caballo, y vengo á pedírtelo á cambio de cuanto tú quieras de mí.

—¡Desdichado! (interrumpe Jatin); ¿por qué

no principiaste por decírmelo? No tenia qué darte de cenar, y te lo estás comiendo. Era lo único que poseía.»

Una literatura que guarda tradicionalmente estos modelos, pertenece á una raza que está muy cerca de la caridad. Los árabes de Egipto principian á comprenderla y á aplaudirla. No hace mucho tiempo que el bajá de Alejandria, visitando la casa de maternidad establecida allí por las hermanas francesas, quedó tan encantado de la solitud con que se cuida á los huérfanos y del amor con que se les instruye, que al marcharse depuso su gravedad oriental y besó á uno de los niños y abrazó á una de las madres, para que en su nombre quedasen besados y abrazados todos los pobres niños y todas las santas hermanas del establecimiento.

Hé aquí lo que se entra por Egipto tras de las aguas del Mediterráneo. Con esto y el viaje de los soberanos y príncipes de Europa que principian á llegar aquí, donde ya se encuentran algunos, las costumbres van á reformarse; el interés de Occidente va á fijarse de una vez, no sólo en la tierra, sino en la vida del Oriente; la civilizacion va á llegar tras del comercio y la riqueza, con la exuberancia de la produccion europea; y la humanidad, abriendo en este siglo un canal para el paso

156 ————— del

del agua, abrirá al propio tiempo nuevos caminos al progreso del mundo.

Y hé aquí, también de paso, la ventaja de principiar las cosas por el principio. Nosotros que vinimos aquí casi solos, mientras los convidados se marchaban al Cairo y al Alto Egipto en busca de emociones prematuras, vamos á ser de los rarísimos profanos que asistan á la verdadera inauguración del canal. Hoy mismo vamos á tener la honra de embarcarnos con Mr. Fernando de Lesseps para hacer la primera travesía completa y oficial del Istmo. El infatigable promovedor de la empresa quiere aprovechar los momentos en que la emperatriz de los franceses (que vive entre nosotros hace algunos días de incógnito), el príncipe de Prusia y otros personajes discurren por las regiones históricas de este continente, para mostrar á la Europa y á ellos que pueden sin peligro concurrir á la gran ceremonia del día 17, no obstante las patrañas y calumnias que contra el estado del camino de agua se están difundiendo aún en la actualidad.

VI

Efectivamente: á la hora prefijada nos embarcamos en Puerto-Said, á bordo de un hermoso barco de vapor de gran potencia y ligereza de los destinados á servir de remolcadores en el canal. Estas naves carecen de comodidades en su interior, porque su uso no reclama otra cosa; y como la jóven duquesa de Aosta quiso hacer esta misma travesía, Mr. de Lesseps mandó acondicionar la cámara lo mejor que se pudo, y los restantes quedamos bastante mal.

El viaje puede hacerse cómodamente en quince horas, y no se piensa que tarden más los trenes ordinarios; pero nosotros tardamos veinticuatro, para que en Ismailia se verificase un almuerzo en el lindo palacio de Mr. Lesseps. Salimos, pues, á la caída de la tarde, ó mejor dicho, entramos en el canal á esa hora, porque el embarque se veri-

ficó en el muelle nuevo del puerto, á donde atracan los barcos como si fuesen lanchas.

Los ciento sesenta kilómetros de que consta el canal marítimo, están divididos así:—Sesenta y un kilómetros desde Puerto-Said al lago Menzaleh; catorce y medio desde este lago hasta la trinchera del Guisr; ocho al lago Timsah, ó sea á Ismailia, donde se media el camino próximamente: de Ismailia á Serapium siete; desde aquí á los lagos Amargos cinco y cuarto: estos lagos componen cuarenta kilómetros, y desde su salida hasta la trinchera de Chalouf hay cinco, que con los diez y nueve y cuarto que median á Suez, componen los ciento sesenta de todo el trayecto.

El canal tiene hoy cien metros de ancho en la mayor parte de su extensión, y sobre ocho de profundidad; pero los trabajos constantes de draga, que no cesarán nunca, no sólo habrán de completar el ancho, sino que socavarán cada día el fondo hasta que el barco de mayor calado que pueda construirse, no encuentre obstáculo alguno en su carrera. Hoy el ancho en las alturas no es más que de cincuenta y ocho metros, pues se comprende que habiendo de abrir á pico taludes inmensos para buscar el nivel de las aguas en el fondo de una montaña, se decidiera que el ancho de la vía fuese por allí lo indispensable y nada

más para el buen servicio; dejando al tiempo y á los capitales que produzca el tráfico, la tarea de la terminacion.

No recordamos haber dicho ántes de ahora que el primer golpe de zapa se dió el 25 de Abril de 1859. Repitémoslo por si acaso, para añadir que las alturas del Trocadero de París se nivelaron en cuatro meses con todos los elementos que la segunda ciudad del mundo posee para ejecutar obras públicas, y se tuvo por gran empresa de celeridad y acierto, no habiendo que mover más que cuatrocientos mil metros cúbicos de tierra. Pues bien: en el canal de Suez, en ese desierto donde no habia ni refugio ni agua en 1859, se han movido en diez años setenta y cuatro millones de metros cúbicos de arena y piedra. Este solo dato da idea de la magnitud, nunca bastante encomiada, de la obra que vamos analizando.

Pero hemos de apuntar aquí otro dato curioso que viene á pelo.—La conformacion social del Egipto, tanto antiguo como moderno, no ha permitido nunca que las grandes obras se verifiquen sin enormes y repetidas desgracias. El canal de Necos costó la vida á ochenta mil hombres. En los tiempos modernos ha costado á treinta mil la apertura del canal dulce que ha unido el Nilo con Alejandría, bajo la direccion de los califas. Du-

rante las obras del camino de hierro inglés, perecieron multitud de trabajadores por falta de agua, á pesar de cuantas previsiones se habían adoptado para evitar esta catástrofe horrenda. El canal de Suez, por el contrario, puede abrirse, según la frase de Mr. Aubert Roche, jefe de la sanidad del Istmo, pronunciando Mr. Lesseps estas palabras: — Yo no he sacrificado un solo hombre.

En efecto, en el Istmo no ha habido ninguna catástrofe.

A nuestra salida de Puerto-Said nos dejamos ciento cincuenta barcos esperando el día 17 de Noviembre; y nos dejamos además todos los grandes preparativos que se estaban haciendo para recibir dignamente á príncipes y convidados. Una sorpresa nos preparó Mr. Lesseps, ó á él mismo se la prepararon sus subalternos, y fué encender los faros eléctricos que han de alumbrar la ensenada en esa célebre noche; cuyo fulgor, aunque de origen occidental, parece descubierto para luminarias de Oriente. La luz eléctrica es la digna luna de Egipto.

A uno y otro lado de los bordes de agua íbamos viendo que, como estacas telegráficas, los campesinos clavaban palos con una especie de corona superior. Eran los postes mandados colocar por el virey para que sirvan de flameros durante el tra-

yecto nocturno de la apertura. Y no es eso todo, sino que por firman solemne ha dispuesto el soberano que todas las gentes de su reino, coptos, nubios y armenios, judíos, mahometanos y árabes, acudan á los bordes del canal en los momentos del paso de la comitiva, para que resuene en tan solemne dia, á la vista de la Europa asombrada, un ¡hurra! de ciento sesenta kilómetros de grito.

Este hurra, que de seguro no habrá escuchado nunca ni áun Alejandro despues de sus victorias, lo va á escuchar y es principalmente dirigido á la emperatriz de Francia, nuestra compatriota Eugenia de Montijo, la que Mr. Lesseps ha llamado « Isabel la Católica de otro nuevo mundo; » y va dirigido tambien á Lesseps mismo, al que acarió desde niño una empresa que ha terminado ya viejo, al hombre infatigable y lleno de fé cristiana que escribia á Mr. Cobden, cuando Inglaterra echaba el resto de su poder en contra del canal: —«Desengaños, caballero; yo me propongo *aperire terram et dare pacem gentibus*, que dijo el mismo Dios; yo no soy más que un instrumento de que se vale la Providencia para realizar un inmenso progreso. Todo lo que se haga en contra mia es perdido.»

Y añadia el dicho histórico de su país:—*Gesta Dei per francos.*

VII

Veinticinco europeos y ciento veinticinco indígenas constituían en 1869 la población de esa faja de desierto que hemos recorrido por la línea artificial de agua inter-oceánica. Hoy la estadística ha arrojado, sin contar á nosotros los transeuntes, una población de 42.400 habitantes, de la cual 22.843 son europeos, y 19.557 indígenas. ¡Colosal proporción del crecimiento por el trabajo!

Dirigiendo una rápida ojeada desde el puente del buque de vapor que se desliza por este río improvisado, la sorpresa de la transformación embarga aún al que no había conocido la primitiva forma del Desierto. Faros que alumbran, postes telegráficos que hablan, locomotoras que avisan su paso rápido cargadas de riquezas; un venero de agua dulce que corre paralelo al canal marítimo, especie de sangre venosa que en armó-

163 ————— nica

nica correspondencia con la arterial salada, parece que van á dar vida y movimiento al cuerpo extenuado del bajo Egipto; fajas de verdura alternando con líneas de arena, como contraste de lo que fué y de lo que es; habitaciones, campamentos, rancherías, ciudades; y todo esto que aparece y desaparece entre la sábana árida y el oasis cercado de palmeras, cual los caravaneros de tantos siglos lo contemplaron con salvaje indiferencia; hé aquí la impresion de la travesía, monótona de hecho, si en el espíritu no hiciera tantos huecos á la meditacion, al asombro y al orgullo de las dotes humanas.

Cuando el canal desaparece de la superficie plana de la tierra para horadar los montes, que á veces han sido cortados en taludes de cuarenta piés de altura, el viajero cae en esa especie de melancolía que se experimenta al paso de un túnel de ferro-carril; pero con la diferencia de que dentro del túnel los ojos se vuelven con terror á la oscuridad húmeda y siniestra, adivinando ó temiendo adivinar la mano del Atlante que aplaste la montaña; mientras que aquí, los piés casi en el agua, los ojos en el cielo, no inspiran estas travesías más que admiracion por el ingenio del hombre, y gratitud por las sábias leyes de la naturaleza.

Pensar, por ejemplo, que el lago Timsah, á donde los hebreos habian hecho llegar en sus días las aguas del padre Nilo para fecundizar el bello valle de Gesen, no era hace poco más que una charca mefítica sin poblacion y sin valle, sin vida y sin verdura, hasta que nuestro siglo poderoso lo fecunda de nuevo, no ya con derivaciones de un rio que se desborda, sino con un canal tranquilo de agua dulce que riega, con un ferrocarril que atrae y facilita la poblacion, y por último, con las aguas del mar que lo conviertan en un gran puerto y en una gran ciudad (Ismailia) del interior de Egipto.—Pensar, decíamos, que los lagos Amargos, balsa inmensa que en otro tiempo recibió las aguas que le fueron negadas despues por la barbarie de los califas, vuelve á ser un mar de cuarenta kilómetros de extension, y que como estanque de jardin se llena hoy á nuestra vista hasta nivelarse de nuevo con las aguas que le alimentaron hace tantos siglos. Pensar, por último, que brotan por do quiera valles, pueblos y vida, donde ayer, diez años há, no habia sino silencio, esterilidad y peste, es sobrado entretenimiento para el que va mirando algo más que lo material y comun de estas empresas; empresas, despues de todo, que mientras aquí realizan prodigios de progreso, sufren allá, en el

centro de esa Europa civilizada, los embates, las iras y el empuje destructor de intereses bastardos.

Sí: aquí mismo nos llegan todos los días noticias telegráficas del inicuo, aunque sobrehumano esfuerzo, que se ejecuta actualmente en Europa, sobre todo en los centros de contratación ingleses y alemanes, contra el presente y el porvenir de esta colosal empresa. No parece sino que su éxito depende ya de gacetillas de periódico, ó que hay algunos puntos culminantes que dependan del fatalismo musulmán, según la frescura con que se ensartan desatinos y se juega á la Bolsa, olvidándose de la ciencia que ha creado y de la naturaleza que ha permitido las leyes inmutables de las matemáticas.

Hoy es que los lagos Amargos no quieren llenarse de agua del mar Rojo: mañana se dice que ha encallado el navío *Aigle*, en que va la emperatriz de los franceses, aunque este barco esté tranquilamente anclado en Puerto-Said: un día es la construcción de los puertos de entrada, la sima en que van á hundirse inmensos y desconocidos capitales: otro día es de tal magnitud el montante de los gastos de entretenimiento, limpieza y ampliación, que los productos no alcancen ni con mucho á dar un mísero interés á las acciones.

—Se necesita la virilidad bíblica de Mr. de Les-

seps y ese espíritu de predestinación de que se juzga poseído, para no abatirse hasta el extremo de echar al diablo periódicos, ingenieros y agiotistas.

¿Creerá alguno que puede estarse al lado de este hombre una hora seguida gozando de sus luminosas explicaciones y admirando sus futuros proyectos? Pues no.—Tan pronto le interrumpe una nota diplomática de la Puerta negándose á aceptar lo que el día ántes habia convenido y pactado con las naciones: tan pronto un telegrama viene á inquietarle con la noticia de que en la Bolsa de Lóndres han bajado veinte francos los títulos de la compañía: tan pronto se le hace una pregunta desde París ó desde Viena sobre si los soberanos peligrarán en su trayecto: tan pronto, y esto es lo más grave, le participan alguna desgracia verdadera en las obras, de esas que ocurren cada día en desmontes, terraplenes, puertos, ensenadas, esclusas, ferro-carriles, barcos, canteras, arsenales y colonias, que sobre una extensión de ciento setenta kilómetros se construyen al unísono por un ejército de operarios.

Sí: en el canal de Suez ocurren contratiempos; en el canal de Suez se funden cuantiosos capitales; en el canal de Suez hay que trabajar mucho despues de la apertura; pero ¿cuál es la hacienda de esta obra? ¿qué imposibles futuros son esos que

están subordinados á un verdadero imposible ya vencido?

Los primitivos autores del proyecto científico, Mongel-Bey y Linant-Bey, ingenieros europeos al servicio de Egipto, habian calculado con Mr. de Lesseps que los gastos generales de la obra ascenderian á doscientos millones de francos, esto es, á la mitad ó ménos de lo que ha costado el camino de hierro del Norte de España. Hoy está la obra terminada, y el gasto no excede de doscientos diez y siete millones. — ¡Jamás se ha formado por ingeniero alguno presupuesto semejante!

Cierto es que las acciones y obligaciones de la compañía exceden de esa suma; cierto es que queda por gastar bastante; pero tambien hay que tener en cuenta, aunque dupliquemos la cifra de lo comprometido, que la compañía posee un canal de agua dulce para regar sus once mil hectáreas de magníficos terrenos; que posee el inmenso material empleado en las obras; que es acreedora al virey por valor de ciento veinticuatro millones; que sus tierras de cultivo y sus terrenos de edificación en las tres ciudades que ha fundado, importan á ínfimo precio doscientos millones de francos; que vengan, en fin, los contratiempos que quiera, preséntense las dificultades naturales más costosas que sea posible, siempre tendrá la

compañía sus acciones á mitad de costo, y por consiguiente sus dividendos duplicados.

Esto lo vemos aquí nosotros que andamos en el agua; nosotros, que hemos tropezado en nuestro viaje de exploracion con las modificaciones fundamentales adoptadas sobre el primitivo proyecto, tales como aumentar la anchura de la zanja desde cincuenta y ocho hasta cien metros, para facilitar el paso de toda especie de navíos; hacer en seco la excavacion de los pequeños lagos Amargos durante veintisiete kilómetros, en vez de hacerla en agua como se creia posible; destruir á pico y brazo un enorme banco de roca hallado bajo inmensas capas de arena en la trinchera de Chalouf; y, lo que es más que todo, haber de sustituir la servidumbre gratuita de los fellahs, que ofreció el virey, con el trabajo asalariado de esos infelices, hoy en vias de redencion.

Este último contratiempo de la compañía, que tantos millones le ha costado, es quizá la página más hermosa de tan hermosa empresa; porque el fellah de Egipto, ese rey del bajo Oriente, como le llamarian los que profesan el principio de la soberanía absoluta del pueblo; ese soberano que ahora va á levantar su cabeza con este tajo del Istmo, ¡qué rey es tan andrajoso y tan sucio, tan miserable y tan infeliz, tan bueno y tan potente, tan

tan dócil y tan listo, tan grande por origen y tan pequeño por condicion!

Detengámonos en él algunos momentos, en gracia siquiera de que á su felicidad futura se destinan los trabajos de hoy, y áun cuando esto nos obligue á adelantar escenas y conceptos que pertenecerian á la Jornada subsiguiente.

VIII

El fellah, ó campesino de Egipto, es una especie de planta animada que brota en el desierto sin saber por qué, y, hasta hace poco, sin saber para qué. Si la mujer árabe no fuera una gran ayuda para su marido, el fellah no existiría, ó á lo más correría hácia el Nilo envuelto en el légamo de las inundaciones.

Producto fortuito de un hombre y una mujer medio salvajes, el fellah nace sobre un monton de paja ó de yerba, segun las estaciones y las latitudes. Paja ó yerba le sirven de envoltorio con el aire y el sol: dos sorbos de leche maternal, uno por la mañana y otro por la tarde, constituyen su alimentacion de derecho divino; la del derecho humano acostumbran á buscársela pronto, volviendo las manecillas hácia un puñado de dátiles que la mujer deja á la cabecera del monton mientras trabaja en el campo. Las moscas y demás

insectos volátiles cubren en toda su extension el cuerpo del niño, horadando su piel y acostumbándola á todo linaje de mortificaciones. La criatura, convertida en panal, llora ó rie, se abrasa de sol ó se curte de viento, segun las vicisitudes de su naturaleza ó de la atmósfera. En un zurrón primero, y andandito despues, holla con sus débiles plantas la arena del desierto inundada ó candente. Su educacion se limita al grito y al palo: aprende á arrear y á castigar al burro, porque este es el único oficio que le aguarda en cuanto las pierrecillas le permitan correr.

Entónces, si es varon, recibe una camisa de tela ordinaria, con la cual cubre la vergüenza que se le supone; y si es hembra, un tunicillo blanco para taparse el rostro, ni más ni ménos que esa ave candorosa que se mete la cabeza bajo el ala para no ser vista de los cazadores.—La muchacha trabaja en el campo; el muchacho va á la ciudad ó al camino para alquilar su burro. A la primera, apenas nubil, la busca un fellah para casarse porque le ayude á trabajar; al segundo, ó se le hace esclavo, ó se le lleva al ejército, ó se le pone á servir, ó se muere.

Hé aquí el fellah en sus orígenes y en sus términos. Hé aquí la planta humana á quien la civilizacion ha de fecundar.

El trabajo del fellah no ha sido nunca retribuido hasta que Mr. Lesseps intentó abrir su canal. Un permiso del virey y áun de autoridad ménos elevada, basta para presentarse al pueblo ó ato de campesinos cuya fuerza bruta se necesita: allí, á palos ó á bendiciones (las segundas no suelen necesitarse), se les arranca de su faena personal y lucrativa, para llevarlos al punto en que se levantan malecones contra el desbordamiento del Nilo, ó se rehacen veredas destruidas, ó donde pelagra la cosecha del bajá, ó donde ha de gritarse para que pase la emperatriz de Francia.—De todos modos, el fellah no pierde nada, porque cuando vuelve á su casa tiene que entregar al gobierno el producto casi íntegro de su trabajo á título de contribucion.

El sultan apremia al virey, el virey á los bajás, los bajás á los colectores, los colectores al campesino, el campesino á su mujer, la mujer al muchacho, el muchacho al burro.—Hé aquí la conformacion social del Egipto. El burro se muere de hambre y de palos, el muchacho pide limosna.

Por eso, cuando el viajero viene á una de las dos verdaderas ciudades de este bajalato, Alejandría y Cairo, pregunta por los fellahs, y no ve más que burros y muchachos. Ellos constituyen la última expresion de esa raza tan renombrada y

tan pujante; de esa raza que ha de hacer maravillas en la ya próxima redencion del Oriente.

En Cairo, sobre todo, los burros se cuentan por millones, y hacen el oficio de nuestros *simones*. La gala es que vayan siempre al escape, con su fellilla detrás que arrea y grita, intercalándose hábilmente por entre el gentío que de ordinario obstruye la via pública. Esta es pocas veces ancha, y con frecuencia estrechísima y tortuosa; no se conocen casi empedrados ni aceras; y aunque la arena se riega muchas veces, como diremos después, se levantan columnas de polvo que, entre los gritos, la confusion y el continuo cruzamiento de carruajes, camellos, mulas y peatones, producen un espectáculo indescriptible. En Cairo y Alejandría parece que siempre se sale de los toros.

Los coches, que segun hemos manifestado en otra ocasion, son todos á la europea, van abiertos por lo general y tirados por dos caballos, tanto los de particulares como los de alquiler. Cuando los primeros pertenecen á personas ricas, llevan delante, como á diez pasos de los caballos, un muchacho de quince á veinte años, negro de ébano, procedente de Nubia por lo comun, el cual, á manera de heraldo, va corriendo con una vara larga en la mano, dando grandes voces para que

la gente se aparte, y golpeando á los burros y camellos cuando no lo hacen pronto. La figura de estos pajes (sais) es la más veces muy hermosa: van descalzos hasta la rodilla; tienen zaragüelles, ó cosa semejante; chaqueta bordada de oro; túnica de lienzo blanco recogida de manera que hace dos mangas perdidas cuyos pliegues flotan con el movimiento, y su gorro colorado ó tarbush. Corren los sais más que los caballos, por mucho que éstos corran como suelen, y tienen tal costumbre que no se cansan jamás.

Los carruajes de alquiler, que llevan sirvientes de éstos, aunque mal vestidos y pobres, no quieren entretener sus horas sin provecho, y corren y gritan cuanto es posible por hacer su camino cuanto ántes. La habilidad, pues, de la locomoción en las calles de las dos ciudades de Egipto, está en los burros; como que ellos tienen que luchar con tan poderosos adversarios.

Los burros-simones de este país son de pequeñísima estatura: no es menester que el jinete sea muy alto, para que casi toque con los piés en el suelo. Están por docenas y aún por cientos en las esquinas de las calles, en las plazas y demás lugares frecuentados. Tienen sillás cómodas con el pomo ó borrel delantero muy abultado, estribos, jáquimas pintorescas, y un morral ó talego con

comida que les cuelga del cuello cuando están parados.

Así que se alquilan, el fellah se echa aquel talego á la espalda, y con su vara comienza á arrear al burro, siguiéndole en su escape con grande afan, sea corto ó largo el trayecto, gritando sin compasion ni medida, ya al asno porque no corre bastante, ya á los transeuntes advirtiéndoles que se echen á la derecha (amina), á la izquierda (gemal), ó que guarden los piés (regla), para no ser pisados por la caballería.

El burro, que por lo ménos tiene aquí tanto talento como el fellah, comprende en medio de su escape cuándo se le presenta un obstáculo sério, y entónces de repente se pára en firme, aunque sólo el instante preciso para tomar la direccion que le queda expedita. Descubre en su camino un par de metros de via más limpios y seguros que los que lleva, y encamina su direccion al punto conveniente; ve un hueco por donde puede colarse, y se cuelga; se le ofrece ocasion de burlar á otro más torpe, y lo burla: todo esto sin necesidad de que nadie se lo mande, y áun á despecho del que va encima.

Los cabalgantes suelen ser figuras de todas especies que aquí no chocan por su abigarramiento, pero que en cualquier parte producirian escándalo

los y rechiflas sin fin. Unas veces, ó por mejor decir, á un mismo tiempo y en una misma calle, se ve montado en burro un árabe con el hermoso y rico traje del país, un militar turco de alta graduacion con sable y entorchado, una inglesa con velo y sombrilla, un elegante de París *à la dernière*, una mora á horcajadas sobre los dos estribos y tan cubierta de rostro como un fantasma; jóvenes y viejos, negros y blancos, todos se aprovechan del burro-simon, á peseta la hora, como del más dócil, seguro y cómodo instrumento de marcha.

Reunamos ahora en un recuerdo comun, el polvo de la arena, la estrechez de las calles, la violencia de los coches, el trote de los asnos, el concurso de peatones, y los gritos estridentes de sais, fellahs y genízaros, con más las disputas de costumbre sobre los pasos, los consejos sobre los atranques, el miedo de los europeos, que creen morir cada minuto en aquella masa informe de hombres, clamores y bestias; reunamos, pues, estos antecedentes de tortilla, para decir á la postre que en ninguna parte suceden ménos percances personales como en las calles del Cairo y de Alejandría.

IX

En esos burros precisamente hicimos nosotros la caminata á las Pirámides en compañía de una colonia cosmopolita en que no dejaban de abundar los españoles. No referiremos la lista de los caravaneros, porque la relacion no se parezca á las revistas de salon de nuestros periódicos, y porque el nombre de las gentes ilustres que aquí tratamos interesaria probablemente muy poco á los lectores. Designaremos, sí, á tres de ellos, porque han de figurar más tarde ó más temprano en esta crónica viva del rompimiento del Istmo.

El uno es un hamburgués, naviero de Rotterdam, que constituye parte de la comision europea ó consejo comercial que se reúne aquí para tratar de la importancia del canal y proponer las medidas mercantiles que deben adoptar las naciones: este es, cabalmente, el armador que ha trasformado el buque del capitan Jonas. Otro, es

un personaje inglés muy distinguido, sir Samuel Baker, que se propone seguir las huellas de monsieur de Lesseps en Egipto, con otro proyecto no ménos civilizador y admirable que el que ahora celebramos. El tercero, en fin, es un simple viajero de Escocia, gran aficionado á las artes de Oriente, que conoce al dedillo Granada, Córdoba y Sevilla, que habita en el Cairo hace ya algunos meses estudiando sus monumentos, y que por casualidad ha asistido á la inundacion del mes pasado en la playa de la gran Pirámide.

Su amistad con el Sr. D. Eduardo Saavedra, adquirida en el comun estudio de las obras públicas de los romanos, á que debemos los españoles el magnífico estudio de ellas que el actual director de Fomento hizo al recibirse en la Academia de la historia, nos proporcionó la ocasion de un *cicerone* ilustrado y experto para las Pirámides, á la vez que un encomiador ejemplar de las cosas de España.

En todas partes gusta hallar un extranjero que hable bien de las cosas buenas de nuestro país, y disimule ó explique con indulgencia los males que nos rodean; pero en Egipto, especialmente, donde desde que se entra á las ciudades y ve el español las calles tortuosas y estrechas de Andalucía, Murcia ó Toledo, los zocos y las alhóndi-

gas, las buñolerías revestidas de azulejos, las tiendas de barbero en cuyo interior se tañe la guitarra, los toldos en los tejados para templar la luz del sol, los ojos negros y brillantes de los rostros tostados, las mulas enjaezadas á la jerezana, la lengua antigua de Castilla en boca de los judíos; los árabes, en fin, que mal que les pese á nuestros hijos, son nuestros padres; en Egipto, decíamos, oír bien de España, es como meditar en las grandezas de nuestra historia resolviendo antiguos protocolos del archivo de Simancas.

Los españoles que rodeamos al escocés quisimos entretener el camino oyéndole, no sólo las atinadas observaciones que sobre los hombres y las cosas hacia, sino oírle también la relación de esa catástrofe del mes pasado que, no por ser tan frecuente en Egipto, deja de tener gran interés para ojos europeos. Mandamos á los fellahs que no arreasen los burros, y nos pusimos á escuchar.

En efecto, el 9 de Octubre último, dos amigos y él habían llegado á uno de los pueblos del valle de las Pirámides, con intención de pasar algunos días en su estudio. Este valle está cortado por el Nilo en su parte Norte, y paralelo á él corre hacia el Sur una cordillera de montañas pedregosas, dejando en medio una faja de desierto de

cuatro millas de ancho, en cuya extension se encuentra la gran Pirámide. A la llegada de los viajeros el país presentaba su aspecto acostumbrado; el Nilo iba bastante alto, pero el agua apenas tocaba los terrenos que en su márgen cultivan los moradores de aquellos pueblecitos. La noche cerró serena y hermosa.

Sin embargo, á eso de las dos de la madrugada les despertó un criado beduino con la terrible noticia de que el rio se salia de madre. En el aspecto de aquel muchacho se comprendia que la inundacion iba á ser tremenda, y sobre todo que urgia ponerse en salvo por momentos. Efectivamente, los europeos se lanzaron fuera de la casa, y vieron con espanto que todos los del pueblo, hombres, mujeres y niños, trabajaban con una energía, impropia de árabes, en hacer montones de tierra que sirviesen de diques á las aguas; mientras que unos pocos huian á las eminencias del terreno más cercano, llevando los utensilios de labor, las ropas, los granos y cuanto de alguna estima poseen para el invierno aquellos infelices ribereños que viven del escaso fruto de sus tareas.

Todo fué inútil: un momento bastó para que los montones de tierra fuesen arrollados, para que las aguas invadieran las eminencias cercanas del terreno, para que el rio arrasase ropas, utensilios,

granos, toda la fortuna de aquellos desdichados; y lo que es más terrible todavía, para que las ondas bramadoras derribasen la primera casa. Entónces á la actividad de los árabes sucedió un desaliento imponente: todos comenzaron á gritar en lastimera plegaria, y las mujeres y los muchachos que aullaban, hendiendo el aire con sus clamores, huían hácia la altura próxima perseguidos por el agua, que parecia rugir de ira tras de su presa.

Los extranjerios intentaron subir á la azotea de su casa, que era la más elevada y fuerte del pueblo, con el fin de hacer allí una balsa para salvarse en ella de la inundacion que crecia; pero apenas comenzaban su obra cuando el beduino, conocedor del país, les dijo que no habia tiempo para nada, pues la casa cederia como las otras algunos instantes despues.

Entónces tambien ellos corrieron á la montaña, llevándose, con el agua ya á la cintura, las tablas y cordeles con que querian hacer su balsa; y áun no se hallaban á tiro de fusil de la casa, cuando sintieron el espantoso ruido de su derumbamiento. ¿Qué hacer?

El peligro les prestó alas y fuerza, y en cortos segundos llegaron á una elevacion donde las aguas habian de tardar mucho en subir. Allí se

habian reunido todos los del pueblo; pero ¡qué cambiados! Los muchachos estaban silenciosos, las mujeres se habian recogido las lágrimas, los hombres permanecian tranquilos con los brazos cruzados. Ya no quedaba una casa en el pueblo, ya no quedaba ajuar, ya no quedaban comestibles, ya no quedaba sobre qué gemir. El agua, sin embargo, subia. Allí no quedaba otro remedio que aguardar el destino.

Los extranjeros intentaron segunda vez hacer la balsa con sus tablas y sus maderos, merced á algunas excursiones que el criado hacia en busca de las cuerdas con que atan los camellos. Hecha que fué y concluida casi á flote en un pié de agua, todos se encaramaron en la mayor altura de un montecito, y allí, entre ánsias crueles, se esperó el dia. Al salir el sol, se destacaba de aquel cuadro siniestro una hermosa figura de anciano: era el sheikh del pueblo, que de grupo en grupo iba derramando palabras de consuelo y tranquilidad sobre sus convecinos. Las mujeres se habian descubierto el rostro; los hombres y los muchachos, á quienes esta accion habria asombrado en otras circunstancias, parecian indiferentes á ello. Allí se aguardaba el destino.

—Permitidme (dijo en árabe el escocés al sheikh) que nos llevemos en nuestra balsa á las

mujeres y á los niños: ellos quizá puedan salvarse.

Allah es grande (contestó el patriarca) y mandaría barcos á tiempo, si era su voluntad salvar á su pueblo. Idos solos.

Instáronle de nuevo, y repuso:

—La balsa es frágil, los palos cortos, la corriente impetuosa. Si álguien quiere seguiros, que vaya: yo levanto toda responsabilidad.

Entónces los extranjeros, que divisaban una vela en lontananza, se echaron á la ventura sobre aquellas tablas, y se dejaron ir tres millas hácia los montes. Al pié de ellos encontraron unos botes que estaban cargando piedra, y pidieron socorro: los árabes que los tripulaban se apresuraron á dárselo, y acto continuo mandaron el mayor de sus barquichuelos en busca de los náufragos, con uno de los ingleses por guia. Pocas horas despues volvian á encontrarse seguros en la montaña los indígenas y los extranjeros, no sin que el sheikh murmurase tranquilamente:

—Allah ha querido salvar á su pueblo.

JORNADA CUARTA

en que el autor se instala en el Cairo; hace una visita á Ismail-Pachá; dibuja de cuerpo entero la figura del gran Mehemet-Ali; recorre minuciosamente la capital de Egipto; frecuenta los bazares, los palacios y las mezquitas; discurre sobre la situación de la mujer en Oriente, y va á depositar su ofrenda á los Santos Lugares de la antigua Heliópolis.

EL CAIRO.

I

Hé nos aquí ya, asendereados y molidos por una semana de movimiento y emociones constantes, reposando en esta hermosa capital del Egipto, vecina y émula de la antigua Ménfis. Rodéannos en este momento media España y media Francia, ó, lo que es lo mismo, medio Oriente y medio Occidente. Percibimos el humo de la locomotora, que es el emblema de la movilidad, y la cúspide de las Pirámides, que son el signo del reposo perpétuo. Vemos gente hambrienta y medio desnuda, alternando con todo el refinamiento del lujo más ostentoso; casas de yeso que se bambolean con un soplo, y palacios de filigrana y piedras preciosas que desafían la inclemencia de los huracanes; costumbres primitivas que recuerdan los orígenes del mundo, y costumbres modernas que presagian

gían el fin de las sociedades presentes. Asistimos á un espectáculo físico y otro moral, que dudamos si han tenido precedentes en la historia humana.

Permítasenos, pues, este desahogo declamatorio ántes de decir lo que por nosotros ha pasado. Hay circunstancias de la vida en que el historiador tiene que declamar ántes de narrar. Cuando uno se asoma á la torre de la Vela de Granada, ántes de asombrarse, grita.—Nosotros hemos corrido el canal marítimo de una punta á otra; hemos estado en Kantara, en el Guisr, en Ismailia, en Serapium, en Chaulouf y en Suez. Hemos andado en barco, en ferro-carril y en burro; hemos comido castañas, asadas por un árabe á la puerta de la taberna de un aleman, y saludado al virey en los magníficos salones de su palacio de Addin. Nosotros hemos visto sultanas y meretrices, princesas europeas y cómicas de café cantante; hemos visto mahometanos de frac y corbata blanca; hemos bebido agua del Nilo, sacada del pozo de Joseph, y vino del Rhin, sacado de las bodegas de Spielberg. En una palabra: hemos vivido ocho meses en ocho días, y ahora necesitamos estos ocho minutos de desahogo para prepararnos á escribir durante ocho horas consecutivas.

Antes de nada, queremos anunciar el dichoso

encuentro que tuvimos, casi en la estacion misma del ferro-carril: la comision científica española acababa de llegar al Cairo desde Alejandria, con pocas horas de diferencia de nuestra llegada al Cairo desde Suez. Nos encontramos en el *esquare* Mehemet-Alí, que es como si dijéramos en la plaza de Oriente de Madrid, al pié de la ciudadela, que es lo primero que se visita en el Cairo por gozar de sus hermosas vistas. Esta bella plaza conduce á una puerta monumental, donde en 1811 se verificó la horrible matanza de los mame-lucos; especie de Puerta del Sol, aunque aquí hay puerta.

La comision se compone de los directores de Instruccion y Obras públicas, Sres. Merelo y Saavedra; de otros ingenieros á quienes ya conocíamos de fama, y de un amigo antiguo nuestro, el señor Riaño, jóven profesor que era, ántes de la revolucion, de teoría é historia de las bellas artes, pero á quien despues de la revolucion dejaron excedente, quizá porque el que lo hizo barruntaba que mucho tiempo despues de ella no iban á hacer falta en nuestro pobre país ni artes, ni historia, ni teoría. Ahora lo han traído á Egipto. ¿Por qué será? Nosotros suponemos que es porque habla admirablemente el italiano, el francés y el inglés (en cuya lengua escribe para las revistas de Lón-

dres); porque conoce el árabe con perfeccion, y porque es eruditísimo en arqueología. De todas maneras, aplaudimos al Gobierno de España por su eleccion: con hombres como los Sres. Saavedra y Riaño (sin ofender á los restantes), y el Sr. Montesinos, que ya honró á la patria formando parte de la comision europea que declaró practicable el canal de Suez en 1854, nuestro país está perfectamente representado.

La amistad de estos señores nos ha proporcionado ocasion de ver y presenciar muchas cosas que dificilmente hubiéramos conseguido con nuestros propios recursos; y eso que Mr. de Lesseps conserva una predileccion tal por los españoles, que no hay sino hablar la lengua de Castilla para ser uno atendido y obsequiado al primor, por este virey cristiano del Egipto.

El virey musulman ha hecho una ostentosa gala, ya lo hemos dicho ántes de ahora, del modo como se practica la hospitalidad en los pueblos orientales. Sus órdenes para el agasajo son tan latas, que los servidores de las fondas y lugares de recreo no preguntan nunca si el extranjero es invitado del Khedive ó forma parte de alguna comision internacional: en vano se pide la cuenta despues de hecho un gasto, por crecido que sea; como uno no lleve turbante, todo está pagado.

Si esto sucede con los indiferentes como nosotros, ¿qué será con los que aquí representan un derecho cualquiera?—En cuanto llegan extranjeros convidados al Cairo, y lo mismo sucede en Alejandría, salen á recibirlos los cónsules de su país, que ya por serlo gozan de privilegios inapreciables.

Uno, por ejemplo, de los más útiles á la llegada, es que puedan llevar en el pescante del coche un genízaro, con largo baston terminado en porra de plata y sable corvo á la cintura. Estos lacayos se meten en todas partes, y van indicando con su presencia que no hay puerta cerrada para el señor á quien pertenecen. Si hay multitud de gentes, la apartan ó la atropellan: si es una estacion de ferro-carril, se agarran á la portezuela de un carruaje y causan mucho mayor respeto á los viajeros que la tablilla «reservado»: si álguien se atreve á estorbar el paso á su señor, con la porra de plata se las componen. Usan aquí genízaros, á más de los cónsules, los obispos católicos y griegos, y algun otro personaje indígena de mucha importancia.

Ahora, sin embargo, todos llevamos genízaros, pues genízara es para estas pobres gentes la altiva superioridad de la civilizacion. Tambien tenemos gratuitamente coches, asiento en los teatros,

dragomanes que conocen diversas lenguas, y para decirlo de una vez, todo cuanto el viajero puede necesitar.

Cuando se entra en la fonda, un camarero italiano, que todos lo son, coloca delante del convidado una preciosa lista, muy bien impresa en Cairo, que dice, poco más ó ménos, lo siguiente:

«Servicio diario de mesa que se pone á disposicion de los señores viajeros.—Desayuno. Café con leche y manteca, té con leche y rom, huevos cocidos ó fritos, chocolate con bizcochos.—Almuerzo. Macarrones, arroz ó vianda parecida, carne fria, carne asada, carne guisada, legumbres frescas ó secas, patatas á la inglesa, entremeses diversos, postres variados, quesos, café negro y licores de todas clases.—Comida. Sopas varias, pescado blanco, plato de carne entera, principio caliente, principio frio, asado de aves, ensalada verde, plato de legumbres, pasteles, cremas, quesos, postres de todas clases, café y licores, como en el almuerzo.—Cena á media noche. Lo que se pida.—Vinos para almorzar. Ordinario, Médoc, Château-Margaux, Sauterne.—Vinos para comer. Médoc, Madera, Borgoña, Château-Lafitte, Champagne.»

El italiano despues informa al viajero de que él está á su servicio personal, y que además puede

disponer para otras ocupaciones, ménos dignas, de árabes ó negros, segun los casos.—Nosotros tenemos una señora inglesa en la habitacion contigua, que come de todo eso, bebe de todo eso, se sirve de todo eso, y pasa diez y ocho horas de las veinticuatro hablando mal del canal, del Egipto y del Khedive.

II

Tan rara fortuna como la que se nos ha entrado por las puertas con la comision científica española, nos valió ayer asistir á la recepcion especial del virey.

En efecto, á las once en punto de la mañana vinieron á nuestra puerta hermosos carruajes europeos, provistos de sus correspondientes genizaros, en los cuales marchamos de frac y corbata blanca al palacio de Addin, suntuosa actual residencia del soberano.

Ismail-Pachá, que reina en Egipto desde fines de 1862, es un hombre jóven todavía, pequeño de cuerpo, de anchas espaldas, barba castaña, casi rubia, mirada inteligente y condicion exterior viril. Fuimos conducidos á su presencia por el ministro Nubar-Pachá, gran introductor, no ya de extranjeros, sino de la cultura europea en Egipto. El virey se hallaba en un gran salon que

podía ser del palacio real de Madrid ó de las Tullerías de París. Alfombras, espejos, estátuas, sillones, todo era moderno y de industria occidental, aunque excesivamente cargado de oro y un poco *rococo*.

Ismail se adelantó á nuestro encuentro vestido con su traje ordinario de etiqueta: un redingote azul abotonado hasta el cuello, una chalina blanca y un gorro colorado. Diónos la mano uno á uno con la mayor cortesanía, y uno por uno fué hablándonos á todos en francés, muy acentuado aunque lento, remedando esas frases rebuscadas y pertinentes de los monarcas de Europa, que con el nombre de *bons-mots* constituyen uno de los ramos más distinguidos del arte de reinar.— Un cuarto de hora despues éramos despedidos por Nubar en la escalera del palacio, ofreciéndonos todo género de atenciones y toda suerte de facilidades para nuestra estancia en Egipto.

Ismail-Pachá, de quien hemos de hablar más por extenso en otra ocasion, es el occidental más oriental que hay en Oriente. Este jóven príncipe, que aparece á la cabeza del partido reformador de Turquía; que conoce y aprecia la Europa perfectamente; que se rodea de una corte casi extranjera; que varía la sucesion indirecta del bajalato y adopta por sucesor á su propio hijo; que rompe

el Istmo de Suez; que pone celos y cuidados al sultán de Constantinopla; que se hace Khedive y que aspira á ser rey independiente;—este príncipe, decimos, es, sin embargo, un príncipe oriental, un príncipe turco, casi un príncipe mahometano.

Ismail es desconfiado y receloso. Cuando mira, entorna los ojos como si fuera miope; cuando habla, presta una pausada atención como si fuera sordo. Los que le conocen á fondo aseguran que ve muy bien y oye perfectamente; pero que se toma un poco de torpeza para contestar lo que quiere, y un poco de miopía para mejor observar la mirada y el fin de su interlocutor. Es duro y tenaz hasta el momento en que la prudencia le aconseja ceder; pide siempre mucho para contentarse luego con lo que es posible; ama á los suyos á la europea, y desconfía de ellos mismos á la turca: su casa, que parece abierta para todo el mundo, es impenetrable en su interior; y por último, ese hijo de quien está prendado y que ha de sucederle, vive muy separado de él, como sus servidores, como sus amigos, como sus mujeres.

Se cuenta de Ismail que no come otros manjares que los que su propia madre le condimenta con sus manos; que no deja penetrar en su es-

tancia á persona alguna ni en mucho espacio alrededor; que sus vestidos, especialmente la ropa blanca, no se confeccionan ni se lavan más que por una de sus esposas; y, en fin, que su vida, en apariencia tan libre, es una vida esclava por las preocupaciones, por los temores y tal vez por alguna fatalidad que él se figure pesando sobre su destino.

Dentro de poco sabremos á qué atenernos en este punto; conoceremos las causas verosímiles de esas misteriosas costumbres; qué vida ha sido hasta ahora la vida de Egipto, y cuál es la forma de desenvolvimiento con que la civilización ha de presentarse nuevamente á sus puertas. Entónces veremos pasar por delante de nuestros ojos al viejo Mehemet-Alí, al gran propulsor de esa vida nueva de Egipto, y á su nieto Ismail-Pachá, que parece el llamado á resolver, si no á constituir definitivamente, el problema social iniciado por su abuelo.

Contentémonos por el momento con saber que Ismail comparte con Lesseps la actividad europea para agasajar ostentosamente á sus huéspedes; que sale y entra de palacio en palacio para preparar digno alojamiento á la emperatriz de Francia, al emperador de Austria, al príncipe de Prusia, á los duques de Aosta, al emir Abd-el-Kader, que

que viene de Siria, á las ilustraciones del mundo entero, que honran con su presencia su reino. Continuando la política hospitalaria de su antecesor Mohamed-Said, el cual escribía á sus lugartenientes cuando la comision científica llegó á Egipto en 1854:—«Recibidlos como á testas coronadas, que ellos son las testas coronadas de la ciencia»,—Ismail-Pachá se figura que su corte se llena de reyes, y como á reyes ordena agasajarles. ¿Cuántos millones gasta?—Hé aquí la pregunta que á la vez se están haciendo los periódicos ingleses, que presencian el devorar de empréstitos en su Bolsa, y los que disfrutamos de tanta riqueza individual y de tanta maravilla colectiva.

Un solo rasgo del virey para comprender su actitud y su carácter.—Sabido es que desde el año pasado se ocupaba con el mayor ardor en adquirir compañías europeas de canto, declamacion, baile y gimnástica, al propio tiempo que hacia construir un gran teatro y un gran circo con arreglo á los últimos adelantos del arte. Él seguia activa correspondencia con sus comisionados; se enteraba de las adquisiciones, é instaba por que se mejorasen y ampliases hasta lo posible; presenciaba los trabajos dando su parecer sobre todas las cosas, en el sentido siempre de que fueran

más bellas y más ricas; y hasta se propuso adquirir los trajes y decoraciones de nuestro teatro Real, pertenecientes á un cantante, porque le habian dicho que eran superiores y del mejor efecto. Las compañías, las decoraciones, los trajes, y casi podria decirse los teatros enteros, están aquí: todo ello es bueno y deslumbrante, aunque, como dijimos arriba, un poco *barroco*. Lo único que no ha podido traer es la práctica de usar de todas estas cosas. Apenas se han dado quince funciones, y ya se ha prendido tres veces fuego en el teatro, por escapes de gas é imprevision de los servidores. El último incendio ha sido grande, y estalló cuando se cantaba con gran aplauso el *Rigoletto* por Naudin y la Sarolta: el público, asustado, se precipitó á las salidas; los cantantes saltaron sobre los músicos y huyeron: sólo Ismail y los tres personajes que le acompañaban se lanzaron al tablado desde el primer instante, envueltos entre el humo y las llamas. Los bomberos acudieron en seguida, el gas se cortó y el desperfecto no fué grande; pero sin la presencia de ánimo del virey, que servia de estímulo á los demás, el teatro hubiera sido pasto de las llamas.

Referimos esto, para probar que Ismail se porta como un empresario que tuviese grandísimo interés en la conservacion y buena fama de su em-

presa; así como para hacer ver que es valiente y arrojado como pocos hombres.

El virey de Egipto no teme nada, sin duda, de la Europa: la mala estrella de su signo, las cavilaciones, los miedos y las cautelas, deben referirse, y creemos que no sin razón, al pueblo musulman. Digamos por qué.

III

Precisamente en estos mismos dias hace un siglo cabal (1769) de la fecha en que unas gitanas hallaron por los alrededores de un lugarcillo de la antigua Macedonia á cierta mujer próxima á su alumbramiento:—« Eso que llevas en el vientre (la dijeron en tono profético) ha de ser una de las glorias de Oriente.»

Aquella mujer era la esposa de un militar turco, y lo que llevaba en el vientre era Mehemet-Alí.

Por los mismos dias otra esposa de un militar toscano dió á luz en Ajaccio un niño que habia de ser la gloria de Occidente. Este alumbramiento no habia sido vaticinado por una gitana, pero habia sido presentido por Juan Jacobo Rousseau en el *Contrato social*. El niño corso se llamaba Napoleon, y, á la manera del niño macedonio, nacia casi fuera de la que iba á ser su patria,

tria, bien ajeno de los grandes destinos que la Providencia guardaba para ambos: la trasformacion social del Occidente y del Oriente, sustituyendo al derecho antiguo de la tradicion, el derecho moderno de la filosofia.

Ignoramos si el secreto presentimiento que experimentaba Rousseau de que la isla de Córcega admiraria un dia al mundo, influyó poco ó mucho en las empresas atrevidas de Bonaparte; pero en cuanto á Mehemet-Alí, todos sus historiadores convienen en que la prediccion de las gitanas no se apartaba un momento de su imaginacion, desde que los sucesos de Egipto le pusieron en camino de pelear y vencer para su gloria.

Huérfano desde su más tierna edad y abandonado en el mundo, Mehemet fué recogido por el gobernador de Cavala, su ciudad natal, en cuya compañía no debió educarse muy esmeradamente, cuando llegó á hombre sin saber leer ni escribir. En cambio á los quince años, viendo que los habitantes de un pueblo vecino se negaban á pagar los tributos que su padre adoptivo les pedia en nombre del Sultan, tomó seis hombres y se dirigió á la mezquita del pueblo, mandando buscar, mientras rezaba, á los principales del país para conferenciar con ellos sobre asuntos de interés. En la mezquita misma los prendió y amarró con

la ayuda de sus compañeros, proclamando que se los llevaba hasta que el tributo estuviese satisfecho, y defendiéndose de la multitud, que queria rescatarlos, con la amenaza de cortarles la cabeza si su gente era acometida. El pueblo pagó. Mehemet habia demostrado ser astuto y valiente.

Esta es la hazaña del niño: contemos ahora la hazaña del hombre, y despues referiremos la hazaña del anciano.

El 1.º de Marzo de 1811 convida Mehemet-Ali á todos los jefes militares del Cairo, que son casi todos los de Egipto, á una gran fiesta cívica en que debe investirse con las insignias de general uno de sus hijos. La cita es en la Ciudadela, para de allí dirigirse procesionalmente por toda la ciudad en solemne aparato, digno del hombre á quien el Egipto por aclamacion y la Puerta por necesidad, han elegido virey. Los delhis van delante, los mamelucos los siguen en medio, y los albaneses, con quienes más cuenta el astuto Mehemet, cierran la retaguardia del desfiladero que conduce á la ciudadela. Las puertas de ésta se abren para los delhis, pero se cierran de improviso para los mamelucos; y un cañonazo que suena de improviso, sirve de señal para que los albaneses no dejen un mameluco á vida. Allí pe-

reció la flor del feudalismo egipcio; aquella fué la Conserjería del Cáiro.

Y ¿por qué ese exterminio de los mamelucos?

Desde principios del siglo décimosexto en que los turcos se apoderaron por última vez del Egipto, hasta el momento presente en que aún no ha sonado todavía la hora de la independencía para ese noble país, el pueblo de los Faraones no ha sido nunca gobernado por sí propio, ni ménos por sus conquistadores; pues el caduco imperio otomano, falto de energía para gobernarse á sí mismo, mal pudo en ningun tiempo llevar á provincias extensas y lejanas, el peso y la influencia de una autoridad de que carecía. Trescientos mortales años es presa el Egipto de la codicia, de la ferocidad y del libertinaje político, ora de los turcos, ora de los circasianos, georgianos y albaneses; tropas mercenarias que reclutan los jefes feudales de aquella tierra dividida, avasallada y sierva. En cada punto productor ó poblado donde puede ejercerse el despotismo y la rapiña, allí nace un bajá mameluco (georgiano ó circasiano) que á costa de los egipcios se engrandece, roba, pelea, influye ó pretende influir en la marcha general de todo el continente, y ya se burla de la Puerta ó es burlado por ella, pero siempre á costa de un sér á quien parece que pertenece todo, aún cuando

204 ————— nada

nada en realidad llega á pertenecerle: el fellah.

Si es curiosa é instructiva la historia de la Edad media de Europa, no deja de serlo mucho la de ese feudalismo arábigo que se realiza al otro lado del Mediterráneo durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

—Un estudiante corso va á borrar en Europa las trazas del feudalismo europeo á principios del siglo XIX, y un comerciante de tabaco macedonio emprenderá por la misma época empresa semejante en Oriente, inspirados ambos por una misma ambicion, provistos ambos de la misma valentía, dotados ambos de la misma frialdad de alma.

Mehemet-Alí, sin embargo, divide los papeles de político y de guerrero: él se reserva la direccion de los negocios, y confia las campañas á su hijo Ibrahim, porque el estado de Oriente no permite que el que se va léjos para pelear, conserve la influencia necesaria para volver al mando de vuelta de los triunfos.—En Oriente no se conocian entónces ni la gloria ni el honor nacional.

La política de Mehemet-Alí, desde que en 1809 viene al mando de trescientos macedonios para auxiliar á la Puerta contra la invasion de Francia, hasta que en 1811 vencida la Francia quiere emanciparse de la Puerta, es tan cruel como hábil y decisiva.—En Egipto hay que destruir á los

turcos con los mamelucos y los albaneses: concluida esta campaña, hay que destruir á los mamelucos, quebrantados ya profundamente por Bonaparte, con los albaneses, en quienes Mehemet cuenta los auxiliares más adictos: despues exterminaremos á los albaneses, mercenarios y extranjeros al fin; brotando de todo este conjunto de destruccion, el único reinado posible del fellah, del egipcio, del árabe faraónico.—Hé ahí el plan de la emancipacion de Mehemet; plan bárbaro y sangriento, aunque sólo tan sangriento y tan bárbaro como todos los planes civilizadores en sus orígenes filosóficos.—«Al punto que han llegado las cosas (decia Mehemet-Alí), el Egipto será del que dé el último sablazo, y yo soy el que piensa darlo.»—No otro, ciertamente, era el plan de Napoleon en Europa. Disculpemos, pues, al bárbaro del desierto.

Él aspiraba, sin duda alguna, á la civilizacion, á la emancipacion, á la grandeza de Egipto, abastido por tantos siglos de servidumbre: era un asolador, pero no un asolador como Atila, que seca la yerba que pisa su caballo, sino un asolador como el escardillo agrícola, que prepara la tierra para una vegetacion rica y saludable.

Dividido, como va dicho, el poder en parte política que él se reserva, y parte militar que en-

trega á su hijo Ibrahim, necesita Mehemet háberse las con otros enemigos dentro de su patria adoptiva, que no son ya ni turcos, ni mamelucos, ni albaneses. Ha estallado en Egipto, durante la dominacion última de la Puerta, un cisma religioso que amenazará perpétua y decisivamente su poder. Un Lutero del mahometismo, Mohammed-Wahab, ha predicado con gran éxito la guerra á toda innovacion ni reforma: sustenta los orígenes de la ley en su pureza primitiva y patriarcal, como si fuese posible que la religion se quedase en los campos cuando la civilizacion se introduce en las ciudades; y con las palabras del profeta en la boca «Toda innovacion es un error, y todo error conduce al fuego», siembra un partido poderoso que luchará eternamente contra la idea progresiva de Mehemet-Alí. Es necesario, por consiguiente, destruir tambien á los wahabitas, que se han apoderado de la Arabia y que amenazan hundir de nuevo al Egipto en una mayor barbarie: esta es la empresa de Ibrahim.

Parte el jóven de veintiseis años á Medina para ofrecer al Profeta enormes sacrificios por sus futuras victorias, y se interna en la Arabia, á quinientas leguas de su país, con deliberado propósito de exterminar á los wahabitas. Al principio experimenta contrariedades increíbles: el ejército se le

diezma por las enfermedades, el éxito de las armas le es adverso en los primeros sitios, las municiones de boca y guerra se le esparcen por los aires en un incendio; y sólo la noticia de que vienen fuerzas en su auxilio, es la que exaspera su genio militar hasta el punto de que provocando batallas que deben perderse, forzando sitios que no es fácil asaltar, inflamando el espíritu de sus tropas con ilusiones orientales á que el soldado no sabe resistirse cuando su jefe da el ejemplo, camina de victoria en victoria, de destrucción en destrucción y de fortuna en fortuna, hasta dejar en el término de tres años vencidos á los enemigos de su padre, arrasados sus pueblos y sus campos, hundida, si no muerta del todo, la resistencia mahometana, que se opone al espíritu de progreso, en cuyo nombre se le ha mandado á la pelea.

Mehemet, mientras tanto, comprende que ha llegado la hora de la civilización que él mismo no conoce sino por instinto. Próximo ya á cumplir cincuenta años, aprende á leer y á escribir; obliga á los magnates que le rodean á seguir su ejemplo, y aprovecha todos los elementos europeos que se ponen á su alcance para emprender la obra de transformar su pueblo. Comienza por crear una marina y un ejército con elementos natura-

les egipcios, y lo hace de un modo tan radical, que su propio hijo Ibrahim, el vencedor de San Juan de Acre, forma á la cola de una compañía (pues es bajo de estatura) para aprender la carga en once voces y los movimientos de la táctica europea.

En tanto que se forman poderosos elementos de ataque y resistencia, acude Mehemet á crear recursos con que sustentar los nuevos gastos de su reino; y como en Egipto no hay más riqueza que la del suelo, y ésta se halla malísimamente explotada y en poder toda ella de las mezquitas y los ulemas, procede, por un insigne acto de violencia, á lo que en Europa llamaríamos desamortización eclesiástica, y se hace dueño de todo el país.—A este acto de infinita soberbia económica, une instantáneamente la ejecucion práctica de sus civilizadores designios. Monta el gran cultivo de la tierra merced á agricultores y procedimientos occidentales; introduce el algodón y la morera para alentar con sus productos la gran industria; establece fábricas de hilados y tejidos; construye hornos y fundiciones de hierro; desagua el Nilo por multitud de canales para fecundizar campos estériles; abre caminos de tierra y vías fluviales de comunicacion, entre los países que han de formar el núcleo de su imperio; en suma, improvisa

con mano guerrera y brios de conquistador, la parte material de su campaña regeneradora.

No contento con esto, tiende su vista á la instruccion popular, y crea academias y escuelas donde se estudie la medicina, la religion, la ciencia en sus elementos y sus aplicaciones, el arte militar, las matemáticas, la construccion, todo cuanto oye que se sabe en otros pueblos y que se necesita aprender para fundar Estados donde no existen.—Una especie de fiebre fructificadora se apodera de aquel tronco seco, como la lleva dentro de sí mismo el árbol petrificado que se convierte en carbon de piedra. Mehemet-Alí no sabe nada; pero, lamentándolo, quiere que sus descendientes lo sepan todo. Si despues de sus esfuerzos patrióticos logra desprenderse de la Puerta, el Egipto será una de las primeras naciones del mundo.—Tal es la empresa del anciano.

Vése, pues, que existen en Egipto elementos sobrados para constituir dos partidos inconciliables: el partido de la inmovilidad que se acoge á la tradicion, y el partido del adelanto que empuña la bandera del movimiento. Ismail, que se halla al frente de este último, no cuenta para dirigirlo con otras huestes que la docena de egipcios educados en Europa, de cuya ilustracion ha sabido aprovecharse, y las simpatías de los pue-

blos y gobiernos occidentales, que le impulsan á seguir por el camino del progreso. Pero dentro de su país, dentro de su casa, y casi podríamos decir dentro de su propia persona, existe el mahometismo con sus constantes intransigencias, la fatalidad arábica con su perpétuo sueño, la preocupación y el encono oriental contra todo lo que se refiere al mundo del otro lado; y este combate interior, esta lucha de ser ó no ser, este *wahabismo*, si nos es lícito hablar así, que se cierne por los aires en todo el nuevo Egipto, son causa de las luchas interiores del khedive, de sus desconfianzas, de sus perplejidades, de sus temores. Por eso no se fia de nadie cuando parece que se fia de todo el mundo; por eso es europeo en la calle y oriental en su casa; por eso es valiente contra los escollos de la civilización, y cobarde contra las asechanzas de Mahoma.

IV

Cairo es una ciudad más apiñada y ménos europea aún que Alejandría. Como ciudad de tierra adentro, conserva los caracteres esenciales de la raza que la construyó; al paso que Alejandría, como puerto concurrido, tiene que avenirse á las necesidades de los hombres que lo frecuentan. — Córdoba y Granada serán eternamente Granada y Córdoba moriscas; al paso que Málaga y Almería pueden llegar á ser pueblos modernos, olvidándose de su origen arábigo.

En Cairo, con ser poblacion de más de trescientos cincuenta mil habitantes, no hay más que una plaza que pueda llamarse tal, y sólo una calle por donde transiten dos coches con algun desahogo. La plaza, llamada *Lesbequieh*, ó en nuestro idioma, Esbequia, es la Puerta del Sol de los viajeros: con aprender el Esbequia y el Mus-

212 ————— qui,

qui, ó calle larga, se tiene aprendido todo en el Cairo; porque el Musqui corta en dos mitades la poblacion, como la Rambla de Barcelona ó las calles Mayor y de Alcalá de Madrid. El Musqui es el centro europeo de tiendas y fondas; hay que pasar por él para ir á todas partes, y sobre todo á casa; corta los bazares, ó centros especiales de mercado, que se denominan de plateros, peleteros, turco (que es el principal), cofreros, armeros, caldereros, etc.; perfumistas, bordadores, tune-cino y persa. Porque en Cairo, como en las ciudades moriscas de nuestra España, los gremios de trabajadores y negociantes existen apiñados con independenciam de los otros, lo cual es más útil para el comprador, que la anarquía de lugares y objetos establecida en Europa.

Las tiendas no tienen ante-tienda ni tras-tienda visible: un muro de mampostería, que se eleva como una vara del nivel de la calle, sirve de asiento al vendedor; quien desde allí va alcanzando y entrega al parroquiano la mercancía colgada en la pared, ó saca de un cofrecillo, que le sirve de cojin y apoyo, los objetos más ricos y preciados. El comprador, si es árabe, se sienta en el suelo, porque ni el que vende ni el que compra tienen gran prisa de concluir el trato; lo cual proporciona agrupamiento y confusiones mayores

de las que ya exigen la estrechez de las calles y la afluencia de individuos.

Por donde quiera que el recodo de una casa permite un hueco, el vendedor ambulante instala su tienda provisional; especie de panera de palma, como las de mimbre que se usan en Andalucía, donde van las frutas, higos chumbos, melazas y alfeñiques para muchachos. Los aguadores hacen ruido con su tejoleta, y llevan su cántaro de barro á la manera del *Aguador de Sevilla* de Velazquez.

De trecho en trecho divierten á la multitud titiriteros y jugadores de manos. Estos se sitúan por lo comun en un templete á las puertas de las fondas, para atraerse la admiracion de los indígenas y los francos de los extranjeros. Sus ejercicios consisten de ordinario en hacer ejecutar habilidades á cabras, perros, monos y serpientes. Nada de esto es ya extraordinario en Europa; pero los escamoteos y manipulaciones del jugador admirarian en la misma Francia, sobre todo cuando comen estopa ardiendo y arrojan despues hilos de colores por la boca, lo cual se hace en Egipto con una limpieza y gracia sorprendentes.

Los cafés, que son muy numerosos, están desprovistos de todo género de encanto. Una sala baja, húmeda y oscura, á cuyo alrededor hay

construido un poyete de mampostería ó tablas, constituye todo el ajuar de estos establecimientos, donde los árabes, sentados sobre los piés, ó con las piernas colgando para descansar de la otra postura, sorben en pequeñísimas tazas café muy espeso y caliente, ó gustan en vasos de vidrio una bebida azucarada, mientras muchachos ó viejos les refieren cuentos, historias y versos, á que son muy aficionados.—Es la misma teoría del refectorio de nuestros frailes, áun cuando liviana y voluptuosa en el fondo.

El árabe es de poca conversacion y de mucha ménos movilidad: sólo cuando pelea ó cuando vende, habla y se mueve lo bastante para conseguir su objeto. Por eso los bazares son el núcleo de la confusion y del ruido en el Cairo.

Ya dijimos ántes que el *Bazar Turco* es el primero de la ciudad, y por consiguiente el más concurrido y animado de todos, áun cuando no el más ruidoso, como veremos despues.—Los bazares de Cairo son una cosa parecida á lo que en Europa se llama pasajes ó *cités*: una circunscripcion de calles estrechas y tortuosas, cubiertas con esteras, toldos ó tablas, dentro de las cuales se ejerce un comercio determinado. Cada tienda es de un dueño, que le llama su *jan-jalil*, y cada dueño se disputa la posesion del comprador por

cuantas artes caben en su discurso. La afluencia de gentes, la rivalidad de los tenderos, el ejercicio constante de los chalanes ó ganchos que desvían ó atraen al curioso, todo esto anima y abigarra el bazar de una manera característica. El Turco es el destinado á los objetos orientales del mayor lujo: pipas de ámbar, cofias ó mantones de mujer, albornoces, zapatillas, tapetes, trajes de seda y lana, bordados de oro, en copiosa variedad de clases y precios, desde cinco francos la pieza hasta dos mil; bazar del fausto, en que la vista se recrea ante la exhibicion de los colores y adornos más ricos que hasta de presente ha inventado el hombre. Allí suelen verse damas, cubiertas de la cabeza á los piés, cercadas de servidores que aislan su persona, áun cuando propicias á dejar percibir, en un momento de estudiada torpeza, un ojo de penetrante mirada ó un talle de modelado contorno. En los precios de este bazar hay que proceder como áun hoy sucede en las ciudades móriscas de Andalucía, y es ofreciendo ocho por lo que piden ochenta. El árabe poetiza su mercancía como los andaluces que aprendieron de ellos, ó como los gitanos que son los maestros de todos.

El *Bazar de los Plateros* presenta un aspecto muy diferente del anterior, y del que el curioso

puede presumirse. Dentro de las tiendas no hay nada de oro ni de plata: por el contrario, lo que el público ve en primer término es la fragua, con su humo y olor que se reparten por la calle; el martinete, con su pertinaz y monótono machaqueo; la lima, que crispa los nervios; el berbiquí, que taladra la piel y perturba los ojos del que lo contempla. Para adquirir objetos de oro y plata hay que envolverse en aquella atmósfera de ruido y fetidez, llevando cara de querer comprar ó intérprete que tranquilice al amo sobre las calidades del comprador. El árabe no saca fácilmente de sus cofres ocultos las alhajas de plata y oro que fabrica: más que árabe, parece un judío que escudriña las personas y la estancia ántes de destapar su tesoro. La filigrana y los adornos de mujer son lo más notable y numeroso que se halla en los janjalís de los plateros.

En el *Bazar de los Perfumeros*, que también es grande y concurrido, la principal y casi única mercancía es la esencia de rosa. Pero tampoco aquí se ve la esencia, sino frascos vacíos de todos tamaños que se ajustan en seco, como si se tratara de comprar el vidrio. Cerrado el trato, por muchas pesetas siempre (lo cual prueba que en Europa toda la esencia de rosa es falsa), el tendero saca del interior un gran frasco, que á veces es toda su

fortuna, y con el mayor donaire, sin derramar una gota ni apenas dejar escapar la esencia, llena el del parroquiano y lo tapa con algodón y lacre. En estos janjalís y con tal método, el perfume casi fatiga tanto como en las platerías.

Peleteros, beloneros, cofreros y armeros, todos los oficios de uso comun, tienen su bazar, en donde se ejerce el tráfico poco más ó ménos que en Europa. Y es de advertir que el comercio egipcio ha adoptado ya el sistema de comprar en Inglaterra, Francia y Alemania objetos de todas clases, á la turca, para revenderlos despues como indígenas en los bazares del Cairo.

La inocencia oriental no ha desconocido el arte de hacer fortuna á costa del capricho indocto de los viajeros.

V

El Cairo está dividido en cuarteles aislados y con puertas. Por la noche se cierran éstas, y para entrar en los barrios hay que llamar al guarda y llevar en la mano una luz, farol, linterna, etc. Puede, pues, decirse de esta ciudad, que se divide en cerrada y abierta: arábica y europea. No contentos los árabes con circunscribir el oficio, tienen circunscrita la familia en la casa, la tribu en el barrio. Todo en ellos es circunscripción y aislamiento.

Las casas particulares están guardadas de un modo extraño, aunque muy lógico, dado el carácter de los guardadores. En el tranco de la puerta de cada una, hace el sereno una cama de palmas y se acuesta á dormir. Dicho se está que para penetrar en ella hay que pasar sobre el guarda.—Los cerrajeros más hábiles de nuestros días han inventado una cerradura que, al abrirla

fraudulentamente, dispara un tiro y mata al ladrón. Los árabes tenían inventado hace muchos siglos, que todo el que quiera penetrar en su casa violentamente, tiene que pisar al sereno y ser cogido por las piernas. La teoría es igual.

Aparte de los palacios y de las mezquitas, que son numerosísimos en Cairo, la ciudad no ofrece puntos de vista notables, ni caserío que se diferencie gran cosa del de Alejandría. Hay que subir á la ciudadela ó salir de la poblacion para recrear el ánimo ofuscado por la estrechez y el movimiento.

Partiendo de Esbequia hácia el Norte de la ciudad, se encuentra un hermoso paseo, especie de Fuente Castellana, que comunica con un pueblecillo llamado Chubra, donde el virey tiene un palacio y un harem. El palacio, de gusto italiano, con pabellones á la europea, está construido con mármoles pintorescos y rodeado de jardines magníficos. El paseo es una gran calle recta de una legua, bordeada por acacias copudas y corpulentos sicomoros, dejando entrever por los huecos de los árboles, extensos campos de algodón y cañas de azúcar, que reciben jugo constante de las inundaciones del Nilo y de las acequias supletorias que se alimentan de los canales.

El lujo de las gentes acomodadas es ir en coche

á este paseo, cuya concurrencia de personajes extranjeros y de damas egipcias es muy numerosa, especialmente los domingos. Las damas van en coche cerrado; dos sais á caballo las preceden para que la gente se aparte; eunucos á los costados de la carroza, impiden que los indiscretos se aproximen para verlas; pero ellas, compadecidas quizá de los curiosos, adelantan el cuerpo al nivel de la ventanilla y enseñan su busto cubierto con un velo de gasa muy claro, que más bien las favorece el rostro en lugar de ocultarles la fisonomía.

Lo mismo el paseo que las calles sin piedras, y los arenales que circundan la ciudad, cuidan de regarlos frecuentemente para aplacar el polvo, que es una de las modernas plagas de Egipto. En el riego se advierten, como en otros muchos ramos, los embates de la civilizacion con la ignorancia primitiva. Al lado de carretones de riego, tan bien ideados como los de París y Lóndres, hay para los puntos estrechos, donde no caben las ruedas ni las mulas, unos hombres medio desnudos con un pellejo muy grande bajo el brazo, derramando á borbotones la odre sobre el suelo. Cuando se encuentran, y es frecuente, el regador mecánico y el de la Biblia, es cuando el viajero comprende la batalla que está presenciando entre dos mundos.

De trecho en trecho, por las calles del Cairo, se encuentran las fuentes públicas, tan necesarias para el riego interior del hombre, como las odres y las máquinas para el riego de las calles. Representan estas fuentes unos conos más ó ménos adornados, con mayor ó menor gusto contruidos, al rededor de los cuales hay porcion de caños de hierro que no arrojan nada. Y es que las tales fuentes son verdaderos estanques donde se depositan las aguas turbias del Nilo; y allí aclaradas, es necesario extraerlas por medio de sifones, absorbiendo, ó mejor dicho, chupando los caños con la boca. Los hombres alcanzan naturalmente al caño; pero los niños tienen por un lado su poyete de mampostería para alcanzar, y sólo despues que han chupado, se descubre el objeto efectivo del monumento.—Le hemos llamado monumento, y lo son ciertamente, pues cada uno de estos depósitos de agua es además una escuela pública. Al construir el Estado las fuentes para alivio de los transeuntes, aprovecha la parte superior del estanque para escuela de niños, como punto más fresco en que pueden permanecer largas horas; y así, aquellos conos que el viajero suele mirar indiferente, á la vez que manantiales de agua, son manantiales de civilizacion y de cultura.

Porque la instruccion pública recibe en Egipto

poderosos impulsos, como ya observaremos más adelante, gracias á la sagaz iniciativa del viejo Mehemet-Ali, dignamente secundada por el espíritu reformador de su jóven nieto Ismail-Pachá.

Lástima que este ilustrado khedive piense todavía tanto en la construccion de palacios, siguiendo la antigua práctica de los califas orientales. Por donde quiera que se anda se encuentra uno, tan magnífico ó más que los otros, cuya creacion pertenece al abuelo ó al nieto. Es tal la influencia del personalismo en el gobierno de Oriente, que los bajás apenas conciben otro género de obras públicas que la construccion de palacios para sí. Podrian compararse en este punto á esas damas que se consideran reinas de su persona, cuyos aniversarios, festividades y acontecimientos de toda especie, se celebran con un traje nuevo.

Por lo demás, estos palacios son ya italianismos de arquitectura, adornados á la francesa, que ni aún sirven de tipos ó modelos para el bello arte arábigo de otras épocas. El arte verdadero del Cairo subsiste hoy únicamente en las mezquitas.

VI

En una sura ó versículo del Coran se leen estas sentenciosas palabras:—« Todo el que edifique una casa de oracion , construye una casa para sí en el Paraíso. »

No hay que esforzarse , pues , mucho para hacer creer que en el Cairo hay más de cuatrocientas mezquitas. A cada cincuenta pasos se tropieza con una , entre ruinosas y útiles , cuya data se extiende desde el siglo VII hasta nuestros días. Todas ostentan una ó varias cúpulas , y una ó varias agujas ó minaretes , que son las que dan al Cairo ese aspecto indefinido de belleza que se llama aspecto de filigrana. Cairo y mezquita son sinónimos para el arte.

Como el europeo puede entrar en todas ellas , merced únicamente á una limosna para el devoto que conserva las que no están en uso , y con descalzarse ó ponerse pantuflas sobre las botas para

penetrar en las que tienen servicio religioso, la verdadera visita de la ciudad es la visita de estos templos.

Las mezquitas no tienen de comun entre sí más que la situación y forma de su kibra. La kibra es un nicho como los destinados á estátuas, que mira siempre á la Meca, para que el devoto se halle en perpétua comunicacion moral con Mahoma. Satisfecho este precepto litúrgico del Corán, la mezquita puede ser, y es en efecto, del órden, de la forma y de la materia que más conveniente le ha parecido al constructor.

Antes de entrar en la mezquita, ó como si dijéramos, en la nave de la iglesia, existe un patio en cuyo centro se alza una fuente con pilas bajas alrededor, donde el devoto verifica sus abluciones. El mahometano entra en su templo como al cristiano se le recomienda que éntre en el suyo: limpio de alma y de cuerpo. En estas fuentes los árabes se bañan cinco miembros, como disposicion al rezo sagrado: los dos piés, las dos manos y la cabeza.

Acto seguido penetran en la mezquita, y enfilándose á la kibra desde cualquier punto, comienzan á orar con los brazos levantados y en pié, ó de rodillas y con los brazos cruzados, ó tendidos en el suelo tocando en él hasta con la frente, se-

gun la profundidad de la devocion ó la intensidad de la plegaria. A ciertas horas del dia se celebra rezo litúrgico, al cual llama el muezin, ó sacristan, desde el minarete, sirviéndose de su voz propia en lugar de campana. En esas horas los fieles cantan al llano versículos del Corán, sentados ó arrodillados sobre tapices. El servicio arábigo es, pues, sério como la raza, y nada tiene de comun con la jeringonza y desentono de los judíos.

Las paredes de la mezquita están pintadas con inscripciones religiosas, para que donde quiera que se posen los ojos haya algo moral y divino que aprender. Las cúpulas rara vez pertenecen al templo, pues son remate de la tumba del constructor, más rebajado y modesto en la apariencia que el minarete ó aguja que se dirige al cielo. El mismo minarete, lugar de convocacion para los devotos y torre de la palabra del muezin, no forma parte integrante del templo: en el templo no hay más que kibra.

Imposible seria dar una idea, ni aún aproximada, de las innumerables bellezas que constituyen ó encierran las mezquitas. Desde la más modesta y de breves proporciones, cuya fachada aparece revestida de rayas horizontales encarnadas y blancas, hasta la verdadera catedral que construyó Mehemet-Alí para reposo de su cuerpo

y ofrenda de su alma, todos los estilos airosos, todas las caprichosas combinaciones de la ornamentacion y de la gracia arquitectónicas, tienen un libro abierto en las calles del Cairo. — Un profesor competentísimo en estas materias, el académico de la Historia Sr. Riaño, dirige por estos mismos dias al Gobierno una memoria sobre las artes del Cairo, y á ella referimos al lector que desee comprender estudio tan interesante. Nosotros somos viajeros de por fuera: admiramos, no más, lo que es tan digno de admiracion.

Sí: ha habido una época tan ostentosa y tan rica en la dominacion musulmana de Egipto, que los califas, no contentos con honrar á Dios con el arte y á los hombres con la abundancia, quisieron hacer partícipes de la felicidad hasta á los pájaros. En la biografía de un bajá de los siglos medios se cuenta que sobre la torre de una de las más bellas mezquitas que construia, mandó poner un barco de bronce dorado, con el fin de que estuviese siempre lleno de trigo. — « Quiero (decia) que sean dichosos en mi reino hasta los pájaros del cielo. » — ¿Cuál no habrá sido nuestra sorpresa al ver que sobre la aguja de un minarete del siglo x parecia como que se balanceaba un barco de bronce, cuya significacion nadie conocia en el Cairo! Aquella nave misteriosa es la corroboracion de la leyenda

227 ————— del

del califa, émulo sin duda de Alhamar *el magnífico*, que construyó la Alhambra.

Mehemet-Alí, hemos dicho ántes, erigió en la ciudadela una verdadera catedral musulmana. Obra, segun dicen, de un arquitecto italiano, pero dirigida y aconsejada por el hombre que tanto se parecia al otro que construyó la Magdalena de París, su estilo no es ni romano, ni griego, ni árabe; pero de los tres tiene la grandeza de la forma, la correccion de la línea y la variedad de la gracia. Grabada está esta mezquita por todas partes, y todos pueden admirarla y comprenderla.

A ella se sube por el camino tortuoso y estrecho, pero galano y sonriente, por donde hace poco vimos á los mamelucos subir engañados hácia el suplicio; y al llegar al muro de la ciudadela los ojos abarcan con asombro el conjunto del Cairo, con sus centenares de minaretes y de cúpulas, sus palmeras y sicomoros por todas partes, sus casitas de barro y sus molinos de viento, que simulan una Mancha sin fin; el rio á la izquierda con su ancha franja de talco tornasolado, al extremo opuesto las tres grandes pirámides, y á su izquierda más léjos las muchas otras de Sakkara; el cielo más azul de cuantos cielos se contemplan, la llanura más extensa de todas las llanuras, y el

recuerdo histórico más nutrido y elocuente de cuantos recuerdos pueden evocarse.

En la mezquita de la ciudadela es donde está enterrado Mehemet-Ali. Un cenotafio de seis á ocho metros de altura, cubierto con un enorme paño bordado de oro, guarda sus restos, sin que les acompañen esculturas ni adornos; y sólo en el paño se hallan grabados el nombre y títulos del difunto, entre orlas de letras que contienen diversas suras del Corán. Esta forma de enterramiento es comun entre los modernos mahometanos, pues muchos otros de estirpe elevada sólo tienen su tumba cubierta con una estera, y el gorro con la borla en el sitio donde la cabeza se halla reposando. La muerte, para ellos, es un sueño modesto que debe dormirse á la sombra de la iglesia.

Lo que ni en las mezquitas, ni en los palacios, ni en las casas, ni en las calles se encuentra, es pisada ni rastro de mujer. Todo lo que se hace en Oriente es para el hombre, todo lo que vive es masculino, todo lo que anda y todo lo que reposa es varon: ¿hay en esto nada que pueda parecerse á Occidente? ¿Es así posible la existencia de un pueblo? ¿Cabe progreso social, allí donde se elimina de la elaboracion de las ideas y de los hechos á la mitad ó más del linaje humano?

Estas preguntas constituyen una de las mayores preocupaciones del viajero, apenas se desvía de su imaginación la sorpresa que causan las novedades y panoramas que contempla. Procuremos nosotros contestárnoslas.

VII

La mujer no es la mitad del género humano, como ha dado en decirse: la mujer es la engendradora del género humano. Sin el hombre habría brutos: sin la mujer no habría hombres. El hijo mismo, lo es de su madre; de quien puede no serlo es de su padre. ¿A qué, pues, haberse concedido el hombre tales preeminencias sobre la mujer, como si en efecto fuese su mitad, y por añadidura su mitad inferior?

La mujer es la base de la familia, ó por mejor decir, la familia toda entera. Suprimid la mujer y no hay padres, no hay hijos, no hay esposos. Los padres no lo son de aquella que entregaron para no volverla á ver más en la vida; los hijos no lo son de aquella que los brota por casualidad y de quien se separan para siempre; los esposos no pueden serlo de la mujer á quien apenas co-

nocen y de la que de seguro no se acuerdan: en Egipto no hay, pues, padres, ni hijos, ni esposos; en Egipto no hay familia.— Todo esto depende de que en Egipto no hay mujer.

Las sociedades no han sido sociedades hasta que la mujer ingresó en ellas. Fueron hatos de pastores, muchedumbre de guerreros, manadas de esclavos, partidas de bandidos, todo, menos sociedades.— Sociedad es la agrupacion de casas, y casas no existen donde no hay una guardadora perenne que las constituya. Los trogloditas, horadando la montaña para hacer la cueva personal, eran tan *garzones* en la historia bárbara, como lo son los jóvenes emancipados de París en los hoteles *garnis* de la Francia civilizada.

La mujer por su forma, por su constitucion y por su destino, es eminentemente sedentaria. Lo sedentario requiere techo y hogar; el hogar atrae al hombre por los impulsos del amor; el amor se extiende y reproduce bajo el hogar, desde la mujer al niño: mujer, hombre y niño forman, por lo tanto, bajo el humo de la chimenea en que se condimentan los manjares, la casa del pastor, la casa del guerrero, la casa del esclavo, la casa del bandido; hogares y sociedades.

No es que el hombre necesite ser bueno para tener casa; es que el hombre necesita tener casa

para ser hombre. La vida nómada de la historia primitiva, no pudo constituir nunca sociedades. La ambulancia es lo contrario de la fecundidad, y la infecundidad es lo contrario del mundo.

Ahora bien: hay una cosa parecida á la ambulancia, aunque simulen lo contrario casas, techos y hogares; y esa cosa es la proscripcion y encierro de la mujer. Cuando la mujer está encerrada, el hombre vuelve á ser pastor, guerrero, esclavo ó bandido, á pesar de que tenga techo y hogar. Es entónces el troglodita de un palacio, el nómada de un pueblo; pero siempre es el hombre primitivo, el bárbaro de los tiempos incultos.—Esto es lo que sucede en Egipto y en todo Oriente.

Mahoma es uno de los mayores talentos de la humanidad. Estudió la influencia de los rayos del sol sobre los hombres, y combinó una religion, que es, al propio tiempo, una política y una filosofía incontrastables.—Unidad de fé y unidad de culto; hé aquí la religion: renuncia de toda felicidad en la tierra y fácil obtencion de toda fortuna en el paraíso; hé aquí la política: poligamia, en fin; hé aquí la filosofía. Un solo culto y una sola fé, unirá á los hombres; una tierra pérfida y un paraíso fácil, se amoldará cómodamente á la vida muelle del semita; la poligamia aislará al Oriente del Occidente: todos los mahometanos,

pues, serán hermanos en Mahoma y enemigos perpétuos de Jesucristo.

La religion de Mahoma, considerada sin la malicia humana de su fundamento, es la más perfecta de todas las falsas religiones: un Dios y una fé, una moral honrada y un fin divino. Pero el Corán que se calca en la propia Biblia y la moral que se toma casi entera del cristianismo, aislan, sin embargo, la mujer del hombre, reducen á sólo el varon la totalidad de la existencia; y hacen un círculo de hierro alrededor de la parte sensitiva y dulce de la especie, por donde si bien no penetra la corrupcion, tampoco puede salir la cultura.

Sin la mujer no hay sociedad, ni progreso, ni civilizacion posibles. Ella, á más de ser el fundamento único de la familia, es el moderador de los defectos del hombre: hombre y mujer constituyen el perfecto equilibrio de la balanza humana; si se suprime uno de ellos, la balanza pierde su fiel. Así sucede en Egipto.

Arrinconada, humillada, desperdiciada la mujer oriental, el hombre no es más que medio-hombre, el pueblo no es más que medio-pueblo, la civilizacion no será nunca más que medio-barbarie.

En lo que va de siglo, todas las barreras del

Corán han sido asaltadas. A la intransigencia religiosa, ha sucedido la tolerancia con los europeos; á la oracion y molicie perpétuas, han sucedido una actividad y laboriosidad relativas; el traje de Occidente ha sido adoptado, y al turbante sucede el tarbuch; el cerdo y el vino se deslizan por las rajadas de la casa del mahometano; la ciencia y el arte penetran sin oposicion al través de la puerta de la escuela; todos los signos del vencimiento se perciben en el comercio de las costumbres y en el trato de las gentes; pero en llegando á la puerta del harem, el turco abre sus brazos y grita al europeo: — «¡No pasarás!» — Mahoma supo lo que se hizo.

Es entre los turcos vituperable hasta la conversacion sobre las mujeres: jamás alternan á ella; y si el extranjero comete la imprudencia de sacarla, el árabe, ruborizado, se desvía del asunto ó cierra aquel paréntesis con una proposicion rotunda y decisiva. — El dragoman que nos acompaña, hermoso nubio de veinticuatro años, de facciones finísimas y tan delicadas como el blanco más perfecto, aunque su color sea de ébano puro, ha estado en París y en Lóndres, habla inglés, francés é italiano, conoce las costumbres europeas y se complace en proclamar su excelencia; como que él vive casado con una sola mujer y

sus tres hijos, casi á la manera cristiana: sin embargo, cuando alguno de nosotros, que le pagamos ocho pesetas diarias por su servicio, ha hecho la menor indicacion sobre la vida íntima, Abdulmejié ha contestado sencillamente:—« Mi mujer es blanca, bella y buena; pero sólo la han visto dos hombres: su padre y yo..... Tampoco la verá nadie nunca.»—De este modo se adelantaba á la posible impertinencia de sus amos.

El turco hace teatros donde permite que canten y que bailen mujeres europeas; pero en los teatros hace palcos con celosías y persianas para que sus mujeres, cuando vayan, no puedan ser vistas. El turco hace ó se deja hacer caminos de hierro á la europea; pero en los caminos de hierro hace coches con persianas y celosías para que nadie vea á sus mujeres cuando viajan. El turco muestra debilidad por todo lo que le importan; pero esa debilidad se convierte en redobles de fortaleza para defender los muros del harem.—Mahoma supo lo que se hizo.

Pues bueno: si el harem subsiste en Oriente á pesar de las ingerencias de Occidente; si el Corán es deleznable en todo menos en la poligamia; si la mujer continúa suprimida y anulada, la civilizacion no tiene más que un camino para penetrar allí, y ese camino corta el Corán de medio

á medio, pasa por la Meca y destruye el sepulcro de Mahoma.—La cuestion política de Oriente, en que la Rusia quiere llevar sola el estandarte, es la única cuestion europea que en el siglo presente puede denominarse civilizadora. Las grandes potencias deben ponerse de acuerdo, y se pondrán pronto, sin duda, para desgarrar el Imperio otomano: esta desmembracion, de que muchas naciones pueden tomar parte, no desnivelará entónces el equilibrio europeo; y si tal sucediera, aún serian mayores las ventajas que los trastornos. Hay que asestar los tiros al Corán, hay que abrir plaza al cristianismo en Oriente.

El cristianismo es sólo el que puede emancipar á la mujer arábica; la mujer es la sola que puede constituir la familia oriental; sin la mujer no hay más que medio mundo, sin la mujer no habrá nunca en Egipto más que media civilizacion.

VIII

¡Cristianismo hemos dicho! Pues ¿dónde sino aquí tuvo su cuna esa ley sencilla y armoniosa, que proclama la fraternidad de las gentes en la tierra, y ofrece el premio de la justicia en el cielo? —No se anda un paso por Egipto sin encontrar las huellas de la religion cristiana en sus albores, tal y como nos la pinta el Nuevo Testamento.

En el mismo Cairo, al extremo del barrio copto, que es la parte más antigua de la ciudad, existe un templo cristiano á que dan culto cismáticos griegos, donde se guarda la piadosa tradicion de haberse escondido la Virgen en su huida á Egipto. La iglesia es de lo más extraño que puede verse, pues los gustos arquitectónicos griego y árabe puros, forman un concierto de la mayor originalidad, como polos diferentes que son de dos estilos antitéticos. Toda ella está llena de divisiones de rejas de madera, y en la parte del

presbiterio aparecen relieves y embutidos de marfil, que han de merecer por su bella forma y la amalgama habilísima que contienen, sérios estudios de artistas y arqueólogos.

Bajo esta iglesia hay un recinto, especie de cripta húmeda y oscura, en que se cree que se escondió la Sacra Familia, cuando atravesó el Cairo, buscando el camino de Palestina, para huir de Herodes. Los viejos cristianos de Egipto enseñan el templo y la cripta como refugio de una tradicion que ha de brotar algun dia, con nueva fuerza, cuando llegue la hora de la cristianizacion de Oriente.

Al salir de este sagrado lugar, el viajero no puede ménos de emprender el camino que conduce á las ruinas de Heliópolis, para seguir las huellas de los atribulados peregrinos. Heliópolis era una gran ciudad del Bajo Egipto, donde existia un suntuoso templo consagrado al sol, á quien se adoraba en forma de buey. El fuego idólatra de los habitantes de la ciudad, y tal vez la influencia de Herodes sobre su gobierno (pues, á creer á Plinio, Herodes habia sido amante de Cleopatra), no permitian á los santos viajeros hospedarse dentro de sus muros; y así es, que á cierta distancia del perímetro de las ruinas, es donde se encuentra el árbol de la Virgen.

Este árbol es un sicomoro, cuyo tronco excede de un metro de diámetro, y cuyas ramas, no tan corpulentas como el tronco indica, se esparcen, sin embargo, en gran extension, produciendo un bellissimo aspecto. Está rodeado el sicomoro de un jardincito de naranjos enanos, y de jazmines de maravilloso tamaño y aroma, que hacen de la estancia un encantador oasis en medio del Desierto. Una fuentecilla, alimentada por una noria, produce en abundancia agua dulce, lo cual hasta ahora ha sido muy extraño en los arenales de Egipto.

La tradicion piadosa refiere que San José y la Virgen con el Divino Niño, costeano la ciudad de Heliópolis, sintieron cansancio y reposaron á la sombra del sicomoro, haciéndole florecer para toda la eternidad, y endulzando el agua salada de la fuente del Sol que allí existia.—El agua es dulce, en efecto, y el sicomoro abunda en flores de tal manera, que los curiosos y peregrinos se las llevan en cantidad considerable. Los árabes respetan la tradicion y el sitio, porque respetan al profeta Jesucristo y su Santa Madre, como á otros profetas cristianos. Los únicos que veneran poco el árbol son los europeos, que escriben su miserable nombre en la corteza.

De vuelta de Hiliópolis, el viajero del Cairo

siente deseo de verificar una excursion á las *Fuentes de Moisés*.

Hállanse éstas á cuatro leguas próximamente de la capital, y dentro ya de las costas de Asia. El viaje puede hacerse por tierra en camellos, ó por mar en los botes pescadores del Rojo.—Nada de notable tienen las fuentes de Moisés, como no sea el extenso y magnífico oasis que las circunda. En Egipto se dan todo género de árboles, tanto los tropicales como los de las zonas templadas, así como todo género de frutas, plantas y flores. Crecen en esta tierra, por lo comun, palmeras, sicomoros, acacias, cedros y olivos. Las cañas de azúcar alcanzan una considerable altura, lo propio que las higueras chumbas, cuya riqueza de vegetacion las iguala á los árboles. Hay tambien hermosos granados y naranjos enanos de la China, que suelen bordear los magníficos plantíos de algodón, á manera de bosques verdes que se enlazaran con cordones de oro.

Como las fuentes de Moisés, decíamos, están rodeadas en una gran extension por el más bello oasis que hay quizá en todo el Desierto; y como la frescura y humedad que el perpétuo manantial derrama, producen en su lucha con el sol la potente vegetacion de las Indias, el viajero se siente trasportado á un nuevo paraíso, desde que toca la

tierra donde Dios permitió el milagro de que pudiese ser aplacada la sed de los israelitas.— Y no dejan de tener por milagro los árabes el hervor cristalino de aquella extraña fuente; pues, contra lo natural de sus manantiales comunes, la fuente de Moisés derrama sus aguas por la cúspide de una eminencia. Los árabes hacen constar esta circunstancia con religioso recogimiento, y cuidan el jardín de una manera tan respetuosa como hábil.

Algunos humildes caseríos y chozas de infelices, que hacen en aquel lugar pequeño comercio con los viajeros, es lo que se encuentra en el camino de las fuentes, aún cuando dentro ya del oasis se perciban furtivas sombras de árabes de ambos sexos, entre las que suelen vislumbrarse mujeres de peregrina hermosura y ostentosos atavíos: esto consiste en que el oasis de Moisés es un punto recomendado como de gran salud para las enfermedades de pecho; y á veces de países muy lejanos acuden allí personajes de Oriente, que aspiran á curar de la terrible dolencia á sus esposas ó á sus hijas.

Sí: el cristianismo duerme en Egipto desde que tan extensamente fué sembrado en los campos de la Tebaida, al modo que duerme la hostia del sacerdote católico en los granos de trigo que las

momias faraónicas conservan en sus sepulcros. Ese trigo de cuatro ó seis mil años se siembra hoy, y produce pan fresquísimo y abundante, como si saliese de la troje de un labrador de ayer: de la propia manera consérvase latente entre coptos y árabes la semilla cristiana, imperfecta de color y de aroma, como el grano de trigo, pero reproductiva y pura, como el grano también.— Los misioneros cristianos que han ido en estos últimos tiempos á las posesiones españolas del golfo de Guinea, han encontrado con asombro unas tribus de indios que se santiguaban y rezaban oraciones cristianas, en buen español, sin que recordasen otra cosa de nuestra lengua ni de nuestras costumbres. Eran reproducción latente de un puñado de semilla arrojada allí, hace trescientos ó más años, por otros misioneros. Estas tribus son las primeras que han hecho alianza y paz con los españoles.

El cristianismo con sus dogmas de igualdad, con sus preceptos de caridad, con sus leyes de dignidad humana, que son, aparte de las divinas revelaciones, las armas que le han dado su preponderancia entre todos los pueblos esclavizados y envilecidos de la tierra, es el que puede salvar á Egipto y al Oriente.

Allí está la semilla en criaturas y en lugares:

repartámosla, pues, por el ancho desierto, hoy infecundo, y los siglos venideros deberán al presente un canal de agua dulce para los campos, y un nuevo Jordan de vida para los espíritus.

JORNADA QUINTA

en que el autor presencia los preparativos de la apertura del canal; asiste al *Te-Deum* que se canta en accion de gracias por el término de las obras; ayuda á dar una serenata arábigo-española á la emperatriz de los franceses; murmura de los arábes y de los europeos; es convidado á un baile egipcio; come con un ministro del Khedive; contempla una revista de tropas; discurre sobre el trazo del canal marítimo, y fondea felizmente en Suez.

LA INAUGURACION

I

Callen todas las ideas y demos tregua á todos los asuntos pendientes, ante el asunto y la idea de la apertura pública y solemne que va á verificarse hoy. Nos hallamos á la embocadura del canal de Suez, en la mar, el 17 de Noviembre de 1869.— Es el gran dia.

El domingo 14 salimos de Cairo á las ocho de la mañana en el tren expreso de Alejandría, á donde llegamos á la una. Los comisarios del virey nos esperaban en la estacion de esta última ciudad, y nos manifestaron que si queríamos embarcarnos en el acto, habia en el puerto un vapor de guerra para recibirnos. Dicho y hecho: sin dirigir apenas una mirada de cariño á la columna de Pompeyo y á las Agujas de Cleopatra, nos embarcamos á las tres de la tarde á bordo del *Fai-*

yum, y dimos la máquina á las cuatro en punto con buena mar y rumbo á Puerto-Said. El lunes á las once echamos el áncora en medio de la bahía nueva, de esa bahía imaginada por Mr. Pascal y contruida en pocos meses por los Sres. Dussaud, hermanos, de París, desde donde pudimos contemplar un espectáculo indescriptible.

El puerto estaba cuajado de buques; pero no como lo están los de Marsella y Liverpool, de buques de comercio, sucios y haraposos, tripulados por gente descuidada en sus formas y en sus trajes, sino de los más hermosos barcos de guerra que hay en el mundo, pintados como muebles de lujo, empavesados con todo linaje de gallardetes y banderas, tripulados por marinos de gala que rivalizaban en compostura y noble presencia, poblados de emperadores y reyes, henchidos de distincion, opulencia y fausto. Esos eran los buques que cuajaban el puerto de Said, como poblacion de nacimiento recién formada para asombro de niños en Pascua de Navidad. Era aquella una bahía de domingo por la mañana, una bahía vestida de novia.

Cada barco nuevo que verificaba su entrada, como dentro traia un emperador, un rey ó un príncipe, era saludado con cambio de banderas en los topes, salvas de cañon por los buques de guerra,

gritos en las vergas por toda la marinería agitando los sombreros, humo de placer, estruendo de cortesía, combate de paz armada.—Y ¡qué horrible, pensamos, debe ser un combate naval, cuando tan sublime, tan conmovedor, tan imponente es un simulacro de regocijo en el agua!

También estaba aquí nuestra España, representada por la hermosa fragata *Berenguela*, con su gallardo corte y sus quinientos tripulantes, tan marciales y distinguidos como los mejores del mundo. A ella fuimos en seguida los españoles, como era de deber y estaba en el deseo de todos. El comandante y la oficialidad del buque nos recibieron del modo que acostumbran siempre marineros de nuestra patria; nos ofrecieron alojamiento á bordo, nos obsequiaron con toda suerte de agasajos, y pusieron á nuestro servicio una magnífica falúa de gala, para pasear por entre las naves del puerto. No comimos el lunes con ellos, porque en el vapor egipcio nos daba un banquete el comisario del virey, y no era posible desairarlo; pero ofrecimos comer el martes, como efectivamente se verificó.

Ya en nuestra falúa, que era como decir en tierra de España, fuimos mariposeando de barco en barco, á la manera de viajeros superficiales que se contentan con mirar mucho á los edificios

en cuyo interior suponen que pasa algo; y como la mayor parte de nuestros amigos no habian estado aún en Puerto-Said, nos dirigimos al muelle y saltamos á la ciudad.

Nosotros ya hemos dicho lo que es esta poblacion improvisada, emblema de lo que puede el hombre cuando cuenta con gente y con recursos; ciudad que ha recibido su implantacion en el Desierto, cual la reciben sobre la mesa del comedor las ciudades de muñecas de las muchachas. Toda está poblada de hoteles franceses, de cervecerías italianas, de *chalets* traídos de Europa hechos y pintados, de cafés cantantes, donde se dan representaciones cómico-líricas, de fuentes públicas que arrojan el agua remitida de Ismailia, de templos católicos, griegos y mahometanos.

Entramos ayer en uno de los primeros, que es modesto todavía, aunque muy limpio y de noble apariencia, en ocasion de que un fraile franciscano celebraba la misa. No es posible figurarse el efecto que causan los árabes católicos en el templo del Señor. Hombres y mujeres están arrodillados ó sentados á veces en el suelo, con cuidadosa compostura: ellas se quitan el velo de la cara durante el sacrificio, aunque no la vuelven para evitar en lo posible ser vistas; y ellos permanecen con el gorro colorado puesto, aunque algunos se descu-

bren ya cuando alzan, en testimonio de un respeto que traspasa los límites del mahometano. Sabido es que en los pueblos orientales no hay signo de consideracion más grande que la mayor cobertura de la cabeza.—El que ayudaba la misa era un negrillo vestido de moro, y pronunciaba el latin perfectamente.

Pero volvamos á nuestra relacion de la primera noche.—Volvimos á instalarnos para disfrutarla en la falúa de la fragata *Berenguela*. La noche era de Junio por lo templada, y la luna era de Enero por lo limpia y hermosa. Todos los buques estaban iluminados á la veneciana, lo mismo que la poblacion, que parecia un gran barco, cuya enorme potencia le impedia balancearse. Sobresalia entre ellos el del virey por la elegancia y buen gusto de su iluminacion: casi todos tenian sus músicas sobre cubierta, y daban una serenata *omni-linguæ* al mar Mediterráneo en sus próximas nupcias con el mar Rojo.

En el buque del virey, que se llama *Mafrusa*, lo cual quiere decir el guapo, el atildado, no habia música sobre cubierta; pero en cambio se percibian en su interior los sonidos de una orquesta finísima, pues en aquellos momentos se verificaba un baile dedicado á los príncipes y soberanos presentes. El lujo de aquel palacio flotante se adivi-

naba por las rendijas de las tablas y por el aroma oriental que circundaba su ámbito: enormes banderas de seda encarnada con la luna y las estrellas, que son las armas de Egipto, azotaban blandamente el blanquísimo y dorado casco de esta nave de hadas.

El sueño nos rindió entre tanta molicie como el cielo y la tierra ofrecían en aquellos momentos, y casi no podemos decir cómo nos encontramos á poco rato tendidos en el camarote del *Faiyum*.

II

El martes á las ocho, nos envi6 de nuevo su falúa el comandante de la *Berenguela*, para si queríamos presenciar desde su barco la entrada solemne de la emperatriz de Francia. Un momento despues de nuestra llegada al buque se avist6 el yacht *l'Aigle*, que arribaba majestuoso y ligero á la embocadura del canal. De la cubierta de todos los barcos parti6 simultáneamente, por centenares de músicas repetido, el famoso himno de la reina Hortensia, *partant pour la Syrie*, que sin duda no se ha cantado nunca con más propiedad ni entusiasmo más legitimo. La obra de la madre de Napoleon III parecia pensada y escrita para este instante solemne; sí: la mujer del hijo venia rodeada de todos los prestigios de Francia, para decir en Egipto á los occidentales: —«*Allons*, partamos para Siria.»

La *Berenguela* parecia que se descuadernaba

con el estruendo de sus cañonazos; los quinientos hombres de su tripulacion ensordecian en los intervalos el aire con sus quince gritos de «viva España;» todos los otros buques cañoneaban tambien y gritaban asimismo con sus millares de salvas y sus millares de vivas; el *Águila* á su vez contestaba á la recepcion con sus saludos, sus gallardetes y sus aclamaciones: aquello era un abrazo en el mar dado por toda Europa á la dama que simbolizaba la civilizacion de Europa; era un concierto inarmónico y terrible que conservaba, sin embargo, el espíritu de la armonía.

Prestos nosotros en nuestra falúa, nos arrojamus al mar: queríamos ver desde muy cerca la recepcion de la Emperatriz por el Khedive.

En efecto: apenas el yacht francés echó el áncora en el centro de los buques reales, entre el del emperador de Austria y el del virey de Egipto, Ismail-Pachá, con el gran cordon de la Legion de Honor al pecho, y deslizándose con su hijo mayor sobre las aguas tranquilas de la ensenada en una góndola que parecia de oro y piedras preciosas, atracó al pié del *Águila*. La emperatriz salió á la escalera y tendió su mano al virey en el momento que éste iba á pisar las tablas del buque, lo mismo que á su hijo, únicas personas que se introducian en la morada imperial. Euge-

254 ————— nia

nia de Montijo vestía un traje color de lila muy elegante, y gran tocado de cabellos: estaba tan sencilla como hermosa.

El virey entró con ella en la cámara un solo instante, al cabo del cual volvió á salir con su hijo y se retiró al *Mafrusa*. La música del *Águila* entonaba el himno nacional egipcio, que por cierto tiene mucha cadencia española. Los cañonazos ensordecían la rada.

Algunas horas despues la emperatriz Eugenia recibia al emperador Francisco José de Austria, á los príncipes de Prusia y de los Países-Bajos, á otros príncipes orientales y occidentales, á los embajadores europeos de Constantinopla, á los cónsules de Egipto, á los jefes de las escuadras inglesa y austriaca, y á los comandantes de los buques rusos, suecos, noruegos, daneses, italianos y españoles.—Ni nosotros ni el capitan Jonas pudimos ser invitados á esta fiesta.

Mientras tanto, el abate Baüer, que habia ido á la *Berengueta* á pagar la visita que su capitan le hizo anteriormente; ese célebre y ejemplar predicador de París enlazado tan íntimamente con un conocidísimo banquero de Madrid, y que tal vez por esto mira á los españoles como cosa propia; el abate Baüer nos decia que los preparativos para las fiestas eran suntuosos, que la cere-

monia religiosa nos iba á admirar, que la recepcion de Ismailia no habia tenido precedente en la historia de los concursos europeos; pues sólo á las puertas de la capital del Istmo se habian habilitado mil tiendas de campaña, mil palacios, mejor dicho, en medio del Desierto, para alojar á la comitiva que pernoctaria allí, y á donde á los convidados les aguardaban todos los refinamientos del lujo y de la comodidad más exquisitos.

En este dulce entretenimiento de ilusiones, vinieron á llamarnos á todos de parte del virey para saltar á tierra. Se iba á celebrar el *Te-Deum* para pedir á Dios por el feliz éxito de la empresa. Nos vestimos inmediatamente de uniforme ó de etiqueta, y corrimos á la playa de Puerto-Said.

Sí; el templo para entonar el *Te-Deum* era la playa de la nueva ciudad. No hay en ella templo capaz para una ceremonia semejante; pero aunque lo hubiera, habria sido imposible valerse de él: era un mismo Dios el que iba á alabarse y uno mismo á quien iba á pedirse; pero la ceremonia religiosa tenia que ser naturalmente cristiana y mahometana. No lo olvidemos: se iba á casar el Mediterráneo con el mar Rojo.

Desde el muelle hasta una gran explanada junto á la poblacion, se habia hecho un camino de tablas sobre la arena, con el fin de facilitar el paso

de los asistentes por aquel polvo vidrioso y sutil que los vientos arrojan y se llevan de continuo, mientras la planta y la industria del hombre no los fije perpétuamente con la vegetacion. A ambos costados de este camino sin igual, corrian cordones de las mejores tropas egipcias. Al fin de él se habia construido una magnífica tribuna de tres compartimientos para los reyes y convidados. Al frente de la tribuna se alzaban dos templetes: uno con un altar, y sobre el altar un crucifijo y seis velas; el otro templete era para el rito turco. Entre los templetes y la tribuna, el pueblo.

A las tres en punto de la tarde los cañonazos anunciaron el comienzo de la gran ceremonia. Mr. Fernando de Lesseps, de pié en medio de la escalera de la tribuna, recibia y saludaba á los convidados. Un personaje egipcio gritó á pocos momentos en francés y en árabe: — «¡La emperatriz!»—y todos formaron calle para recibirla.

Venia la condesa de Teba dando su brazo al emperador de Austria, seguida del virey y de los príncipes, y dirigiendo su palabra cercana á un moro de barba negra, con traje blanco de lana damasquina, la capucha calada, puesto sobre el pecho el gran cordon de la Legion de Honor, literalmente cubierto su costado de placas de brillantes, como ninguno de los presentes podia ostentar.

257 ————— Aquel

Aquel moro era Abd-el-Kader, el famoso emir, enemigo un tiempo de la Francia, amigo condescendiente y cariñoso hoy de la familia imperial, á quien debe la libertad por el solo precio de su palabra de honor.

Llegada la comitiva á la tribuna, la emperatriz se sentó delante y en medio; á su derecha Ismail-Pachá, á su izquierda Francisco José; y los príncipes, por órden de jerarquías, á ambos costados. El resto del convite, detrás y en pié. Todos estaban de gran uniforme, todos lucian sus mayores riquezas, todos se hallaban cuajados de oro y pedrería. Nada exageramos en decir, valiéndonos de una expresion algo pedestre, que en aquella tribuna pesaban más los diamantes que la carne.

Un silencio solemne, sólo interrumpido por murmullos de curiosidad ó asombro, prestaba á aquella multitud, tan varia como pintoresca, el carácter propio del acto sagrado que se iba á representar, y de las insignes personas que lo presidian.

La emperatriz Eugenia estaba vestida esta vez tambien de color de lila, de ese color indefinible que en París principia á usarse con el nombre de color de Nilo; las guarniciones y los ribetes eran de encaje blanco, estrecho, pero numeroso hasta parecer que una nube de plumas de pelicano

inundaba su falda: en la cabeza lucia un sombrero de castor negro mate, adornado con pluma negra tambien, y un velo asimismo negro, colgado por detrás y en pabellon por la cara. Estaba preciosa y parecia de veinte años: no es ilusion nuestra: en el viaje de Oriente, la emperatriz ha recobrado su juventud más galana; todos lo dicen, porque lo ven.

III

Así las cosas, bueno es recordar lo que es la naturaleza de Egipto. El invierno de este país es el bello ideal de los inviernos: todo lo que se cuenta de Chile parece pálido en comparacion de la realidad del Desierto. Él tiene plagas; pero en el invierno desaparecen casi completamente. Ahora, por lo pronto, disfrutamos de la temperatura y esplendor atmosféricos de la más tranquila primavera de España. El aire es diáfano, la luna platea con ese descaro de las noches sonoras; el sol muestra su disco entre floretes toledanos, cuyas puntas parecen dirigirse á taladrar nuestro pecho: nunca como ahora podria decirsele con Quevedo:— « ¡Bermejazo! ¡platero de las cumbres!... » etc.; las aguas del mar son verde-esmeralda; las espumas de la costa blanco-nieve; el suelo de los campos rojo-púrpura.

Nosotros al vernos ante tal naturaleza y ante

tal espectáculo en la tarde de ayer, hemos recordado las palabras de Herodoto, escritas bajo la impresion de este mismo país hace más de dos mil años.

« Esos egipcios (decia el padre de la Historia), viven bajo un cielo propio suyo; tienen un rio que no se parece á ningun rio, y observan unas leyes y costumbres, que nada tienen de comun con las del resto de los humanos. »

Ese cielo, ese rio y esas costumbres, eran ayer el marco del cuadro del *Te-Deum*. La conversacion entre los hombres y Dios no iba á tener más intermediario que la atmósfera, y la atmósfera callaba para trasmitir la plegaria del mundo á través del firmamento azul. Detrás de los temples religiosos habia una playa donde azotaban las olas saltando en espuma blanquísima á la altura del crucifijo y los candeleros: era el único posible incensario de aquel templo sin principio ni fin.

Dióse la preferencia al rito musulman, pues al fin estábamos en tierra musulmana, y éste se redujo á un breve discurso en árabe pronunciado por el gran ulema. El gran ulema es el jefe de los sacerdotes ó sabios de Egipto; posee una instruccion vastísima; no es nada fanático; está muy considerado en la corte, por cuyo tesoro cobra una renta como nuestros arzobispos, y se llama El

Arusí.—Gracias á que á nuestro lado estaba el jóven Rivadeneira, hijo del célebre editor de la *Biblioteca de autores españoles*, de Madrid, que es cónsul en uno de estos reinos y habla el árabe como Nubar-Pachá, pudimos saber que el discurso era muy bueno, muy contemporizador y muy humano, discurso semejante al que despues transcribiremos del orador católico.

Tras las palabras del Arusí, que agradaron grandemente á los árabes, salió al altar del Crucificado un señor obispo, delegado apostólico, patriarca cristiano *in partibus*, anciano de barba larga gris, vestido de pontifical con báculo y mitra, y seguido de clerecía, frailes y asistentes, con pompa verdaderamente oriental. Todos se arrodillaron entónces, menos el patriarca, cuyas vestiduras de blanco y oro brillaban al sol como diamantes, y con voz solemne y ademan inspirado levantó los ojos y los brazos al cielo, exclamando:

¡Te Deum laudamus!

Nosotros no podemos decir lo que en aquel instante pensaban los asistentes; pero sí podemos asegurar que los árabes estaban tan sobrecogidos como los cristianos. Jamás ha salido del silencio música más armoniosa; nadie cantaba, y sin embargo, todos escuchaban la melodía de la piedad.

Terminadas las oraciones, monseñor Baüer, li-

mosnero y confesor de la emperatriz, vestido de hopalandas moradas, con sobrepelliz y estola, se colocó al lado de la epístola, en los escalones del templete; desde donde con voz sonora y penetrante que llegaba clarísima á todos lados, pronunció en francés estas palabras:

« Monseñor: (dirigiéndose al virey de Egipto).

Señora: (á la emperatriz de Francia).

Señor: (al emperador de Austria).

» Bien puede asegurarse que esta obra es no sólo una de las más solemnes del siglo actual, sino también una de las más grandes que se han inscrito en los fastos de la Historia. Sobre esta playa maravillosa, bajo este cielo admirable, por donde quiera que se tornan los ojos y se contempla este concurso cosmopolita, ¡qué elementos de regocijo se descubren para el presente y para el porvenir! ¡qué de gloriosas esperanzas!

» Ved aquí acabada una tarea que se supuso imposible; ved ahí unos bajeles prontos á lanzarse á unir el Occidente con el Oriente. Del mismo modo que en la cronología del pasado se halla inscrita la fecha memorable en que se descubrió un nuevo mundo, de la misma manera figurará en la cronología del porvenir con caracteres indelebles el 17 de Noviembre de 1869.

» Ya hay dos mundos unidos en uno solo. El espléndido Oriente y el Occidente maravilloso se acercan y se saludan. — ¡Salud, pues, espléndido Oriente, de donde nos viene á la vez la luz del sol y la luz de la inteligencia: salud tambien á tí, Occidente, que has recogido esa luz y la has hecho patrimonio comun de todos! — Hoy celebramos la gran fiesta de toda la humanidad.

» Este canal, que parecia destinado exclusivamente á trasportar riquezas materiales, será vehículo á la vez de luz, de civilizacion y de inteligencia; será tambien el gran río que hará de dos mundos un solo mundo, y de todos los pueblos una sola humanidad. Sí: yo diviso un horizonte sin nubes donde se ciernen los más altos pensamientos y los más gloriosos destinos del género humano. Nada de divisiones territoriales; nada de separaciones intelectuales; costumbres, lenguas, trajes, todo ha de reunirse en un solo centro; con todo ha de formarse un solo ramo, la humanidad.

» Permitidme que no prescinda de pagar aquí un justo y doloroso tributo á los que han sucumbido víctimas de una gloriosa faena, y que reposan en esas tumbas sin epitafios. Sus nombres, si no se hallan inscritos en el mármol, vivirán eternamente en la memoria de los que fueron cariñosos testigos de sus luchas y de sus sufrimientos.

» Pero apartemos de nuestra mente estas lúgubres imaginaciones para no pensar ahora sino en el triunfo del momento.

» Monseñor: el nombre de Vuestra Alteza acude el primero á la memoria de nuestra gratitud. Recibid en nombre de cuantos en el mundo han seguido con verdadero amor esta grande obra, recibid por mi conducto su agradecimiento. Todo lo que tan sábiamente habeis deseado, todo lo habeis valerosamente cumplido. Regocijaos hoy de vuestro glorioso éxito. El Occidente y el Oriente os aclaman, y el Egipto os deberá su esplendor. Monseñor: permitid á una voz sacerdotal que os felicite por las mudanzas y progresos realizados en esta tierra de los Faraones; en esta tierra foco ayer de todas las servidumbres, asilo hoy de todas las libertades. Gracias, Monseñor, en nombre del cristianismo, en nombre de la Francia, en nombre de la Europa; gracias, Monseñor, en nombre del género humano.

» Señora: no aventuro una palabra lisonjera si digo que la historia ha de consignar lo mucho que esta obra admirable debe á vuestras calurosas simpatías: en ella, Señora, vuestro corazon ha palpitado al unisono con el corazon de la Francia.

» Pero hay un nombre en quien se personifica, digámoslo así, la grande obra que nos reúne so-

bre esta arena, ayer tan estéril, hoy tan hospitalaria. Su ardor entusiasta y generoso, su pasión tenaz, su lealtad á toda prueba, ¿qué sé yo cuánto puede acumularse de dictados sobre el alma de ese pujante iniciador de la más legítima gloria del siglo XIX? Ese nombre es un nombre que desde hoy podemos oponer al mismo de Cristóbal Colon; ese nombre es el del Sr. Fernando de Lesseps.

» Todos los pueblos han concurrido á esta empresa gigantesca: aquí no ha habido otros enemigos que vencer que el espacio, la barbarie y las arenas del Desierto.

» Séame ahora permitido, para concluir, extender mi saludo á todos los hombres ilustres que traen hasta aquí el honor y la alegría con su presencia.

» Señor: Vuestra Majestad Apostólica ha querido dar también á la grandiosa obra un testimonio indeleble de sus simpatías. El mar Adriático, que constituye parte de vuestro vasto imperio, no es ya más que un río que comunica con el Océano Índico. Que el Dios á quien venís de rendir público homenaje, arrodillándoos ante su Santo Sepulcro; que ese Dios os bendiga, así como á los pueblos confiados á vuestra solicitud.

» Y para terminar por un pensamiento tan grande como el día, elevémonos ó elevaos todos

aquellos á quienes yo puedo llamar hermanos míos; elevaos delante de Dios hasta la santa humanidad entera; más alto todavía, elevémonos hasta la divinidad misma que ha permitido á los hombres acometer esta obra inesperada en el seno de su propia creacion. ¡ Oh! Dios, á quien debemos referir todas estas maravillas: haced que esta via de agua que debe ser tan fecunda en resultados materiales, resulte asimismo para los pueblos una via de progreso y de civilizacion.»

Algunas oraciones cantadas al llano, tras las palabras del orador católico, dieron fin á la solemnidad religiosa, entre el estruendo solemne de las salvas de artillería y de las músicas de los regimientos egipcios y barcos europeos.

Entónces los españoles corrimos á nuestros buques para mudar de traje, con objeto de presentarnos al festin de confianza con que nos obsequiaba la oficialidad de la *Berenguela*.

¿Qué decir de este banquete dado á españoles distinguidos por oficiales de la marina española? — Animacion, cordialidad, abundancia, finura. Treinta comensales en la cámara, suntuosamente alhajada; una señora sola presidiendo la mesa, la esposa de nuestro cónsul de Alejandría; brindis entusiastas por la patria; amenidad cortés, gra-cejo culto, expansion fraternal. — Mientras tanto, la

la bahía se ilumina, maravillosos fuegos artificiales brotan de la mar, Puerto-Said se enciende por encanto, las músicas tocan, los marineros cantan, el pueblo se enloquece, se agota el diccionario del regocijo en todas las lenguas del universo; y nosotros, creyéndonos prisioneros en el barco cuando todo el mundo se desbordaba, echamos al agua las falúas, y en ellas saltamos á la rada, para gozar al aire libre las mil y una noches de aquella sola noche de delicias.

Pero ¡ay! el regocijo cansa tambien, y no se puede impunemente dedicar horas y horas consecutivas al alborozo.—Bien pronto los fuegos terminan, las luces se apagan, el cansancio llama al sueño, y poblacion y barcos quedan en silenciosa actitud, para restablecer las fuerzas necesarias al dia siguiente.

Nosotros placenteros, aunque ya poco locuaces, caracoleábamos tambien en nuestra barquilla para llegar cada uno al costado de su nave, cuando se le ocurrió á un jóven guardia marina de la *Berenguela*, gran tañedor de guitarra, sacar el instrumento que tenia escondido, y preludiar con gran primor los melancólicos acordes de un aire de Andalucía.—Penas, ¿para qué os quiero? No á uno, sino á todos á un tiempo se nos ocurrió ir á echar una serenata á la emperatriz. Ella, cuan-

cuando niña, las habria escuchado con palpitante corazon bajo las rejas de los Cármenes del Genil, y ella no podria ménos de regocijarse, cuando soberana, con aquel recuerdo, tan distante y tan cercano á la vez en las horas del insomnio.

Efectivamente: los remeros, á una órden del comandante, atracaron cerca del *Águila*, y allí, nuestro guardia marina, con voz preciosa y gracia inimitable, echó á los vientos del Oriente el fandango occidental de la morisma sevillana.

No se hizo esperar mucho tiempo la respuesta: apenas se perdía el eco de las primeras coplas, se abrió la portilla de uno de los camarotes de la cámara de honor, y preguntaron en muy mal castellano quiénes cantaban.—«La oficialidad de la *Berenguela* (se le contestó), que viene á saludar á la emperatriz.»

Entónces salió Eugenia de Montijo á la portilla de su camarote, y prorumpió en palabras lisonjeras y frases afectuosas á los galantes compatriotas que con agasajo tan de su gusto la obsequiaban, y suplicó que se cantara más, y que cantara todo el que quisiera. Pero ¡oh contrariedad de siempre! el cantador no se acordaba de más coplas que las que habia echado.

—Pues bien (dijo la emperatriz); cantadme ésta.—Y relató con sentido acento:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte,
y hoy peno... porque te ví.

La copla fué cantada al primor por el guardia marina; pero áun no la habia terminado, cuando del fondo del agua salió otra voz diferente que preludiaba al aire nueva copla de fandango. El tocador, ágil como lo son los de su clase, tomó el tono de la voz misteriosa, y acompañó, sin tratar de averiguar quién ni cómo, al trovador invisible de otra falúa. Este cantó con gran donaire:

Ni contigo ni sin tí
tienen mis penas remedio:
contigo, porque me matas,
y sin tí... porque me muero.

Una salva de aplausos recibió la cancion del serenatero intruso. Era uno de los pasajeros del vapor mercante *Pelayo*, de la matrícula de Cádiz, que ha venido á las fiestas, y desde que sintió la guitarra en la bahía, se echó con otros amigos en un bote para asistir á la extraña serenata de la *Berenguela*.

Así concluyó, pues, el magnífico dia de vísperas al 17 que hoy celebramos. Esta mañana temprano se ha puesto nuestro *Faiyum* el 36, que le

ha tocado por jerarquía en la procesion de los vapores que van á atravesar el canal. A su bordo escribimos: la inauguracion por el agua ha principiado; áun no sabemos si vendrá detrás de nosotros la fragata *Berenguela*, porque cala veintiun piés y medio, y hay dudas sobre la posibilidad de su marcha: el *Faiyum* se desliza mansamente sobre el canal, á cuyos lados hay fellahs que gritan y pingorotes imitando obeliscos que sustentan las banderas de Turquía y de Francia. No esperamos que nos suceda accidente alguno notable hasta Ismailia, donde llegaremos á las diez de la noche.

Al agua, pues, y hasta Ismailia.

IV

Antes de reanudar el curso de los anteriores conceptos, permítasenos alguna digresion que tiene honores de chisme. Hay ciertamente algo de iniquidad en esto de ejercer murmuraciones sobre aquellos que tanto nos distinguen y con tan profusa solicitud nos obsequian; pero ¿qué hemos de hacerle? la naturaleza es flaca, y además los lectores suelen ser tan entendidos como maliciosos.

El capitán del *Faiyum*, por ejemplo, así como toda la numerosa tripulacion de este hermoso barco de guerra, han recibido para las festividades de la apertura unos ricos uniformes galoneados de oro. Jefes y oficiales parecen aquellos lacayos á la gran *d'aumont* que solia llevar nuestra monarquía allá en sus tiempos; y en cuanto á la marinería y tropa, no habria duquesa que desdeñase su servicio en vista de tan decentes y hasta

pintorescos trajes.—Todo esto está muy bien, es cierto; pero en cuanto el capitán tiene algo que hacer, siquiera sea echar el antejo al horizonte, no puede valerse como no se ponga en mangas de camisa; y por lo que toca á los otros, ni aún saludar pueden con los zapatos puestos.

Al observar esta presion de la decente composura europea sobre la libre desnudez del Desierto, se nos viene á la memoria la fábula del gato convertido en obispo, que ejercia su ministerio cón la cordura y aplomo de un patriarca, hasta que acertó á correr un raton por delante de su ilustrisima. Báculo, uniforme, zapatos, y hasta prendas de mayor intimidad, todo rueda en el *Faiyum* en cuanto el árabe necesita hacer alguna cosa. Parecen esos actores que llevan la ropa de teatro á casa del fotógrafo para que los retraten: en cuanto se quitan de delante de la máquina, ropa fuera.

Y eso que el *Faiyum* no es un buque de poco más ó ménos en la marina egipcia, pues se le ha escogido para nosotros por tener un centenar de compartimientos independientes y agradables, como tal vez no tenga ningun otro barco de Europa. Ya se ve, este navío es el destinado para harem del virey en sus viajes marítimos. Hemos, pues, profanado el serrallo del bajá; dormimos

en el lecho de las odaliscas; comemos en la cámara de la sultana; nos asomamos á las portas por donde, con increíble afan de independenciam, han asomado sus bellos rostros las voluptuosas hurís de Bagdad y de Tébas. Todo lo vamos profanando en Oriente, ó por mejor decir, todo lo oriental se profana en nosotros, adulterándose y civilizándose sin saber por dónde ni hasta qué punto. Los viejos árabes lloran con razon: el Oriente se va; se lo lleva el agua.

Volviendo á nuestros marinos, ellos se afanan por complacernos y hacer de nuestra vida á su lado una vida de entretenimiento y placer. Pero con los orientales no hay medio de hablar áun cuando se sepa el árabe, ó ellos conozcan, como suelen conocer los de Alejandría, los idiomas nuestros.

En Europa tienen las personas poco conocidas abundante materia de conversacion, sin faltar á los preceptos sociales que impiden intimidad indiscreta. La conversacion de la señora y los niños, del frio ó del calor, de la lluvia y la sementera, del trajin de la casa y los criados; todos estos temas sirven de recurso perpétuo para largas y entretenidas discusiones.

En Oriente no hay que pensar en ello. Aquí no hay señora ni niños, no hace frio ni calor, no

llueve ni por eso se pierde la cosecha, no hay vida de casa ni disgustos posibles con los criados. La señora es una especie de mula que comparte con otras tres por lo ménos la servidumbre del señor; los niños nacen cuando quieren y se educan donde les da la gana; el cielo siempre azul, la tierra siempre roja, el termómetro siempre alto, la sementera siempre fortuita, la casa siempre cerrada, el siervo siempre apaleado, la monotonía, en fin, constante en las cosas y en las personas, en el cielo y en la tierra, en el Corán religioso y en la Constitucion civil;—esto es Egipto, esto es Oriente, esto es el desierto físico y moral que nos rodea.

Ahora comprendemos la literatura arábiga; ahora comprendemos la conversacion de los egipcios:—«Allah es grande.—Allah es misericordioso.—Sólo Dios es vencedor.—El que prueba el agua del Nilo, quiere beberla siempre.»

Sí, es verdad. El que prueba el agua del Nilo se arabiza, se enerva; va á sentarse y se encuentra acostado; va á hablar y se siente monosílabo; va á pensar y se duerme. Nosotros tambien hemos perdido mucho de nuestra civilidad europea. No nos ponemos en mangas de camisa ni nos quitamos los zapatos; pero le hemos perdido el respeto al huésped. Sus obsequios nos hallan con in-

diferencia, su solicitud nos encuentra exigentes, su humildad nos atrae un poco de descortesía.

No sólo dentro del barco, sino fuera de él, y en cuantas ocasiones la abundancia brinda á la satisfaccion de los goces materiales, léjos de mostrarnos comedidos con el generoso anfitrión, abusamos de sus dones y nos encanallamos alguna cosa. Ingleses y franceses, sobre todo, se sacian con lo que hay y piden siempre de lo que falta: cada cual se considera un gran turco, hasta el límite de pillar su turca respectiva: denostan á los sirvientes que sirven mal, sin acordarse de que éstos no se han educado en Francia: desde que se destapa la sopera piden *champagne* helado: las trufas suelen parecerles añejas: ¡ah! ¡virey infeliz! ¡cómo te principian á tratar tus conquistadores!

Los alemanes y norte-europeos son otra cosa diferente; y, decimoslo en verdad, los españoles estamos siendo modelo de cordura y continencia, sin que en esta aseveracion influya para nada el recuerdo de la patria en que nacimos. Somos bastante francos para decir, si fuese cierto, que nos habíamos encanallado tanto como los franceses ó los ingleses. Baste decir que los árabes, al notar las inconveniencias de sus huéspedes, levantan los ojos al cielo y despues dirigen la vista hácia

nosotros, como quien dice:—«¡Quién lo creyera!»—Nos hacen cómplices de su dolor.

Estos pequeños chismecillos que constituyen parte integrante de la crónica del Istmo, no son inútiles para el conocimiento de la historia: al tratarse de una fusión tan trascendental como la que se verifica aquí, bueno es ir conociendo los elementos que contribuyen á formarla. Los egipcios están siendo los civilizados de la barbarie; justo es, pues, consignar lo que acontece con los bárbaros de la civilización.

Además, dentro de esta caravana de navíos que va atravesando el Desierto, llevamos la guerra civil que ha provocado en el mundo del interés el éxito lisonjero de tan colosal empresa. Los corresponsales de los periódicos que no estiman el canal de Suez, agotan el diccionario de las faltas conforme se va acercando la realización del imposible. En cuanto la quilla de un navío roza la arena del canal, porque el timonel no tiene cuidado de dirigir la nave por el centro, donde no habría razón para la rozadura, gritan que los barcos encallan, que la zanja no es navegable y que el dinero se ha perdido.

Se abstienen muy bien de considerar que los buques reunidos para la apertura, son los de mayor calado que han de visitar estas aguas: se

abstienen de reconocer que estamos principiando por el fin, cuando las cosas deben principiar por el principio: hacen como que no ven que un esfuerzo de la máquina ha bastado para remediar los supuestos encallamientos; que todos los navíos andan y llegan á su fin; que cientos de miles de toneladas están ya de la otra parte del continente africano; tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen; pero en medio de su afán por escribir cuartillas calumniosas que hagan bajar los fondos de la compañía, el sentido común, y Mr. de Lesseps en su nombre, murmuran con Quintana:

«Y el globo, en tanto, sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.»

V

Aquí conviene recordar al lector que el túnel de Londres construido bajo el Támesis, primera obra de verdadero atrevimiento, acometida *infra aquæ* en el presente siglo, tuvo dos ó tres contrariedades de gran monta en el trascurso de su realizacion, que costaron hartas vidas y hartos millones; tambien debe recordarse que el *Gran oriental*, primera obra *super aquam* de verdadero atrevimiento emprendida en nuestros dias, experimentó tales contratiempos, que produjo la ruina de innumerables capitales, y el casi abandono de la empresa; no será ocioso asimismo el recuerdo del cable trasatlántico, primera obra *inter aquas* de verdadero atrevimiento intentada en los tiempos presentes, el cual se desgració por dos veces consecutivas, envolviendo en su catástrofe fortunas é ilusiones sin tasa. Pero si se traen á la memoria todos estos recuerdos, preciso será exigir dos

admiraciones:—Primera; ¡qué resultados tan pasmosos los de ese túnel tan caro y tan inútil en sí, pero que dió la norma de todos los túneles y todas las perforaciones posibles, desde la estrecha lengua del Támesis, hasta el gigantesco camino del Monte-Cenis y el proceloso pasaje del Canal de la Mancha! ¡Qué resultados tan sublimes los de ese buque tan caro y tan inútil en sí, pero sin el cual no hubiera podido nunca extenderse el cable trasatlántico! ¡Qué resultados tan inmensos y civilizadores los de esos cables perdidos en la profundidad del mar, pero sin cuya pérdida no se hubiera llegado á la perfeccion del hilo incomprendible que nos pone en comunicacion instantánea con los antípodas!—Segunda admiracion; ¡qué resultados tan pasmosos los de este canal de Suez, única obra de infinito atrevimiento emprendida hasta hoy, *infra, super, inter et omnia maris*, que no ha costado vidas, que no ha dilapidado fortunas, que sirve desde el primer momento, que se perfecciona con la mano del hombre, y que tiene abiertos á las imaginaciones más vulgares los caminos de su perfeccion futura!

Hé aquí el punto á que queríamos traer las cosas al decir que la inauguracion es feliz, aunque se experimenten levísimos contratiempos, nunca comparables á los de otras empresas de

menor talla. No sólo inauguramos lo que se habia prometido, sino que vamos triunfando en la lucha contra la maledicencia y el rencor mercantil, contra las rivalidades y altanerías de pueblos celosos, contra pronósticos siniestros lanzados en nombre de una mentida ciencia.

Dentro del *Faiyum* nos decia esta mañana el escritor inglés que representa aquí á LA ILUSTRACION de Lóndres:—«Va de tres veces que el orgullo de mi patria le produce humillaciones sensibles. Se burló de los barcos acorazados cuando Napoleon construyó la *Gloire*, y despues tuvo que acorazar sus naves á toda prisa bajo el mismo procedimiento francés; se burló del sistema militar de Francia en cuanto á la instruccion de sus oficiales, y luégo tuvo que adoptarlo al dia siguiente de los desdichados sucesos de Crimea; se burló del canal de Suez cuando Francia lo declaró factible, y ahora va á tener que ocultar su derrota en el fondo de una conciencia intranquila. Yo se lo voy á decir muy claro: hay que ser previsores y cuerdos ante todo: fuera de Inglaterra tambien hay mundo.»

Decíamos, pues, hace poco que el *Faiyum* era el barco núm. 36 de la comitiva de apertura. Delante de todos marchaba el *Águila*, á quien el emperador de Austria habia cedido este honor, por respetos á la emperatriz Eugenia que lo ocupaba.

En él iban la emperatriz, el emperador, el kediye y Mr. de Lesseps. Seguía al *Águila* el yacht austriaco, uno italiano y otro turco; despues el prusiano con el príncipe heredero de la Confederacion del Norte; en seguida el sueco con los príncipes de los Países Bajos; detrás un navío ruso, otro francés con la administracion de la compañía, una corbeta inglesa con el embajador de la Gran-Bretaña, otro buque francés con el emir Abd-el-Kader, y otros y otros hasta el número de un ciento, entre los cuales se contaban seis por lo ménos de particulares ingleses que han venido con sus familias y su casa puesta á inaugurar el canal por su gusto propio.—De barco á barco mediaba por lo comun una distancia de quinientos metros.

Desde Puerto-Said hasta el lago Menzaleh, median unos catorce kilómetros, ocupados por una naturaleza muerta: sólo sobre un islote de este lago existe hoy un campamento de los trabajadores del canal, que tal vez llegue á ser en su dia una poblacion importante. Treinta kilómetros más léjos, se halla Kántara, célebre lugar donde se dividieron de tiempo antiguo el Egipto y la Siria, por un modesto puente que ha sido necesario destruir para dar paso á las aguas directas del Mediterráneo.

En los alrededores de este nuevo pueblo, que pertenece al Asia, ocupado un día por la antigua Salé, cuyas ruinas se descubren aún, verificase en la actualidad el paso de las caravanas de Siria; y es, por lo tanto, curiosísimo y pintoresco el contemplar una sábana de camellos echados y de carneros que brincan, en número ordinariamente de veinte mil cabezas, abrevando en las charcas dulces que la compañía ha construido con este objeto, mientras la barca que sustituye al puente los trasporta del Asia al África por este nuevo estrecho de Lesseps.

Llégase al Guisr, célebre para la empresa por los grandes desmontes que en esa cordillera de arenas ha realizado, y más célebre aún para los piadosos lectores del Nuevo Testamento, por los recuerdos cristianos que trae á la memoria. Una de aquellas pequeñas colinas sirvió de paso á la Santa Virgen, cuando cargada con su dulce Hijo verificó su huida á Egipto, temiendo las persecuciones de Herodes. Aun hoy los árabes llaman á esta colina *Gebel-Mariam*, montaña de María, y sobre ella se ha levantado una bella capilla bajo la advocacion de Santa María del Desierto. Aquí paró la nave de la emperatriz, pues S. M. deseó adorar á la Virgen en el propio terreno de sus infortunios.

Poco más allá del Guisr ha levantado el virey un lindo kiosco para gozar de las soberbias vistas del lago Timsah. Este lago es el mar de artificio construido por la compañía, sobre las charcas cenagosas y pestilentes que se encontraban en esta parte baja del Desierto. Aquí ha fabricado Mr. de Lesseps un puerto central, azul como el Mediterráneo, cuya superficie no es menor de dos mil hectáreas, y cuya circunferencia no baja de quince kilómetros; aquí se ha levantado Ismailia, esa nueva ciudad confluencia del canal dulce y del canal salado, encuentro de los ferro-carriles y de toda la navegacion del Istmo; Venecia del Desierto, como los viajeros la llaman, rodeada de jardines, poblada de templos y palacios; capital cuya primera piedra se fundó en el suelo el 27 de Abril de 1862, y hoy tiene cinco mil habitantes, y escuelas, biblioteca pública, teatro, fondas y hoteles magníficos, sociedad coral, orquesta de conciertos, cafés y hermosas calles, plazas y paseos.

Ismailia, como dijimos, era el punto de parada en la primera porcion del trayecto, ó por mejor decir, era el trayecto todo, pues desde Ismailia hasta Suez poco se encuentra de notable, y nunca hubo dudas sobre el éxito seguro del canal.

La llegada de la flota al lago Timsah fué so-

lemne y magnífica. De todos los buques partian cohetes y bombas de colores para unir el regocijo con los fuegos artificiales, las músicas é iluminaciones que brotaron como por encanto de la nueva ciudad. El lago de los cocodrilos (timsah) del antiguo Egipto, se veia la noche del 17 de Noviembre poblado de los más bellos barcos del mundo y de la más ilustre concurrencia de la moderna civilizacion.

No hay que decir que la ciudad es pequeñísima para dar albergue á concurso tan numeroso: bastará recordar el campamento de tiendas de que á bordo de la *Berenguela* nos habló monseñor Baüer, para fijar el punto en que á los convidados se nos aguardaba. Este campamento se componia efectivamente de mil tiendas iluminadas y preparadas con gran comodidad para cuantos llegasen; pero aunque vistoso y pintoresco en extremo, no era el campamento europeo tan agradable ni con mucho como el campamento indígena.—Una multitud de árabes, destacados de todos los confines del Egipto, habia venido á presenciar las fiestas, situándose en un arenal junto á la playa de Ismailia. Era infinito el número de tiendas de esta gente; pero era aún más infinito el número de árabes que sin tienda y sin abrigo ninguno clavaron su lanza en la arena, ataron á ella su

caballo y se tendieron á los piés. Imposible seria dar idea bastante aproximada de este campamento, más lujoso que el nuestro por la variedad, más característico por la verdad, más pintoresco y propio del sitio en que nos hallábamnos por todas sus extrañas circunstancias; pues allí, camellos y caballos, tiendas y hombres, lanzas y espingardas, alforjas y canastos de comestibles, zambras y músicas, formaban verdaderos aduares de alegría y regocijo oriental. Aquel campamento era la matriz de donde se ha sacado en reduccion la feria de Sevilla.

Los convidados del Khedive recibimos aviso de que en la ciudad se daba un baile en esta noche, y nos preparábamnos naturalmente á asistir; pero apenas se nos hizo la invitacion, recibimos otra en nuestro propio departamento para concurrir á un baile arábigo en la tienda de mayor lujo de un ganadero tebano. ¿Qué hacer?

Nosotros, y con nosotros otros muchos, abandonamos el baile occidental por el oriental. ¿Hicimos bien?

VI

El aduar donde se hallaba situada la tienda del tebano, era, como si dijésemos, una manzana de tiendas de lujo en el centro de la ciudad campestre improvisada.

Están hechas estas tiendas por su exterior de paños de colores, y se hallan cubiertas de adornos recortados, de paño tambien, graciosos y pintorescos, como muchas mantas de nuestro país. El interior de las tiendas es abovedado, y su dibujo de colores se halla compuesto con mayor prolijidad y donaire que la parte de afuera. La iluminación era muy parecida á las de Córdoba, con velones y candilejas de metal, narigudos y mocosos de aceite.

La tienda del tebano tenia el suelo cubierto de hermosos tapices: lindos cortinajes de seda y lana revestian las paredes, en la forma que áun las visten para fiestas en ciertas poblaciones de Andalu-

lucía. Un magnífico divan rodeaba la estancia, que tendria de diez y seis á veinte metros de larga, y además habia sillas para sentarse.

Cuando entramos los europeos, todos los árabes se pusieron de pié, y en medio de las más rendidas zalemas, nos invitaron á ocupar los puestos más cómodos, cuidando que los siervos nos pusieran taburetes y almohadones para los piés.— A una indicacion del dueño de la casa, levantóse un tapiz y comenzó el baile.

Una fiesta de baile entre los egipcios, se diferencia mucho de la que nosotros conocemos por tal. Los egipcios no bailan en el baile, sino que ven bailar á los bailarines.

Cierta princesa de Oriente fué convidada en París, no hace muchos años, á uno de esos saraos cuya esplendidez y grandeza son incomparables en la capital de Francia. Aquella noche todos sobrepusieron en riqueza y ostentacion á su costumbre, para deslumbrar á la bella cuanto opulenta salvaje. Al terminar el festin, díjola el intérprete:

—Y bien, señora, ¿qué os ha parecido esta fiesta?

—La más ridícula y la más miserable del mundo (respondió): en mi país las señoras no se ponen á bailar y á cantar ellas mismas, sino que pagan

su dinero para que las mujeres y los hombres les canten y les bailen.»

Hé ahí, pues, la teoría de los bailes de Egipto. Unas gentes educadas y pagadas *ad hoc*, son las que proporcionan el festin, mientras los señores y dueños fuman y se narcotizan medio tendidos. Los principales agentes de estos bailes son las *almés*.

Almé, es en arábigo una palabra equivalente á *sábía*, y por lo tanto las mujeres almés son aquellas muchachas que á su belleza física reúnen una gracia particular, un talento, una discrecion capaces de producir improvisaciones de versos, jugueteos de garganta, aires y cadencias corporales que den expresion á la mímica, al sonido y á la palabra, representando en sí, y en una sola pieza, á Polimnia, Euterpe y Terpsícore. Las almés son el alma de los bailes.

Las más renombradas de estas bailadoras proceden de Kenneh, como si dijéramos, la Sevilla del Alto Egipto. Háilas soberbias en su extravagancia como las nubias, de talle esbelto y dentadura brillante; las abisinias y las egipcias, cuyos rostros semejan los perfiles régios de los monumentos antiguos.

Nada tan extraño como estas criaturas acicaladas y llenas de afeites, con sus ojos desmesura-

damente agrandados con el pincel, y las uñas teñidas de azul, vistiendo túnicas de brocado, bandas de colores, paños de gasa de espuma recamados de lentejuelas, collares de oro, anchos y largos como pectorales, ajorcas del mismo metal en muñecas y tobillos descalzos, peinado de rizos superpuestos, en que brillan multitud de monedillas de oro y plata; abigarramiento multicoloro, pero sorprendente y en armonía con una mirada procaz, una gesticulación invasora y un continente iluminado en su conjunto por algo de flámula salvaje. Tal se presenta la almé sobre el tapiz que ha de servirle de teatro.

Aunque la danza principal y artística es la del sable, que baila una sola figura, ésta se hace preceder de un paso á cuatro, lento y cadencioso como nuestro fandango, el cual sirve de introducción á la gran bailarina.

Esta coge en cada mano un alfanje corvo muy reluciente, y principia á hacer molinetes sobre la cabeza y por la altura del concurso, como quien se bate con enemigos invisibles. Después acomete una serie de evoluciones y posturas artísticas, tales como amenazar con un brazo armado á la concurrencia, mientras la curvatura del otro alfanje pára el golpe por detrás con la mayor gracia; ó bien dirige ambas puntas de los sables

290 ————— sobre

sobre sus propios ojos descansando casi sobre sus pupilas, ó bien las apoya contra su talle en ambas caderas, cual si tratara de atarazarse el cuerpo en direcciones contrarias; otras veces coloca sobre su frente una de las cimitarras, el filo entre las arrugas, para que punta y mango describan en el espacio una media luna: todo esto acompañado de vueltas, batimanes y molinetes rapidísimos; movimientos de cabeza, ora tranquilos, ora enérgicos, ya sonrientes, ya terribles, como quien en ocasiones languidece y en momentos súbitos se inflama.—Mezcla de gracia, energía y rencores desconocidos; símil tal vez del amor salvaje y apasionado del Desierto; emblema quizá del agasajo y del ódio entre las tribus arábicas, el baile de las almés es, sin duda alguna, tan original y característico como el pueblo que lo contempla y aplaude.

Sigue al paso de las cimitarras otro de parejas, gracioso y sencillo como una manchega española, aunque nada extraordinario, y concluye la fiesta por pasos amorosos y delirantes, especie de *cancan* del Desierto, que entre árabes medio desnudos puede pasar quizá, pero que no son para mirados por todo el mundo, ni para descritos por nadie.

El canto gutural violentamente cortado, pero sin gracia, constituye un acompañamiento mo-

nótono que no tiene más mérito sino impedir que se ponga atención en él, desviándola de la bailarina. A veces, sin embargo, los tañedores del monocordio, instrumento-guitarro de una sola cuerda, suelen hacer maravillas tales con las uñas, en los momentos que apianan unos tamboriles especie de zambombas que se tocan con las manos, suelen trinar de tal modo, decimos, y modular cadencias tan finas y tan puras, que comparten el aplauso público con la bailadora.

En los intermedios del baile reparten á los convidados dulces secos, bebidas azucaradas, y largas pipas de esas que descansan en el suelo cargadas de tabaco narcotizado, con boquillas de ámbar, adornos de oro, y hasta algunas guarnecidas de diamantes. Despues vienen los negros de la Nubia al pié de los divanes donde descansa el obsequiado, y con unos cacillos de plata vierten en tacitas primorosas aromático café, al temple necesario para tomarlo de un sorbo, con el fin de que puedan deglutirse las partículas que circulan en el líquido, á usanza del país.

Agasajo, pues, en sobriedad sustancial, pero en abundancia de forma; danza y música características, una cortés y hospitalaria solicitud, reiteradas zalemas, el mejor y más cómodo puesto de la estancia, una sonrisa siempre para el ex-

tranjero, una órden al esclavo para acceder á la menor de sus exigencias, tales son los caracteres de un baile egipcio como el que nosotros disfrutamos en Ismailia.

Dígasenos ahora á qué baile debíamos dar la preferencia; si al que hemos venido á ver de tantas leguas de distancia, ó al que se encuentra uno en Europa todos los dias detrás de la puerta de su casa.

VII

Bien ajenos estábamos nosotros cuando disculpábamos nuestra ausencia del baile del Khedive por asistir al baile del tebano, de que al emperador Francisco José de Austria le sucedía una cosa semejante. Tampoco él hizo más que asomarse al pintoresco palacio que el virey tiene construido en Ismailia sobre el canal de agua dulce, y fastidiarse un rato de la etiqueta europea, de los trajes europeos, de las alhajas europeas y de los manjares europeos. Y eso que en la lista del ambigú había un plato que decía así:—«Pescado á la union de los mares»;—salsa nueva que aparecía por primera vez en Egipto.

Sin embargo, no hay salsa para los bailes como la salsa de las mujeres: donde no hay mujeres indígenas no hay baile original.—Lo único original que se cuenta de este baile del virey, es que cuatro morazos de los convidados, especie de al-

caldes de pueblo á quienes se concedió entre otros el honor de penetrar en aquellas estancias, comidos del afan de verlo todo, penetraron en el tocador de las señoras, á la sazón vacío, y se dieron tal de pomadas, tal de chorreones de esencias y tal de brochazos de arroz sobre el rostro, que al salir á los salones produjeron el encanto y el regocijo de la aristocrática asamblea.

Por lo demás, el emperador de Austria y nosotros estábamos en lo firme. Hé aquí cómo ambos pasamos el día 18 de descanso en Ismailia.

Las fiestas estaban divididas en grupos diferentes. Por la mañana, paseo á los alrededores de la ciudad; despues almuerzo, despues revista, despues recepcion imperial; mientras tanto, exámenes árabes, paseos por el lago, cañas y lanzas, festin campestre, comida régia, comida ministerial; luégo fuegos artificiales, iluminaciones, baile indígena, teatro y dormir á bordo.—Era, pues, imposible estar en todas partes; pero aquí del viajero que lo entiende: procurar pasar por todos lados y no quedarse más que en el que le importa. Así lo hicimos el de Austria y nosotros.

Del paseo de la mañana nada puede decirse nuevo al que sabe ya lo que es la capital del Istmo y lo que era la playa durante la noche anterior.

Los orientales, que son las gentes más serias del mundo, estaban al amanecer como avergonzados de haberse divertido por la noche; y limpiando los unos los caminos de sus aduares, arreglando otros sus tiendas, vistiéndose todos sus mejores túnicas, calándose sus gumias, frotando al sol sus espingardas, acaparazando el caballo, entoldando el camello, daban nuevo espectáculo á los occidentales, sin saber, por supuesto, que lo daban; pues de saberlo, habrían huido de la vista ó acordonado el perímetro de su ranchería. Pero como los hombres del otro lado habian tambien dormido en un campamento, y como aderezaban su traje á la luz del sol, y como conllevaban con natural regocijo la vida nómada del abisinio, del nubio y del tebano; como la sultana de Occidente cabalgaba en un dromedario, y los bajás de Alemania hacian caracolear sus corceles sobre la arena misma en que ellos se preparaban á correr; como por un arte mágico, al verificarse el dia anterior la union de dos aguas opuestas, se habia verificado á la vez la mancomunidad de dos razas diferentes, era aquel arenal de Ismailia un istmo roto en seco, un lago de cocodrilos que no se muerden, una inmensa boda de dos mundos prevista por Faraon, intentada por Darío, proseguida por Alejandro y César, reanudada por Bonaparte,

y bendecida, al fin, en el siglo XIX por el único Dios de Oriente y de Occidente.

Los jardines de Ismailia, el lago Timsah, el canal de agua dulce, el canal navegable, el ferrocarril del Cairo, los palacios, la vegetacion, los oasis que el árabe descubre en aquella tierra, maldita, seca y pestilente hace diez años, le tienen absorto y preocupado hasta el punto de que no sólo acepta al extranjero con simpatía y lo recibe con cariñosa admiracion, sino que la propia ley coránica se ha modificado para ellos; y los sabios de las tribus más bárbaras que ántes decian á todo cruzándose de brazos:—«Hágase la voluntad de Allah,»—añaden ahora á gritos entre sus parciales:—«Hágase la voluntad de Allah, pero con el trabajo y la industria de los hombres.»

El ministro de Instruccion pública de Egipto debia presenciar aquella mañana los exámenes de un colegio indígena. Quiso este personaje aprovechar galantemente la estancia en el país del último ministro francés del ramo, Mr. Duruy, y de nuestro director general Sr. Merelo, para que asistiesen á la ceremonia: con ellos, y algunos otros españoles, entramos nosotros en el bellissimo local construido para escuela árabiga, y presenciábamos el exámen.

Los morillos parduzcos y negros, blancos tam-

bien algunos, que constituian la academia, estaban vestidos con esmero, y se mostraban con cierto desembarazo occidental. Todos respondieron perfectamente al exámen de lengua francesa que se les hacia, como base de la instruccion futura que han de recibir; y despues mostraron sus conocimientos teológicos y del Corán, que son hasta ahora los que han de conducirles á la conquista de la sabiduría, segun el sistema de la creencia árabe.

El ministro les premió con monedas de oro, y acordó un asueto para mientras durasen las fiestas; concluido lo cual nos invitó á comer á su casa, para departir en la mesa sobre los adelantos que proyecta introducir en la educacion popular de Egipto.

No todos los presentes, porque tenian otros compromisos, pero nosotros y hasta diez y nueve personas más de las del concurso, nos dirigimos á casa del ministro, aceptando cortésmente su invitacion. Presidia la mesa el patriarca católico de Alejandria, y ocupaba puesto de honor nuestro compatriota el Sr. Saavedra, á cuyo lado tuvimos la fortuna de colocarnos.

De pié todos al rededor de una tabla con manteles, que apenas levantaria media vara del suelo, entraron en la estancia unos esclavos negros, y

nos repartieron servilletas de lino bordadas de oro: despues otros nubios aparecieron con aguamaniles de plata y nos lavaron las manos uno por uno, con arreglo á la etequita oriental. Concluido este acto, el dueño de la casa dió el ejemplo, y nos sentamos todos en cojines de brocado, que á cada cual le repartian en número diverso segun su altura.—A una seña se sirvió la comida.

Principió ésta por una fuente entre larga de laton dorado, en la que habia gallinas cocidas con caldo blanco abundante, piñones y rajadas de limon. Entónces los criados nos sirvieron cucharas nuevas de boj y pan parecido al que nosotros llamamos casero. Los árabes desmenuzaban su pan y lo echaban en la fuente por su lado, cogiéndolo despues con la cuchara á manera de sopa: los europeos hicimos lo mismo. A seguida nuestros maestros cogian con un pedazo de corteza y la uña del pulgar derecho, trozos de carne que se le arrancaban fácilmente á la gallina; operacion imitada por nosotros con algo de extrañeza, así como la de devolver los huesos á la fuente, segun los árabes hacian despues de descarnarlos.

Tras del plato caldoso de ave, vino un carnero asado á la brasa, servido como las gallinas en una pieza y sobre una sola fuente de metal. El carnero estaba exquisito, pero habia que comerlo á tira

uñas, y esto es algo incómodo. —¿No podían habernos cambiado las servilletas de oro por unos tenedores de cuerno?—Allah lo ha dispuesto así.

Concluido el carnero, trajeron un guisado de pedacitos de buey con salsa de tomate. Este se comió con cuchara; así como un pastel de almidon con esencia de rosas y geránios que le hacia compañía. El pastel debe ser bueno en acostumbrándose; pero como nosotros lo probamos la víspera de estar acostumbrados, no nos gustó gran cosa.

Por último, sirvieron leche frita y café muy espeso; acompañando al cual vinieron lujosísimas pipas de ámbar y oro, humeantes del más aromático tabaco de la Arabia.—Se nos olvidaba decir que no se bebía más que agua, y esa servida en una sola jarra de cristal que circulaba un paje-cillo negro por la concurrencia, especie de Hebe africana que escanciaba el líquido de un ánfora de barro embutida en el rincón del comedor.

Los siervos retiraron la tabla, y nuevos nubios acudieron con agua-maniles y servilletas á lavarnos las manos.

Así acabó la comida del ministro.—Pero nosotros os preguntamos ahora, habitantes de ambas Andalucías, Valencia y Murcia, habitantes de casi toda España: ¿en dónde habeis adquirido vuestras mesas enanas, vuestras altas sillas y vuestra cos-

tumbre de desviaros de la tabla para comer? ¿dónde habeis aprendido la única fuente en medio, el pan en sopas, el agua en jarra, la corteza y la uña sobre la carne, la cuchara en el cinto y los huesos sobre el plato? ¿quién os enseñó la pepitoria de gallina, el entomatado de carnero, los alfeñiques con aceite y aroma, la leche frita y el grueso cigarro para postres?

No os riais, pues, de la comida del ministro de Instrucción pública de Egipto: reconoced aquí vuestra alcurnia y vuestra sangre. Ellos se civilizarán en cuanto puedan.

Nosotros tambien hemos sido moros.

VIII

Pero á todo esto preguntará el lector: —¿Y qué se ha hecho del emperador de Austria?— El emperador de Austria se ha marchado á la revista, lo mismo que la emperatriz de Francia y los príncipes de Prusia y de Holanda, en carretelas descubiertas, cada uno por su lado, lo propio que el Khedive, el cual va guiando sus caballos alemanes, como pollo de moda en los Campos Elíseos de París ó en la Fuente Castellana de Madrid.

Le sucede al Khedive (Allah nos perdone) algo de lo que á esos advenedizos de la fortuna, que aprenden costumbres de buen tono con indiscreto entusiasmo, y luégo las manejan á deshora, creyendo ser elegantes como el primero. Cualquiera estaria esperando que el virey, montado en brioso alazan, con cimitarra de brillantes al cinto, pistolas de arzon recamadas de oro, bigotes fieros y actitud salvaje, seguido de etiofes y de armenios,

jadeante de poder faraónico y de grandeza turca, se presentase al frente de sus tropas é intentara asombrar al Occidente con las muchedumbres chacálicas del Desierto.—Pero nada ménos que eso: el virey guiaba sus caballos en la revista, como si las armas no tuvieran nada que ver con él.

Y en verdad que la revista de Ismailia iba á tener muy poco de comun con las revistas de los ejércitos europeos. Era más bien una fiesta de hipodromo, un divertimento de armas y colores; cañas y lanzas arábigas convocadas para recreo de los sentidos y encanto de fantasías occidentales.

Los diversos pueblos que constituyen el bajalato actual, la Nubia, el Kordofan, la Abisinia, la Siria, Chipre, Candía, Meca, Arabia Petrea y otros tantos de no ménos renombre, todos habian enviado sus contingentes militares, los mejor vestidos, los mejor armados, los mejor montados y de mayor riqueza.—Habia, al decir de los inteligentes, sobre veinte mil árabes y diez mil europeos, á más de la poblacion ordinaria de la capital del Istmo. Agréguese á éstos los islami-tas no egipcios, que habian concurrido de meros observadores á esta gran fiesta; los griegos, los persas, los indios, los marroquies, todos los africanos desde el estrecho de Gibraltar hasta la punta

de Zanzíbar, y se formará idea de los colores de raza, vestimentas de hábito, armaduras, caballerías, lenguas, gritos, cánticos y aposturas diferentes que ofrecía á la vista aquella linterna mágica alumbrada por el sol.

Los árabes en la revista corrieron la pólvora y jugaron el alfanje, cada cual al modo de su país, aún cuando todos á la manera que de estas fiestas tenemos ejemplo en los circos ecuestres, y más aún en nuestras novelas moriscas. Nada hay que decir de su agilidad, de su bravura, del sutil instinto de sus caballos, de la sorprendente travesura de sus camellos, del digno papel representado por sus elefantes, de la presteza de sus espingardas, del volateo de sus gumías, del acerado chillido de sus voces y alharacas de guerra.—Todo esto se lo supone el lector. Allí no habia más de grandioso y extraño que la multitud de tantas multitudes, el color de tantos colores, las columnas de polvo que oscurecian el sol; y el ser teatro de aquella falsa guerra el desierto mismo de donde ha brotado su arte; la inmensidad del Egipto, donde tantos miles de años se ha ejercido sangriento y terrible en las reiteradas batallas entre Oriente y Occidente.

Cuando el emperador de Austria contempló y recorrió el campo de maniobras, se asomó como

nosotros al tinglado de madera construido por el virey para servir de comedor á tandas de mil y doscientas personas á la vez. Allí pudo distinguir el soberano los preparativos que se hacian para dar de comer á todo el mundo durante la tarde; allí se cocian á un tiempo en marmitas de campaña ocho mil pavos en pepitoria, dos mil jamones, y seiscientos mil huevos de gallina.—El recuerdo de las bodas de Canaam hacia reir ante aquel espectáculo.

Despues S. M. apostólica volvió á la misma casa del ministro en que comimos nosotros, á presenciar el baile indígena que le habian preparado por su indicacion.

No describiremos las danzas que el lector ya conoce; pero sí haremos mencion de un paso que no habíamos visto en la tienda del tebano la noche anterior, porque es áun más original y característico que el del alfanje: se llama el paso de la *jarra*.

La almé, que habia venido directamente de Tebas para danzarlo, era la célebre *Elvardie*, á quien los primeros convidados del Khedive, para el viaje del Alto Egipto, habian ya aplaudido el mes anterior á su paso por Kenneh.

La bailarina se presenta escasamente vestida y con un vaso de tierra gris, grande como el mayor

de nuestros botijos, colocado sobre su cabeza rebosando de agua. Se cruza de brazos en posición escultural como los altos relieves de su país, y atrae con su perfecta musculatura y su inmovilidad mónica la atención del concurso. Entonces rompe la música y comienza el baile.

Lo primero que modula la danzadora en este paso singular, es un movimiento imperceptible del cuello, que, cual chispa eléctrica, se extiende sobre los hombros, se apodera del pecho, y como que halla invencible paso á la cintura. Media almé, desde cintura arriba, se estremece con un movimiento convulsivo, pero cadencioso, al compás de los tañidos de monocordios y silbatos: la otra media aparece como clavada en el tapiz. Del jarro de agua no se derrama ni una gota.

Bien pronto aquella alferecía artística se propaga á las caderas de la mujer, é invade sus muslos y sus piernas. Entonces se corta la comunicación estatuaria de cintura arriba y de cintura abajo: cada medio cuerpo danza á su vez en actitudes opuestas, aunque bajo una misma línea de gracia, bajo un mismo pensamiento de sensualidad. La almé sale del sepulcro en que representaba á la bailarina, para bailar efectivamente en cuerpo y alma. Ya no se acuerda del jarro que tiene en la cabeza, ya no baila con los músculos

ni con las indicaciones del rostro: ya baila con su cuerpo como si representase el paso de las cimitarras, por más que aquí procura hacer desaparecer la idea de lucha guerrera, simulando únicamente una lucha de amor. A veces se adelanta y á veces se retira, ora se postra implorando, ora se recuesta cautivando, y áun en alguna ocasion parece que amenaza; pero pronto suplica, se avasalla y languidece. No hay actitud que ella no tome sobre el tapiz, las más violentas, las más voluptuosas, las más lindas y esculturales. Presa de un vértigo indefinible, baila como las hadas, á quienes se supone impulsión y gracia sobrenaturales, hasta que rendida de fatiga, agotado el caudal de las seducciones y jadeante de cansancio, viene á caer primorosamente á los piés de la persona á quien la danza está dedicada, mostrando con la sonrisa del triunfo el búcaro de la cabeza repleto de agua como cuando principió.

Elvardie fué aplaudida de un modo estrepitoso por el emperador Francisco José y su comitiva; y el paño de gasa con que amenizó sus movimientos, se vió cuajado como por encanto de zequíes de oro.

Despues de la almé bailaron el paso á cuatro, cuatro hombres á quienes por vez primera veíamos danzar en Egipto. La gracia de estos baila-

rines consiste en que á merced de unas hopalandas que llevan puestas, largas por detrás como los vestidos de cola, describen sobre sus piés tal número de molinetes y vueltas circulares, que los paños de las túnicas semejan el vendaval más deshecho, y ni la vista ni el oído pueden comprender el terrible espectáculo que se representa.

Las iluminaciones del lago Timsah y de Ismailia han sido en esta noche, al decir de personas competentes, las primeras del mundo.

A su amor nos acostamos nosotros en el *Faiyum* rendidos de cansancio, y no despertamos hasta bien entrada la mañana del 19, en que el cañoneo de los buques nos anunció que levábamos anclas hácia Suez.

IX

En efecto: á las diez de la mañana del 19, los barcos régios en cabecera, como á la salida de Puerto-Said, y en el orden de distancias y número ya dicho, partimos de Ismailia con rumbo á los Lagos Amargos. En el trayecto de esta caminata sólo se encuentra un objeto digno de atención, ó por mejor decir, dos objetos del orden negativo: las ruinas de Serapium y los vestigios del canal de los Faraones.

El templo de Serapis, construido en este lugar sobre piedra de granito en proporciones colosales, valia algo para los antiguos egipcios, como para los castellanos del renacimiento la peregrinacion cristiana á Compostela. — Sabido es que Serapis, dios egipcio de la más remota antigüedad, que conservó su culto entre los romanos hasta casi el advenimiento de Jesucristo, era el dios supremo y prepotente, el que resucitaba y daba la vida y

309 ————— la

la salud. Mezcla de Osiris y de Apis, de cuya conjuncion parece tomar su nombre, Serapis tenia culto en todos los pueblos y templo en todas las ciudades; pero el templo y el culto de este lugar en que ahora estamos, era el centro religioso de Egipto, y á él se dirigian las peregrinaciones en caravana.

Al pié del gran Serapium corria el canal del Nilo, que llevaba sus aguas al mar Rojo; y esta circunstancia, junto con la de ser el terreno á propósito para estacion marítima, da motivo á sospechar si el templo se labró por estar allí el compartimiento natural de las aguas, ó si esta parada de las aguas tuvo origen en la existencia del templo de Serapis. Sea de ello lo que quiera, hoy el curioso puede ver allí que la traza del canal Lesseps es la misma que la traza del canal Necos, así como más adelante se verá que los ingenieros egipcios hacian desembocar en Suez las aguas del rio padre, en el mismo punto en que los ingenieros franceses han hecho desembocar las aguas del Mediterráneo. ¡Sublimes coincidencias del ingenio del hombre!

Los catorce kilómetros que median entre Ismailia y Serapium, así como los cuarenta y nueve que hay desde este punto á Chalouf, no tienen otra perspectiva de recreo que la navegacion por



los Lagos Amargos. Estos lagos, ó mejor dicho, este mar de invencion moderna, ya lo dijimos ántes, tiene una extension de quince kilómetros. Su origen parece provenir de traspiraciones subterráneas del Mediterráneo; pero en el dia era forzoso nivelarlo y cubrirlo de agua por la superficie de la tierra, para cuya operacion se han necesitado, á más de trabajos gigantescos de draga y de roturacion en seco, todas las aguas del canal marítimo por espacio de muchos meses, pues su nivel no ha crecido sino en tres centímetros y medio cada veinticuatro horas.

La perspectiva del viajero en los Lagos Amargos es imponente y dulce á la vez. Ya no camina por un rio artificial; ya no se encajona por los taludes de las trincheras; ya el cielo violado, la arena roja y el agua azul, le permiten divisar el Asia y su poético mar, en plena navegacion suiza. La tarde que declinaba, el sol que dirigia sus rayos oblicuos sobre las cabezas de los pasajeros sobre los puentes; el ánimo, que se saciaba en admiracion de ver cumplida una obra tan inmensa; la luna, que apuntaba su disco en pleno grandor; aquella naturaleza intacta que nosotros roturábamos para hacerla fértil y rica, todo contribuyó sin duda al pensamiento de la nave capitana de hacer la noche en los Lagos Amargos

para entrar á la mañana siguiente triunfantes en Suez.

Allí se pasó la noche en fiesta muda, con solemne contraste de la anterior, pero sin que ninguno se decidiese á tomar el lecho hasta la madrugada.—Ayer fué la fiesta del cuerpo y de los sentidos; hoy era la fiesta del alma y de la reflexión.

Por la mañana llegamos á la trinchera de Chalouf, sitio el más peligroso y estrecho del canal, como que sobre rocas durísimas ha sido abierto en seco y á mano por ocho mil hombres en dos años de incesantes labores. Desde aquí se domina el golfo de Suez, del cual distamos catorce kilómetros solamente. La embocadura en que vamos á entrar era llamada por los árabes *Bad-el-Mandeb* (Puerta de las lágrimas), y hoy va á ser la puerta del regocijo.

Hasta aquí la Nereida del mar Rojo habia sido muy cruel con los navegantes, á quienes, segun la frase arábica, «tendia sus blancos brazos cubiertos de corales, para sujetarlos y hundirlos en las aguas.» De hoy en más el diablo del vapor y el ingenio del hombre han desenmascarado á la diosa rebelde, y los bancos de coral, y las ollas y los tifones, no serán en adelante peligros serios para el semita.

Por aquí ha ocurrido una gran catástrofe histórico-religiosa apuntada en el Exodo. Los egipcios han querido derrotar á los israelitas, y Dios ha permitido á Moisés atravesar en seco el mar Rojo, mientras Faraon y los suyos han perecido bajo sus aguas.

Nosotros no somos muy fuertes en ciencias teológicas, é ignoramos si este hecho es un milagro en sí mismo ó un milagro en sus consecuencias. Si lo primero, nada tenemos que decir; mas si el milagro consiste en la salvacion del pueblo de Dios, como presumimos, hé aquí la explicacion del hecho.

El golfo de Suez se adelanta bastantes kilómetros hácia el Istmo, confundiéndose con unas lagunas, á las cuales hemos proporcionado corriente con el canal. Esta extension de arena, cubierta con el agua del Rojo, y que forma parte integrante del mar, suele en las bajas mareas, sobre todo del equinoccio de primavera, quedar completamente en seco, merced á los vientos del Norte que azotan las escasas aguas. En cuanto el viento cesa, la mar vuelve á cubrir la playa; pero los conoedores aprovechan esas horas para pasar sus ganados de Asia á Egipto, con cuyo procedimiento ahorran tiempo y dinero abundantes.— Moisés, por milagro de Dios, llegó á ese punto

313 _____ en

en los momentos de sequedad, y ganó la tierra vecina con sus huestes; al paso que Faraon, desconocedor de la gracia, quiso seguir las huellas de su enemigo con las suyas, y pereció con ellas entre las olas. Hé aquí, *salva fide*, la explicacion de la catástrofe.

Los franceses que caminaban con nosotros entonaron en aquel lugar la sublime plegaria de Rossini.

Pero callen los cantos y la historia: los cañones resuenan en esa misteriosa playa, enorme *aquarium* de moluscos no inquietados por nadie desde la creacion. ¿Qué músicas son esas? ¿Qué banderolas de colores se lanzan á los aires? ¿Qué campanas repican? ¿Qué gritos de entusiasmo nos ensordecen?—Es Suez, la tercera ciudad del Istmo, el obstáculo que las Indias encontraban al llegar á Europa; es la puerta de las lágrimas, que hoy rechina de regocijo sobre sus goznes.—«¡Paso al vencedor del Desierto! ¡Viva Lesseps!»—Hé aquí las voces que se escuchan.

—Pero, señor (murmura el héroe), aquí vienen reyes y emperadores, príncipes y magnates; gritad por ellos.

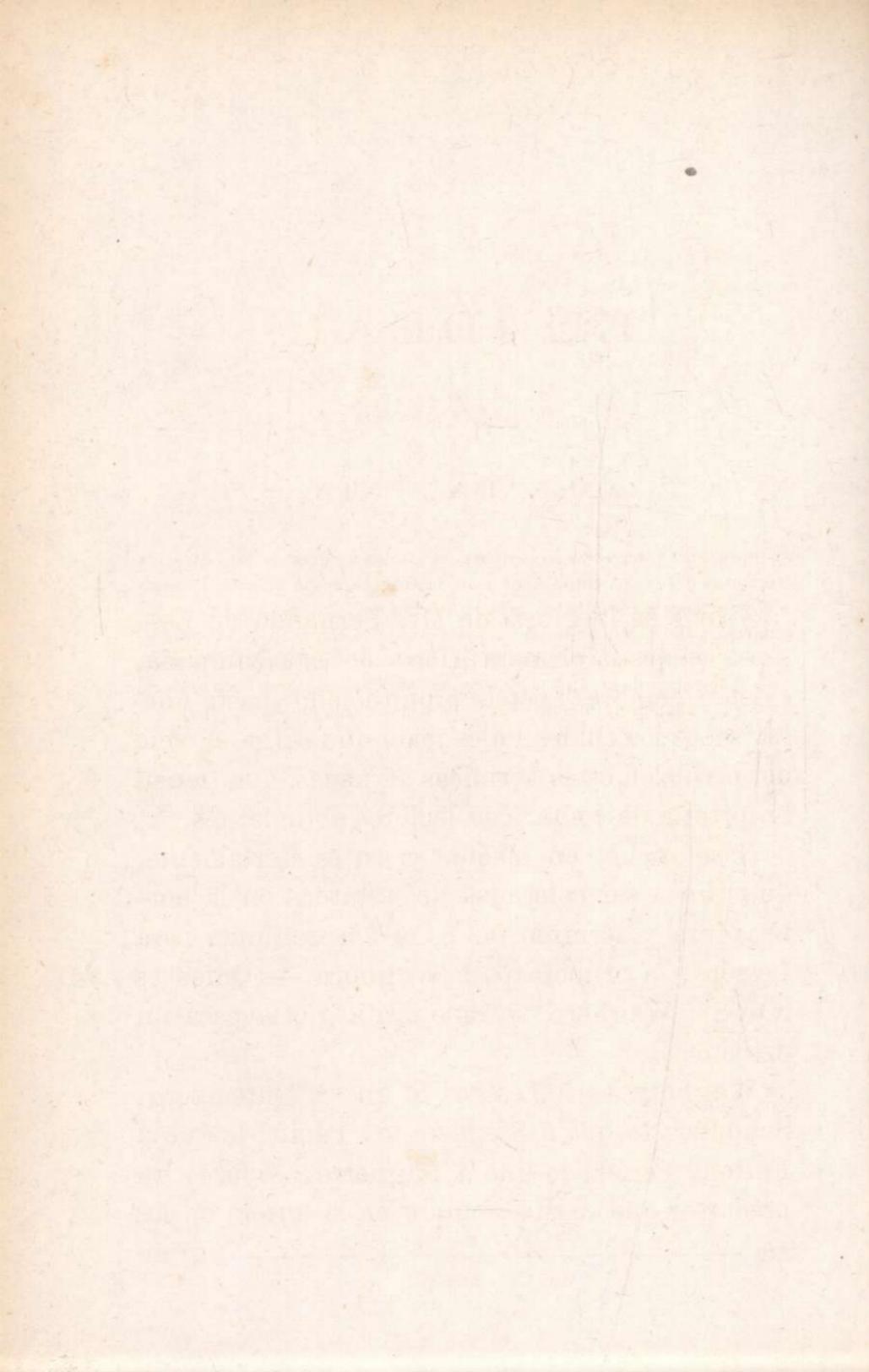
—No, no (contesta la multitud): esos reyes vienen de escolta tuya, son los que solemnizan tu gloria:—¡Viva Lesseps!»

Así desembarcamos en la hermosa ciudad anglo-francesa de las costas asiáticas.— Los animalillos infusorios, producto de la extrema salazon de las aguas, que al descender sobre ellos los rayos de un sol abrasador, se produce la reverberacion dorada á que este mar debe el nombre de Rojo; las millaradas de infusorios, decíamos, que han sacado las cabecillas libremente hasta ahora para asustar al marino, debieron huir la mañana del 20 al fondo de los abismos; porque el mar Rojo no era rojo, sino azul: las aguas batian en un hermoso puerto; escuadras mercantes de todos los países aguardaban entre vítores y fiestas que se les abriese la puerta burladora del cabo de Buena-Esperanza; nunca como este dia el mar asiático ha debido con razon llamarse de las perlas.

Sí: perlas en el cielo, en la tierra y en el mar; perlas en los ojos de los que aquello contemplábamos, por admiracion al hombre y gratitud á Dios.

JORNADA SEXTA

en que el autor dirige sus recuerdos á las glorias oscuras de esta atrevida empresa del canal; estudia las vias de Oriente desde lo antiguo hasta hoy; avalora los resultados de la roturación del Istmo; expone el pensamiento y las resoluciones prácticas de un nuevo campeón de los progresos de Oriente; trae á la memoria las hazañas de españoles y portugueses en el derrotero de las Indias, y, despues de presenciar una boda arábiga, asciende á la gran Pirámide para terminar en digno püesto su obra.



EL IDEAL

I

Aparte de la gloria de Mr. Fernando de Lesseps, que es la primera gloria de esta campaña, existen nombres apenas pronunciados hasta ahora, sobre los cuales no es justo que caiga el velo del olvido en estas verídicas Jornadas, que tienen la fortuna de contar con lectores abundantes.

Háse dicho, en efecto, y así es ciertamente, que van á ser colocadas dos estátuas en la embocadura y término del canal: la segunda para Lesseps; la primera para Waghorn.—¿Quién es este Sr. Waghorn? ¿Cómo tanta gloria para un desconocido?

Waghorn es á Lesseps lo que á Gutemberg, Schœffer; lo que á Stephenson, Papin; lo que á Fulton, Perier; lo que á Daguerre, Niepce: un precursor que existe siempre en la aurora de los

grandes descubrimientos, que arroja la primera palabra á modo de embrion sobre las inteligencias que han de venir, áun cuando sin haber formulado prácticamente los términos resolutorios del problema. La historia suele olvidarse de estos hombres con notable injusticia; bien que la historia llega en ocasiones á cometer crímenes tamaños como el de llamar América al descubrimiento de Colon.—Hoy la historia es más crítica y tiene mayor conciencia: hoy la llamaría Colombia.

Mr. Waghorn es un teniente de la marina real británica, que ya en 1830 habia construido un canal á través del Desierto en su imaginacion. Él, viajero infatigable, se desesperaba, delante del mapa, al ver que para arribar á la India desde Europa no hicieran caso los hombres de la breve lengua de terreno que existe entre el Mediterráneo y el mar Rojo, yendo á remontar en largos meses de peligrosa navegacion el proceloso Cabo de las Tormentas.

Los recursos materiales y morales de aquella época no eran ni con mucho, á pesar de ser tan próxima á la presente, los que hoy tiene á su disposicion cualquier ingenio para ser comprendido y ayudado por la generalidad. El teniente inglés contaba con la atencion de los navegantes y de

los geógrafos, pero no contaba ni con los gobiernos ni con los banqueros. Fija, sin embargo, en la mente su idea, propuso al ministro inglés de las Colonias un plan de los más extraños: él mismo se comprometía á conducir á la India los despachos del gobierno, en la mitad del tiempo que hasta entónces empleaba el correo oficial.

Esta extravagante propuesta fué atendida con desconfianza, pero fué atendida. El gobierno inglés entregó á Waghorn despachos duplicados de los que mandaba á la India, áun cuando no le otorgó recurso alguno personal. Waghorn voló de Lóndres á Alejandría, aprovechando los buques que navegaban periódicamente en el Mediterráneo; de Alejandría marchó á Suez, como los fellahs, como los caravaneros, ¿qué sabemos cómo? en Suez tomó el primer barco que hacia rumbo al Oriente; y áun con tantas dificultades, con tantas molestias, con tantas incertidumbres como las que un particular desvalido halla en casos como este, entregó en Bombay el correo de Lóndres dos meses ántes que llegara el del gobierno.

La experiencia habia sido decisiva, elocuente, avasalladora: la ruta de Waghorn era la ruta de los tiempos modernos, de la civilizacion, del vapor. Hacer un camino de Alejandría á Suez, era ya obra de las manos: unos poderosos buques, do-

blando el Cabo, vendrían á situarse en el golfo de Suez; otros barcos partirían de Marsella para Alejandría; aquí se haría un trasbordo, y las caravanas atravesarían el Desierto: nuevo embarque y nuevo viaje. El Cabo de las Tormentas estaba vencido: la India se venía para acá.— ¡ Viva el teniente Waghorn!

Ahora puede comprenderse la parte que este marino tiene en la actual empresa; porque Mr. de Lesseps estaba ya en Egipto, como jóven de lenguas, cuando se discutía la hazaña del correo singular. Las predicaciones del precursor caían sobre la inteligencia del adolescente Lesseps; como el hervor de la olla de Papin había resonado en la inteligencia de Stephenson.— Nadie dudará ya del por qué de esa estatua.

Pero hay otro personaje, oculto hoy en el segundo término de la indiferencia general, á quien se deben honra y recuerdos especiales: este es Linant-Bey.

Mauricio Linant de Bellefonds es un francés de principios del siglo, que casi puede decirse que nació á bordo del barco de su padre. Navegante distinguido primero, explorador despues por su cuenta de las costas egipcias, tuvo la fortuna de encontrarse con Mehemet-Alí, el cual, apreciando sus talentos, le encomendó la formacion

de la carta hidráulica de Egipto. Hecho este trabajo con notable lucidez, Linant exploró como geógrafo la tierra de los Faraones, y fijó la posición de muchas ciudades antiguas reconstruyendo el relato de antiguos é insignes historiadores griegos, latinos y arábigos. Escogido despues para ingeniero en jefe del bajalato, cubrió en pocos años de canales y caminos el país, y dirigió en 1845 las primeras exploraciones relativas á la apertura del istmo de Suez. Él fué quien trazó para el sansimoniano Enfantin el primer proyecto completo sobre el asunto en 1847, bajo los auspicios del rey Felipe, y el que más tarde ha dirigido en jefe el canal bajo la iniciativa de Mr. de Lesseps.

El mayor mérito de Linant-Bey (coronel Linant), consiste en que es el primero que probó matemáticamente la nulidad de los desniveles, el ridículo temor de las inundaciones, la preferencia de una via directa sobre los proyectos indirectos de Lèpère y de otros, y quien dijo, en fin, al virey Mohamed-Said en 1855, bajo su firma, todo lo que ha acontecido, punto por punto, en 1869.—La Memoria de Linant y el anteproyecto facultativo que en union de su compañero de ciencia y de país, Mongel-Bey (digno tambien de grande estima), fué presentada á Europa,

parece hoy al leerla que es un documento escrito despues de la apertura del canal. Nunca se ha discrepado ménos entre el cálculo y la ejecucion, entre las ilusiones y los sucesos.

¡Honor, pues, á la ciencia aplicada, al ingenio que realiza las concepciones del génio!

Dediquemos, por último, algunas palabras á dos eminencias de la industria que han trabajado poderosamente en favor del éxito que hoy ya se aplaude en el mundo entero. Estas dos eminencias son dos casas industriales, sin cuyo concurso las obras hubieran durado largos años y el fin nunca habria sido tan satisfactorio; se llaman Dussaud hermanos, y Borel y Lavalley, de París.

Ya hemos indicado ántes de ahora que en Egipto no se encuentra piedra más que en los puntos donde el canal no la necesitaba; y que sin piedra, en prodigiosa abundancia, no se construyen puertos ni se fabrican canales.

Dussaud hermanos llevan á Egipto en 1864, cuando las obras se arrastraban lánguidamente y á costa de enormes sacrificios, la ciencia y actividad industriales que ya habian ejercitado en Europa construyendo los puertos de Marsella, Argel y Cherburgo. Como por encanto montan su gran fábrica de piedra, y arrojan al agua treinta bloques por dia del tamaño de casas. Vapores re-

molcadores, ferro-carriles, gruas, todo es instalado brevemente, hasta el punto de que en un solo año pasen de cien mil las toneladas de granito artificial que se pongan en línea. La naturaleza tarda cien siglos en fabricar la piedrecilla de un río: la industria humana, iluminada por la naturaleza, ha abreviado el tiempo á cien minutos.

La casa Borel hace más aún. Ella ha dragado muchos puertos y socavado muchas trincheras; pero aquí se trata de un problema casi insoluble. El dragado de puertos como la excavacion de montañas, se limita á arrancar fango y piedra de un punto dado, para arrojarlos á otro punto, sobre el cual no hay intereses de construccion: la alta mar ó la baja montaña. Pero un dragado y socavon que comprenden muchos millones de metros cúbicos, y que exigen en su larga y estrecha extension dejar viables sus costados á la vez que reforzar ambas orillas, para impedir los remolinos de un desierto de arena, ni se habian presentado hasta ahora, ni se concebía su ejecucion, sino por el sistema de los Faraones.—Creemos haber dicho ya que este sistema exigía tres siglos de tiempo para realizar la obra.

Borel inventa una draga que reduzca los tres siglos á tres años. Tras de la gran potencia que acumula al aparato, sobre todos los de su especie

construidos hasta el día, provee á la draga de un cañon ó tubo metálico, que á impulsos del vapor arroje los fangos y las piedras á setenta metros de distancia con regularidad incomparable. Los barcos excavadores arrancan el suelo con sus uñas aceradas, y lo convergen á la superficie misma de su cubierta, como las dragas ordinarias; pero allí, en vez de los lentos barcajes que remolquen el légamo al mar, ó las tardas carretillas que transporten las piedras al valle, se encuentra la nueva máquina impulsora que vomite los escombros á la distancia ya dicha; en forma todo ello de que el canal en lo futuro pueda ensancharse en más del doble que hoy, sin nuevos sacrificios, y de que se vayan formando fuertes malecones de defensa á ambos lados de la via fluvial, economizando el enorme costo de las laderas artificiales proyectadas.

En una palabra: Borel se ingenia de modo que el canal se vaya haciendo por sí mismo en su fondo y en sus costados, como por sí mismo se fabrica el papel en la máquina ó el pan en la tahona moderna; echando la masa por una punta, y sacando los pliegos ó los panecillos por la otra.

Sesenta kilómetros de via se abren así entre la admiracion de extranjeros é indígenas sin contratiempo alguno, sin que hayan faltado en nada

las previsiones del inventor; decimos mal, con el grave y sensible contratiempo de que Borel, á los cuarenta y ocho años, cuando tanto le sonreía la fortuna y á mucho mayores empresas se preparaba, falleciese súbitamente en París momentos ántes de dirigirse al teatro de sus glorias industriales.—Ya hemos derramado ántes en estas páginas una lágrima á su memoria.

II

Satisfecha esta deuda con los hombres, áun cuando hay muchos con quienes la tenemos todavía, porque es imposible en un estudio como el actual particularizarse con todos los que lo merecen, réstanos satisfacer una deuda al mundo en general, sobre los probables resultados de su reciente conquista.

¿Cuál es la verdadera influencia de la apertura del istmo de Suez?—Hé aquí lo que muchos se preguntan con dubitativo afán, y á lo que pensamos responder tan breve y satisfactoriamente como nos sea posible.

Los hombres de todos los tiempos, desde que el mundo goza de una conformacion social susceptible de ser comprendida bajo la palabra *civilizaciones*, han tenido una preocupacion comun y por extremo preferente: las Indias.—No podemos

decir si un instinto preternatural les guiaba á dirigir la vista al Oriente, donde todo nace, ó si un instinto de interés mundano les impelia hácia esas magníficas regiones donde las arenas del mar son perlas y el polvo de la tierra diamantes. Ello es que la especie humana siempre miró al Oriente, y siempre se preocupó con el camino de las Indias.

Los fenicios, esos primeros comerciantes del mundo conocido, atravesaban la Arabia Petrea y los arenales que bañan el golfo Pérsico para adquirir sus mercancías de traficantes árabes: allí tomaban sus perlas, su oro y sus muselinas, para volver en caravanas á Tiro y á Sidon, á Egipto y Grecia, desde donde los hombres del Norte las conducian á Europa, dejándoles á ellos el monopolio del cambio. — Los griegos, sin embargo, ambicionan suceder á los fenicios en el comercio de la mar índica, y una gran batalla histórica, la batalla de Salamina, les hace dueños del campo mercantil, dejándoles asomar la cabeza hácia Occidente por el puerto de Alejandría. Desde el Ganges al Nilo los griegos lo abarcan todo: monopolizan la tierra y el mar, abren el comercio al mundo entero, y extienden su dominacion civilizadora desde el punto donde todo nace, hasta el punto donde todo se consume. El mismo impe-

rio romano cree que domina al universo, y es la pequeña Grecia quien lo explota.

Pero cae la humanidad en la noche arábica de los siglos medios, y las Indias vuelven á desaparecer. Entre el nacimiento y el ocaso del sol se alza una barrera representada por la media-luna, especie de signo tenebroso entre la luz que se extingue y la claridad que no se quiere perder por completo.—Las cruzadas acometen al infiel en desesperada y eterna lucha, mitad religiosa, mitad mercantil, como todas las guerras, y su triunfo entreabre nuevamente el camino de las Indias desde Venecia, Génova, Pisa, Barcelona, Marsella y Amalfi, hasta volver á la Tiro fenicia, eclipsada largos siglos para Occidente. Entre estos pueblos valerosos, Venecia descuella en primer término, y asume en su gloriosa y ejemplar república la sucesion de los griegos.

Mas nuevo empuje mahometano cierra la puerta intermediaria de ambos mundos, y ya no es hasta nuestra época posible reanudar el primitivo imperio de las comunicaciones.—Cristóbal Colon primero, gran enemigo de Venecia; Magallanes despues, llegan, éste tras del otro, á las puertas de la India soñada, áun cuando el estrecho que lleva el nombre del último no sea el mejor camino para establecer relaciones fáciles y periódicas.

Pero como mientras tanto Vasco de Gama franquea el Cabo de las Tormentas y halla nueva ruta para las Indias, á españoles y portugueses les cabe el honor de abrir por tercera vez y para no cerrarse jamás, el camino que conduce á las riquezas de Ofir.

Por tercera vez los turcos confunden á los venecianos, como en otro tiempo habian confundido á fenicios y griegos; pero el camino portugués de la mar no podia ya ser cerrado, y España absorbiendo á Portugal, Holanda á España, Inglaterra á Holanda y todo el continente europeo, producen nuevos soberanos de la ruta de la India, nuevos monopolizadores del comercio, nuevos fenicios de nuestros dias: los ingleses.

En esta situacion se encontraba el gran sueño de los hombres, cuando Mr. de Lesseps intentó roturar el Istmo. No se trataba ya de la ruta fenicia, ni de la griega, ni de la veneciana, ni de la española, ni de la portuguesa: se trataba de la ruta universal, independiente, humana.

Crece, pues, desde su concepcion el pensamiento de este siglo sobre los pensamientos de todos los siglos.—Hubo un tiempo, ó por mejor decir, ha sido patrimonio de todos los tiempos, excepto en algunos períodos de la civilizacion helénica, la absurda teoría de que nadie podia

enriquecerse sin que hubiera otro que se arruinara. Partiendo de la base errónea de que dada una cantidad de riqueza, si uno la posee no la puede poseer otro al propio tiempo, el espíritu mercantil ha sido el espíritu de la guerra, y los tesoros de Oriente la preocupacion y el móvil de la guerra misma. Ha sido necesario que la ciencia económica de nuestros dias predique el gran axioma de que la riqueza es el trabajo humano y nada más, para que los hombres principien á convencerse de que donde hay actividad hay Indias, y de que las Indias sin trabajo son tan pobres como el Desierto.

Durante esos períodos de la historia, el comercio consistia en el misterio, en el unipersonalismo, en el monopolio: era mejor comerciante el que se escondia mejor, el que partia en el silencio de la noche para puntos lejanos, y volvia al amanecer de la alborada cargado de botin. Los pueblos más civilizados y más potentes se apoderaban de la ruta de Levante para llegar al país de las especias, de la seda, de las perlas y del oro con antelacion ó con excepcion de los demás. Destruir á los hombres era florecer y enriquecerse. Esto ha durado con relacion á Oriente, desde los orígenes de la historia hasta el 17 de Noviembre de este año de completa gracia.

El canal de Suez ha acercado aquel mundo y este mundo en la mitad del tiempo y del espacio; pero ha hecho más: ha destruido en un solo día el monopolio de todos los siglos, ha diafanizado el comercio, ha abierto la tierra del caminante y el espíritu del comerciante, ha añadido al diccionario de los modismos, este modismo más:— «Desde todas partes se va á Oriente.»

Con el sistema antiguo, las razas monopolizaban, las naciones monopolizaban, las compañías de Indias monopolizaban, el capital más crecido monopolizaba al más menguado: habia que ser fenicio ó inglés. Con el sistema actual, todo el que trabaje tiene Indias, todo el que quiera adquirir especias y oro y sedería y diamantes, tiene la puerta abierta para conseguirlo: basta ser trabajador, para ser inglés ó fenicio.

Pero hay mucho más que esto. — La distancia del Oriente, la dificultad del viaje, el coste del comercio, las pérdidas por desgracia, los infinitos obstáculos de la ruta, proporcionaban, es cierto, al monopolizador ó afortunado, enormes ganancias materiales: él traía únicamente y él vendía al precio que le daba la gana. Pero bajo el aspecto moral, un comercio de esta especie era desastroso.

Por una parte el Oriente no veía al Occidente

más que en la exígua proporcion de sus atrevidos é interesados abordadores: éstos no adquirian sino á precio ínfimo, y estafaban, robaban, por duras que sean las palabras, á las pobres tribus, con quienes se ponian en contacto. El mercader se enriquecia á costa del Oriente primero y del Occidente despues; pero ni el Oriente ganaba en civilizacion ni ganaba en riqueza; al paso que el Occidente, que poco ó nada mandaba allá, tenia que saldar sus compras en dinero, y el numerario se enterraba allí.

Haciendo más numeroso el tráfico, admitiendo la competencia de la mercancía, dando y tomando las cosas en su justo valor, el Oriente trabaja y aporta, el Oriente adquiere y se enriquece; el Occidente á su vez consume y fabrica, el Occidente abarata y envía; de cuyo doble proceder resulta mayor bienestar, mayor cultura, mayor movimiento en los de allí, y mayor uso, mayor ventaja, mayor saldo de efectos en los de aquí. Nuestra plata no irá á enterrarse en la China, en la India ni el Japon, sino nuestros productos; y á la vez la India, el Japon y la China, nos mandarán á precios cómodos la inagotable riqueza de su suelo.

Por último, las relaciones de Oriente y Occidente no se harán ya por una sola raza, ni por

una sola religion, y ménos por una secta fanática ó descreida. Irán allí las razas y las religiones de la civilizacion de Occidente, la vida de Occidente, la moral de Occidente, las costumbres, las leyes y los idiomas; el tesoro de ciencia, de letras y de artes, que si un dia nos vino de aquella region donde nacen todas las luces, clama el cielo hace ya siglos porque se le devuelva crecido y compacto, ántes de que se extienda por su vasta superficie el manto negro de todas las oscuridades.

Hé ahí en globo, sin descender á detalles de otra especie, bien fáciles de distinguir, el convoy que se prepara á pasar el agua por el canal de Suez. Quinientos millones de criaturas esperan en estado de esclavitud y barbarie, que el agua del mundo occidental fertilice el campo de sus inteligencias.

III

Y no hay que figurarse, como algunos cándidamente se figuran, que la barbarie y esclavitud de esas gentes es relativa; por cuya razon suponen que si su existencia comparada con la nuestra es desdichada, no lo es sino muy dichosa analizada en su propio origen y en el desenvolvimiento natural de sus costumbres. Prescindamos de los horrores de China, de Persia y del Japon; de esos millones de criaturas sumidas en la servidumbre más abyecta y en la ignorancia del bien y del mal más absoluta; cuyas mujeres son bestias de carga, y cuyos hijos son arrojados á las márgenes de los rios para que los recoja, si quiere, *La Santa Infancia*; prescindamos de esa barbarie que todos conocen y de la infinita que debe residir en países aún más desconocidos: concretémonos á esta propia tierra de Egipto donde la civilizacion ya ha penetrado; á esta tierra cuyo

rey es sabio y prudente, cuyos ministros son ilustrados y morales, cuyas conexiones son ya casi todas europeas, cristianas y civilizadoras. Dentro de este Egipto, decimos, y al final de una sola calle de agua, existe la inhumanidad erigida en sistema, el canibalismo elevado á institucion pública.

Allá, en el extremo del Nilo, entre los misterios de ese río, nunca explorado con éxito hasta ahora, residen tribus bárbaras que, por la sobriedad de sus necesidades, la abundancia natural de sus campos y la incomunicacion casi absoluta en que se hallan con el resto de los hombres, incurren, para buscarse algun recurso material extraño á los suyos, incurren en perpétua guerra de exterminio, los fuertes contra los débiles, hasta reducir á éstos á la esclavitud y venderlos en Asia.—No es, pues, en Dahomey ni en el interior del África inexplorada, donde se ejerce el vil comercio entre lagos de sangre; es dentro de esa tierra que hemos hollado y reducido ya los hombres del siglo XIX; es aquí mismo, á la vista de la civilizacion europea, donde se ejerce ese comercio monstruoso á ciencia é impaciencia del khedive de Egipto. Las aguas azules del río que han surtido los baños de los monarcas y príncipes más ilustrados de Europa, han podido traer alguna

337 ————— gota

gota oculta de esa sangre que perpétuamente se derrama en el Nilo Blanco.

Hemos dicho que una sola calle nos separa de esos horrores, y una sola calle es, recta y practicable en toda su extension, áun cuando mida seis mil doscientos setenta kilómetros.

El Nilo es navegable y lo ha sido siempre, á pesar de sus cataratas y de los múltiples accidentes de su larguísimo curso; pero el carácter bárbaro y sanguinario de las tribus que habitan las tierras altas, ha impedido las expediciones tranquilas y felices, que pudieron conducir al hombre hasta los orígenes del rey de los rios. Caillaud, Abbadie y otros muchos ilustres viajeros, á quienes la ciencia debe tanto por sus atrevidas exploraciones, no consiguieron, sin embargo, ni en el último siglo ni en el presente, adelantar gran cosa sobre sus misteriosos manantiales. Ahora en nuestros dias es cuando parece que se sabe todo, ó por lo ménos lo bastante para sacar partido de ese gigantesco venero de agua dulce que la naturaleza ha colocado á través del ardiente suelo de África.

Á más de seis mil kilómetros, hemos dicho, del mar Mediterráneo, en las montañas de la Luna, por bajo de la línea equinoccial, han encontrado en nuestros dias los capitanes ingleses

Speke y Grant un lago tan grande como el mar Adriático, de donde tiene su origen el Nilo. Este lago habia sido descubierto ya por otros ingleses, entre los cuales descuella Burton, y en la actualidad se llama como su reina.

El lago Victoria no es aún conocido más que en unas cuarenta leguas de su extension; pero ya deja adivinar su importancia en lo poco que de él se ha estudiado, así como ofrece ancho campo á las conjeturas sobre sus conexiones ó enlaces con aquella ignorada parte de la tierra. Mientras el rio se desliza en la exclusiva soledad de su origen, se llama Nilo *blanco*; toma el nombre de Nilo *azul* cuando bastantes kilómetros despues comienza á recibir afluentes, hasta que en la provincia de Kordofan se llama sólo Nilo, riega los reinos de Abisinia y Nubia, y penetra en Egipto por dos grandes ramas que en el interior del Desierto se subdividen en siete brazos y siete bocas, cuyos nombres antiguos se conservan al presente.

El Nilo, en su origen, está encauzado por cordilleras de montañas que le impiden el desborde; pero en el Medio y en el Bajo-Egipto, donde estas montañas desaparecen, engrosado con las lluvias torrenciales del estío, se colma y se derrama hasta la porcion de ocho metros sobre su cauce, produciendo esas célebres inundaciones á que la tierra

de Faraon debe su prodigiosa fertilidad.— Mehemet-Alí, por medio de sus canales, regularizó hasta lo posible los desbordes del río, y proveyó de reservas de agua dulce á los campos de Alejandría y del Cairo, para la época en que faltan las lluvias ó el Nilo corre por sus riberas naturales. Tal es la biografía del misterioso brazo de agua que en los momentos presentes se quiere utilizar en beneficio de los bárbaros que habitan su origen, y en provecho de las gentes civilizadas que acuden á su desagüe.

Efectivamente: otro inglés distinguido, Sir Samuel Baker, con quien el lector recordará que nos hemos hallado en el valle de las Pirámides, concibió hace muchos años la idea, cuando contribuía quizá tanto como Burton á encontrar los orígenes del Nilo, de ser el primero que aprovechase para bien de la humanidad los atléticos trabajos de los exploradores.

Su plan, que se inaugura en el propio momento que el de Lesseps, ha sido aceptado por Ismail-Pachá con grandé entusiasmo, gracias á la intervencion y esclarecimientos morales del sabio Núbar, su primer ministro. Consiste este, en remontar el Nilo con un ejército de los mejores soldados del bajalato, y otro ejército de los más robustos trabajadores de la emigracion euro-

pea. La expedicion parte de Alejandria con sesenta y cinco barcos de todas clases, cuyo mayor número lo componen vapores de acero, perfectamente contruidos para la navegacion á que se destinan, los cuales desarmados y en piezas bur-larán hoy los escollos del rio, y constituirán ma-ñana la escuadra del lago. Establecida así la co-municacion civilizadora en ambos extremos del continente, los mil setecientos soldados del virey asegurarán á Baker en su posicion y protegerán la obra de los colonos trabajadores, marinos casi todos, que por de pronto sólo van á ocuparse en hacer expedita la navegacion del rio.

Cuando esto se haya verificado, y mientras esto mismo se verifique, los indígenas sometidos por la fuerza, halagados por el interés y conquista-dos por los goces de una comodidad, nunca para ellos vista, que desde luego se les ofrece, ayuda-rán á Baker en la primera parte de la empresa, ó sea en abrir comunicaciones terrestres y fluvia-les que permitan establecer el comercio rápido y directo. Entónces la autoridad del Khedive, que es hoy nula en aquellas lejanas provincias, ad-quirirá medios de influir eficazmente sobre los naturales, y se les perseguirá en el comercio de esclavos, obligándoles al cultivo del algodón. Y el comercio de esclavos es desde 'el Sudan

arriba, ó sea desde la primera catarata hasta el lago, de una tal importancia, que autores de estos dias calculan, por datos oculares, en una cifra de setenta mil cabezas por año el número de infelices á quienes el desgobierno de Egipto, la avaricia de los bajás y el torpe influjo de algunos sátrapas europeos, roban á las fértiles llanuras del Alto-Nilo. Si á este espantoso número añadimos que cada esclavo vendible representa otros cuatro perdidos por la matanza de la lucha, por el hambre, por el tifus ó por las fatigas de la travesía á que se les sujeta en las más desdichadas condiciones; si añadimos tambien que á los mejor constituidos y de mejor porte se les mutila para hacer regalos de eunucos á los personajes mahometanos que han de permitir ó hacer como que no advierten el tráfico de carne humana, se formará una idea de la grande obra que el atrevido abolicionista se propone emprender con riesgo de sus intereses y de su vida. Diez años (opina Sir Baker) bastarán con este sencillo método para convertir la tierra de los degüellos y las ferocidades, en tierra de fertilidad y de riqueza. El interés moral de las misiones y el interés material de los emigrantes, completarán por sí mismos el resto de la obra.

Porque se trata de un país donde todo nace y

donde de todo existe; se trata de unas tribus aptas para el trabajo y la fundacion de colonias excelentes; se trata de un rio que sin estorbos sérios recorre sobre mil leguas del África más rica y ménos dañosa para la salud de los europeos; se trata de una tierra donde los productos más necesarios en Occidente brotan sin esfuerzo ni gasto; pero ¿qué decimos? Sir Baker ha visto en esos pueblos, que las empalizadas y valladares de los campos se fabrican con enormes trozos de marfil, cuya sola cosecha bastaria para convertirlos en rivales de los Perú y de los Chile trasatlánticos.

Samuel Baker, con la fé de un Colon y el empuje de un Cortés, ha partido ya en compañía de sus soldados y de sus marineros, con las armas y los barcos, con las simientes y los útiles de labranza, rodeado de su esposa y de su familia, abandonando sus bienes de Inglaterra y las comodidades de Lóndres, como quien quema las naves para no poder intentar el regreso. Con él van algunos franceses é italianos y un solo español, pero un español al fin, que corren los peligros de tan colosal empresa. Al ver la luz estas líneas trabajan en su obra. Un solo *Te-Deum* ha servido para Lesseps y Baker: que una sola victoria corone los esfuerzos de estos dos héroes.

IV

El español que acompaña á sir Baker al Alto Egipto, se llama Diaz; y á la verdad que no sabemos ciertamente si es español ó portugués, ni queremos salir de una duda que justifica cierta dichosa incertidumbre. Español ó portugués el tal Diaz, él puede acaso rematar dignamente una cadena de exploradores que otro Diaz inauguró, con honra insigne para Portugal y España, hace cuatro siglos.

Era aquel un tiempo en que españoles y portugueses figurábamos, no sólo á la cabeza de la civilizacion del mundo, sino á la cabeza de las exploraciones y descubrimientos del globo. El atraso relativo en que las ciencias se hallaban, producía en las cabezas de los grandes genios de la Península ciertas manías encantadoras, ciertos errores filosóficos y geográficos, que puestos en ebullicion con los ardores de la fé, del patriotismo y de

la valentía, encaminaban á empresas gigantes-
cas, en las cuales los errores quedaban vencidos
por inesperadas y felicísimas realidades.—Los
monomaniacos de la historia y de la geografía se
llamaban entónces Vasco de Gama y Cristóbal
Colon.

Una de las preocupaciones de los ingenios de la
época, singularmente de los portugueses, era ar-
rojarse por el mundo en busca del Preste Juan de
las Indias.

¿Quién era este personaje?—Nadie lo sabia en
aquel tiempo ni nadie lo sabe hoy; pero á su busca
debe la humanidad las conquistas de Oriente.

Suponíase entre los cristianos del Renacimiento,
que al tender el mahometismo su manto de noche
por las provincias que encaminaban á las tierras
del dia, debió conservarse pura y sin mancha la
tradicion cristiana, allá en algun desierto confin
del mundo oriental, donde los hombres de fé y
de ardimiento podrian encontrarla cuando quisie-
sen. Era imposible que los campos de la Tebaida,
sembrados de monjes cristianos alguna vez, no
hubieran conservado la semilla de la ley del Re-
dentor, en estado de germinar algun dia con
fuerza nueva y provecho definitivo de los hom-
bres. Dada esta creencia, tan piadosa como vero-
símil, era evidente que su representante se habia

establecido en el país más fértil y lozano, que era rey y sacerdote, que avasallaba, ó por lo ménos se veía respetado de todos los reyes y de todos los brahamines que poblasen aquellos mundos; que conservaba viva la fé y en disposicion de enlazarla con los occidentales que vinieran en su auxilio; y por fin, que el precursor del Mesías se llamaba Juan, y que éste debia llamarse lo mismo.

Pero ¿dónde residia?—Los unos lo colocaban en la Mongolia, los otros en la India, aquellos en la Etiopía; donde quiera que se conservaban vestigios cristianos.

Bajo la enérgica iniciativa del rey D. Juan II, emprenden, pues, los portugueses, hácia los años de 1480, sus grandes exploraciones por África en ilusoria persecucion del Preste Juan de las Indias. Dos expediciones parten en ese tiempo, la una por tierra y la otra por mar, en busca de la rica alianza de ese soberano cristiano á quien se supone dueño de Oriente. Los de tierra descubren ricos países y opulentas comarcas, aunque sin los resultados que apetecian en su primitivo proyecto; mientras que los de mar, á las órdenes del ya célebre Bartolomé Diaz, sin encontrar tesoros, ni países fértiles, costean el África, rectificando la errónea configuracion que se le daba por los geógrafos, y descubren que aún caminando hácia

Occidente, se llega á un pico donde la direccion cambia al Oriente de nuevo; pico que las tormentas no les permiten doblar, pero que conduce sin duda á las Indias por el camino de agua.—Al saberlo el rey, le dice á Diaz:—«No consiento que ese punto afortunado se llame *Cabo de las Tormentas*; seria de mal augurio: deseo que se llame *Cabo de Buena-Esperanza*.»

Efectivamente: á Vasco de Gama se le encarga por el gran rey Manuel que doble el Cabo y busque las Indias. Parte el gentil caballero con tres barcos y ménos de un ciento de hombres, seguro de una victoria que sábios y magnates le niegan. Aborda las islas de Cabo Verde, gana á Santa Helena, llega á la isla de la Cruz, donde Diaz habia señalado el término de su ruta; y áun cuando vientos terribles le disputan el paso y una fuerza sobrenatural y fantástica se opone á que el marino prosiga su ruta; luchando allí con elementos y con hombres, con la duda de los suyos y la propia conviccion, con lo desconocido que le ataca y lo evidente que él se ha forjado en su fantasía, Vasco de Gama triunfa de la naturaleza y dobla el Cabo, y se dirige al Norte por el verdadero camino de las Indias, anelando en Mozambique en Marzo de 1498.—Vasco, como Colon al propio tiempo, verifica el viaje por la ruta más corta y

347 ————— más

más segura, cual apenas después se ha realizado con mayor acierto. Sus ansias son análogas, sus trabajos semejantes, su fortuna igual, su desdicha parecida.

Vasco continúa su marcha por el derrotero de Oriente, hasta que las observaciones meteorológicas le revelan que se halla en el mar Rojo, que ha remontado toda el África, que se encuentra en plena posesion del Océano Índico, y que con poco esfuerzo y perseverancia llegará á Calcuta. Así lo alcanza, en efecto, con la inmensa fortuna de inspirar confianza á los príncipes y pueblos con quienes ha tenido que tratar; y al traer á Europa, un año después de su partida, las noticias de sus descubrimientos y conquistas pacíficas, añade al florón de la corona de su rey, los títulos preciados de *señor de la navegacion y del comercio* de Etiopía, de Arabia, de Persia y de las Indias.

No ha encontrado Vasco de Gama al Preste Juan, pero ha encontrado el Asia con todos sus prestigios y todos sus tesoros: la patria se dispone á aprovecharlos bien.

En efecto: más cuerdos los portugueses que los españoles en no consentir que advenedizos y aventureros se apoderen de las tierras que en tan gran muchedumbre se descubrian, mandan á

Pedro Alvarez Cabral con una flota respetable á que siga la ruta de Vasco de Gama, deje á un lado al Brasil, toque en Mozambique y se avance hasta la India. Juan de Nava verifica, casi al mismo tiempo, ruta semejante; y á los esfuerzos de uno y otro debe el pequeño reino de la Península, extensas y ricas adquisiciones en aquella parte del mundo. Son éstas tan considerables, y es tal la fortuna de los portugueses en el trato de las gentes con quienes se enlazan sus marinos, que bien pronto la India se pone á la disposición arbitraria de Portugal; los reyes y principes de aquellos pueblos se disputan el honor de hacer el comercio con los navegantes europeos; las más ricas producciones de Oriente vienen á Lisboa en manos de los Alburquerque y otros atrevidos exploradores; llegando hasta el punto la confianza y el predominio, que en 1505 es ya enviado Francisco de Almeida con el título y cargo de virey de las Indias.

Á las primeras conquistas comerciales de Almeida, bien importantes sin duda para su patria, suceden las conquistas guerreras de Alfonso de Alburquerque, esforzado y noble capitán á quien puede comparársele en Asia con el Hernán Cortés de América. Sus numerosas adquisiciones en la China, en la Persia, en el Japon y dentro del mis-

mo Egipto, donde intenta cortar el istmo de Suez para facilitar el tránsito de Oriente á Occidente, constituyen una epopeya que al unísono cantaron el dia de su muerte orientales y occidentales.

El genio de este hombre extraordinario, y la insistencia y acierto de sus sucesores, entre los cuales merecen especialísima mencion Eduardo Pacheco y Tristan de Acuña, cuyas hazañas y servicios no tienen número, dieron á Portugal en el espacio de cuarenta años y con sólo cuarenta mil hombres, cuatro mil leguas de dominio desde el Cabo de Buena-Esperanza hasta Canton. Diéronle con el dominio el monopolio de la riqueza y del comercio; diéronle la gloria y el feliz empleo de sus hijos; diéronle la preponderancia, sobre todo, en los mercados europeos; pues á Lisboa tenia que ir el Occidente á adquirir los aloes de Socotora, las perlas de Ormuz, la canela y los rubís de Ceilan, el sándalo y el alcanfor de Sumatra, la nuez moscada y el clavo de las Molucas, la pimienta de Goa, las muselinas de Bengala, el algodón y la azúcar de la India, y las porcelanas y maderas de Japon.

El comercio de perlas era sobre todos rico en importancia y producto, como que comenzaba á extenderse el uso de ese precioso grano por Europa, cual lo estaba desde antiguos tiempos en toda el Asia.—Una palabra tan sólo sobre él.

Es antigua costumbre en las Indias, que el día de las bodas el novio agujeree una perla para regalo de su prometida. Las perlas, como todas las cosas buenas del mundo, no se adquieren sin grandes trabajos y dolores. Los mares del Japon, de la India y de Filipinas en cuyas costas se cria el molusco que contiene la perla, han sido desde tiempos remotos teatro cada año de una ceremonia, entre bárbara y sublime, para la adquisicion de esos valiosos granos de belleza. A principios de Abril, escuadras de barquichuelos pescadores henchidas de millares de criaturas, se engolfan en las ensenadas donde ha de ser arrancado el molusco; mientras pueblo, milicia y sacerdotes, con músicas y pólvora, alegría y regocijo extraordinarios, presencian la faena desde las costas. Los pescadores se arrojan al mar en nubes de individuos asidos por un cable que pende de la barca, y se zambullen contra las rocas por algunos minutos para arrancar cuantas conchas puedan en un primer avance: pasado el momento oportuno, se tira del cable para sacar al hombre, y mientras uno ostenta en sus manos conchas de las que se consideran ricas, y otros ven defraudado su esfuerzo por la desgracia, algunos flotan ensangrentados por un golpe mortal, éstos sobrenadan con un miembro de ménos que los perros de mar han acechado

para hacer su presa, aquellos completamente cadáveres no ostentan en su actitud más que la muerte; y todos los gritos de alegría, todos los ayes de dolor, todas las sorpresas y todos los espantos que brotan de la mar, se confunden en tierra con los aplausos de la multitud, con los estruendos de la pólvora, con los himnos de las músicas, con las bendiciones y cantos de los brahmines que presiden y solemnizan la ceremonia.— Así se cogen en el Océano Índico esas perlas que allá, como entre nosotros, simbolizan despues la pureza de las desposadas.

Continuemos ahora nuestro discurso.—Mientras los portugueses buscan al Preste-Juan y encuentran sus Indias, los españoles persiguen las Indias tambien por el derrotero de Colon. Alonso de Ojeda, que sigue al genovés en su maravillosa ruta, aborda las costas de Venezuela; Vicente Pinzon descubre el Brasil y encuentra la costa occidental del Atlántico; Vasco Nuñez de Balboa se posesiona del istmo de Darien, y dá á la corona de España el mar Pacífico; Magallanes, en fin, portugués de nacimiento y español de adopcion, sirve de lazo á españoles y portugueses en sus extensas conquistas; pues empeñado en que entre los mares del Sur y de Oriente debe existir un paso de agua, ofrece á Carlos V encontrarlo, y parte con

tres bajeles en su busca, toca en el Brasil conocido, inverna sin desalentarse en la terrible bahía de San Julian, descubre la Patagonia, halla el estrecho que habia de llevar su nombre, y desemboca en el deseado Océano, donde se apodera para España del Archipiélago Filipino. Allí muere en miserable guerra de indios este hombre singular, enfangado en las maniguas de Nueva-Écija, sin que ni allá ni acá haya levantado el arte todavía una estatua ni un cuadro dignos de tanto valor y de tan raro infortunio. — Magallanes puso la cruz en la corona de oro que los reyes de Portugal y España sustentaban en sus cabezas á este lado del antiguo mundo; corona cuyas hojas se extendian, por Oriente la una, en manos de Vasco de Gama, por Occidente la otra, en manos de Cristóbal Colón, hasta hallar el vértice que encadenaba la tierra por el insigne Estrecho de Magallanes.

Portugal y España dominaban, pues, en el orbe entero, hasta el punto de que el rey de Francia tuviese que exclamar asombrado: — «Quisiera ver el testamento de nuestro padre Adam, en que consta que el mundo debe dividirse en dos partes, una para los españoles y otra para los portugueses.»

De las conquistas de Magallanes, sin embargo, no reportó grandes beneficios por entónces nues-

tro país, pues Carlos V cedió á Portugal las islas Molucas, que eran lo único realmente conquistado; y aunque despues Ruy Lopez de Villalobos abordó á Filipinas en nombre de España y se posesionó de ellas por algun tiempo, no fué hasta la llegada de Miguel Lopez de Legazpia cuando se hallaron las Bermudas, se descubrieron las Marianas, y se fijó en la isla de Luzon y puerto de Manila el centro de los dominios castellanos de Asia.

Los españoles hacian mientras tanto su gran campaña de descubrimientos y sumisiones en América: allí les habia llevado la fortuna primero que á nadie, gracias á la proteccion de los reyes Católicos, y allí adquirian sus triunfos y sus glorias. Pero ¡con qué diferencia!

«Los portugueses encontraban (dice con harta razon un historiador moderno) países cultivados y comerciantes; los españoles poblaciones bárbaras y desnudas, sin agricultura ni comercio, sin herramientas ni animales trabajadores. Los portugueses sacaban, en consecuencia, ventajas inmediatas de sus conquistas; al paso que los españoles no percibian en su camino más que obstáculos y guerras, hasta que llegaban por casualidad á unas minas de Potosí. Bástabales á los primeros adquirir un puerto, un punto de apoyo,

una simple factoría, para dedicarse al comercio que los propios naturales les suministraban con sus productos, sin tener que emplearse en el establecimiento de colonias, ni en reclutar esclavos, ni en abrir por sí mismos la tierra. Los españoles, por el contrario, necesitaban por donde quiera que iban formar colonias, esclavizar indígenas y utilizar por medio de la industria las riquezas inexplotadas del Nuevo Mundo.»

Los unos hallaban el oro al borde de Asia, y podían remitirlo á Portugal sin costo ni sacrificio alguno: los otros tenían que buscarlo en el interior de América, á fuerza de penalidades y luchas, y remitirlo á España por cambio de productos españoles. La teoría y la práctica de ambas conquistas eran, pues, bien diferentes entre ambos pueblos.

Estaba escrito, sin embargo, que al fin se confundieran en uno solo todos aquellos colosales poderes, áun cuando realmente resultase de esta amalgama una catástrofe comun.

La absorcion de Portugal por España á mediados del siglo xvi, coloca bajo un solo cetro las conquistas de españoles y portugueses en América y Asia. Entónces pudo decirse la célebre frase de que *en los dominios españoles no se ponía el sol*: España tenía dos miércoles en una misma se-

mana, dos coronas en Europa y dos mundos tras el mar.

Pero ¡ay! el sol se pone en todas partes, como la historia lo dice en lecciones elocuentes: los que un día abarcaron al mundo con un cerco de descubrimientos y conquistas que enlazaba toda la tierra, no llevan hoy más que un barco á la apertura del canal de Suez, y un hombre de dudoso origen á la expedición civilizadora de Sir Baker.

V

Vamos á concluir.

Pero para hacerlo de una manera digna del suceso y lugar sobre que escribimos, hay que terminar esta Jornada en el Valle de las Pirámides. Allí estábamos cuando nos sorprendió el acontecimiento del día 17, y preferimos guardar silencio sobre lo que veíamos, á exponer de prisa y corriendo una apreciacion vulgar sobre lo que los hombres no han apreciado bien aún.

Descansábamos entónces con el lector en la pintoresca aldea de Ghizeh, asolada pocos dias ántes por la inundacion periódica del Nilo, que habia presenciado con gran riesgo uno de nuestros compañeros de viaje. Las gentes de la aldea estaban alegres por tres razones concluyentes: porque ya el rio no podia desbordarse de nuevo; porque habia boda, y porque los extranjeros que visitaban el valle eran muchos y ricos.

Estas poblaciones apegadas á los grandes monumentos que visita y admira el mundo, suelen presentar caractéres extraños sobre todas las otras de una comarca. Son más traviesas, más despreocupadas, más comunicativas y más embaucadoras. Con ser el campesino árabe ordinariamente reservado, se permiten, sin embargo, los que tratan con extranjeros, manifestarse joviales y hasta chistosos. Pican de todas las lenguas algunas frases y modismos que les sirven para distinguir la verdadera procedencia de la persona á quien sirven, y á veces tambien para provocar su hilaridad y que acrezca la propina. Así, por ejemplo, ahora acostumbraban, al arrear los burros, pronunciar el nombre de un personaje político del país á que puede pertenecer el caballero:—«¡Arre, Bismark (gritaban pegando al asno); arre, Napoleon; arre, Garibaldi!»—A nuestro burro le decian:—«¡Arre, Espartero!...»

Nosotros suponemos que aquella boda se celebraba entónces para aprovechar la ocasion de que nuestra caravana pudiera verla, y vaciar los bolsillos en su nombre. Sea de ello lo que quiera, dejamos la visita de las Pirámides para despues de la boda, porque precisamente el padre del novio era uno de los que habian de tirar de nosotros para subirnos á la cúspide.

Entre los musulmanes la boda se verifica muy temprano; en cuanto el novio puede justificar que mantendrá á la novia y puede dotarla. Ya sabemos, por otra parte, que los fellahs concluyen su carrera muy jóvenes y aprenden su oficio pronto.—El novio, que por lo comun no ha visto jamás á su futura, se la pide á su padre ó jefe, manifestándole cuánto le dará en dote y cómo habrá de mantenerla. Dos testigos presencian este contrato, fiado por lo comun á la palabra de honor. Entónces suelen enseñarle al novio la cara y las manos de su prometida; porque con que vea la cara (dicen los árabes) vé el alma, y con que vea las manos concibe la formacion del cuerpo.

Acto continuo se pide formalmente á la mujer, y en la casa se recibe la noticia, primero con alegría, despues con silencio, al fin con lágrimas. Risa, meditacion y llanto: hé aquí la fórmula del consentimiento. ¡Hermoso símbolo de la armonía paternal, que puede traducirse así:—«Mi hija se casa: ¡qué alegría!—Mi hija se va: meditemos.—Pierdo á mi hija para siempre: lloremos.»

Dos matronas y dos testigos sacan á la novia de su casa, á pié unas veces, montada en un dromedario otras, en palanquin esta vez, porque así lo habia querido el novio, vestida con sus

mejores galas, aunque cubierta completamente con un gran paño de escarlata recamado de lentejuelas y adornos. Delante y detrás del cortejo hay músicas y baile. Los instrumentistas, siempre pocos, á quienes apaga el ruido de sus trompetas el bombo y el chinesco en testarazos incesantes, no armonizan las voces del conjunto, sino que contribuyen con su soplar feroz á que la danza y los aullidos ataracen las orejas del público. De cuando en cuando pára la procesion, y se baila, se grita y se aulla de nuevo: así se llega á la casa del novio, donde las matronas conducen por su mano á la novia hasta la cámara nupcial.

La boda ha concluido: ya no se trata más que de recoger propinas, y de preparar festines para hasta donde alcance el dinero.

Con tales antecedentes llegamos nosotros ante la tumba del rey Cheops.— Este rey de Ménfis que, segun los últimos descubrimientos arqueológicos, gobernó el Egipto hace cinco mil años, debió pertenecer á una civilizacion, no sólo viril, sino completa. La valentia del monumento, el costo del monumento, la ejecucion del monumento, no pueden ser producto de la barbarie. Ante la pirámide de Cheops el hombre se humilla, el entendimiento se turba, la razon no funciona.

¿Qué gentes eran esas que en los albores de la historia conocían la mecánica, la métrica, la astronomía, la física y el arte de las bellas proporciones, hasta producir en el breve espacio de una vida humana el monumento más grande, más alto, más imponente y mejor construido del universo? ¿En dónde estudiaron sus ingenieros, sus arquitectos, sus escultores, sus canteros, sus maquinistas, sus herramentistas y sus peones? ¿Quién fué el Linant que proyectó, el Dussaud que trajo la piedra, el Borel que socavó la montaña, el Lesseps que acometió el coloso?

Lo repetimos: ante la pirámide de Cheops el hombre se humilla, el entendimiento se turba, la razón no funciona.

Las Pirámides eran en el antiguo Egipto las tumbas de los reyes y de los magnates.—Se ha querido suponer por una escuela crítica utilitaria, si las Pirámides serían monumentos artísticos destinados á contener las arenas del Desierto, ó á oponer un dique á las inundaciones del Nilo, ó á servir de observatorios y atalayas para estudios ó defensas. ¡Vanas quimeras! Las Pirámides son monumentos de grandeza egipcia, como el templo de Salomón era monumento de grandeza babilónica, como las construcciones de Elora fueron monumentos de grandeza índica.

La teogonía del Egipto estaba cimentada en la idea de la eternidad. El alma del egipcio era eterna, y su cuerpo habia de serlo tambien: por eso se embalsamaban. Un pueblo que tiene por símbolo la eternidad, y que llega en las artes á un alto grado de esplendor, no necesita arañar ninguna idea utilitaria para construir monumentos imperecederos. Los reyes egipcios llamaban á sus palacios *posadas*, y á sus tumbas *mansiones eternas*. Ahora se ha leído.

Cheops era un rey más grande que todos los otros, y su pirámide es la más antigua y mayor de todas. Duplica el área de San Pedro de Roma, es más alta que la aguja de Strasburgo, sus proporciones son tan bellas en su clase como el Parthenon en las suyas, su manufactura es la más admirable que se conoce hasta ahora. Cinco mil años de pesantez y de tormentos naturales y humanos no han desnivelado en una pulgada ninguna piedra. — ¿Se quiere mayor programa de eternidad?— A su lado estaba Ménfis que se ha destruido, está la gran Esfinge que se ha mutilado, está el gran templo que Mariette descubre en estos instantes, cuya enorme extension no le ha librado de hundirse: todo ha desaparecido en sesenta siglos, pero la pirámide está allí intacta.

La preocupacion de Cheops consistia en que su cuerpo no fuera mutilado ni profanado, para poder presentarse en integridad absoluta ante la vida humana eterna. Todo el cuidado, pues, del arquitecto egipcio está en que el muerto no parezca, en que el ánimo se conturbe al buscarlo, en que las investigaciones más minuciosas sean impotentes á consumir la profanacion. — Como Cheops pensaba el Egipto: el que no podia labrarse tumba, se momificaba de una manera indestructible.

Y era tan general el culto de la momia, que con ser casi absoluta la destruccion y pérdida de todos los documentos y escritos de aquel gran pueblo, han logrado, sin embargo, llegar hasta nuestros dias algunas esquelas y papeles mortuorios. Hé aquí uno muy curioso que se conserva en Francia, y que prueba la frialdad con que la costumbre hacia que se tratasen estos asuntos:

« Sempamonthes á Pamonthes, su hermano, salud:

» Ahí te envió el cuerpo de Sengris, mi madre, embalsamado, con una etiqueta al cuello, por Thales, hijo de Jerax, en un barco de su propiedad. El porte está pagado por completo. El cadáver lleva el signo del funeral: una muselina con bordados de color de rosa. Su nombre va es-

crito en el vientre.—Deseo, hermano mio, que lo paseis bien. El año III, II de thoth.»

De este modo se trataba la muerte entre los egipcios.

La gran pirámide, de las sesenta ó setenta que existen en los valles Ghizeh y de Sakkara, tiene ciento cincuenta metros de altura, y á ella se asciende por una rampa escalonada, que el tiempo ha injuriado hasta el punto de que algunos escalones cuenten metro y medio de distancia. Es, por consiguiente, forzoso que dos beduinos cojan cada cual de su mano al viajero y lo arrastren en volandas hácia la cúspide con una velocidad de águilas. La cúspide de la gran pirámide está partida y destrozada por malicia del pueblo, aunque esto dá lugar á una plazoleta donde el observador puede extasiarse sentado, ante la perspectiva asombrosa que le rodea.

El Cairo, con sus mil torres de filigrana; el Nilo, con sus misteriosos orígenes y su mudo papel histórico; la esfinge de Armachis, que el pueblo llama de Sesóstris para reasumir en su gigantesca monolitez de ciento setenta y siete metros de altura toda la gloria del gran reinado; un valle de veinticinco ó treinta leguas, teñido de verde, contrastando con la lumbre diamantina del Desierto; y volviéndose á un lado, la civili-

zacion moderna con sus canales de riego, con sus ferro-carriles que silban y llevan vida, con el canal Lesseps, que parece que lleva alma, con los recuerdos de Gessen, y del Sinaí, y de Asia que se toca, y de la tierra prometida que allá al entornar los ojos de la mente se descubre en los confines por donde sale el sol, —hé aquí una verdadera atalaya para vigilar á Oriente y á Occidente, hé aquí un verdadero muro para oponerse en adelante á las invasiones bárbaras de la codicia, hé aquí un verdadero trono para asentar la estatua de la obra incomparable que el siglo XIX acaba de realizar.

Críticos utilitarios: subid á esta altura, desde donde tanto se distingue con los ojos de la cara y los de la mente, y confesad con nosotros que Cheops elevó este insigne y único monumento de la tierra, para que desde su pasmosa torre pudiéramos gritar cinco mil años despues de su muerte: —«VIVA LA CIVILIZACION MODERNA! ¡VIVA EL CANAL DE SUEZ!»

ÍNDICE.

Jornada cuarta en que el autor se instala en el Cairo; hace una visita á Ismail-Pachá; dibuja de cuerpo entero la figura del gran Mehemet-Alí; recorre minuciosamente la capital de Egipto; frecuenta los bazares, los palacios y las mezquitas; discurre sobre la situación de la mujer en Oriente, y va á depositar su ofrenda á los Santos Lugares de la antigua Heliópolis..... 185

EL CAIRO..... 187

Jornada quinta en que el autor presencia los preparativos de la apertura del canal; asiste al *Te-Deum* que se canta en acción de gracias por el término de las obras; ayuda á dar una serenata arábigo-española á la emperatriz de los franceses; murmura de los árabes y de los europeos; es convidado á un baile egipcio; come con un ministro del Khedive; contempla una revista de tropas; discurre sobre el trazo del canal marítimo, y fondea felizmente en Suez.... 245

LA INAUGURACION..... 247

Jornada sexta en que el autor dirige sus recuerdos á las glorias oscuras de esta atrevida empresa del canal; estudia las vías de Oriente desde lo antiguo hasta hoy; avalora los resultados de la roturación del Istmo; expone el pensamiento y las resoluciones prácticas de un nuevo campeón de los progresos de Oriente; trae á la memoria las hazañas de españoles y portugueses en el derrotero de las Indias, y, después de presenciar una boda arábica, asciende á la gran Pirámide para terminar en digno puesto su obra..... 317

EL IDEAL..... 319

